



*EL CIRCULO
DE LAUREL*

Camelia A. Ramos V.



El Círculo de
Laurel

Camelia A. Ramos V.

1

La tarde se pintaba calurosa; la delgada franela de algodón se pegaba a su pecho sudoroso; le parecía que el jean le apretaba demasiado y algunos mechones de su rubio cabello se pegaban a su frente debido al sudor. Sin duda, el verano estaba siendo inclemente. Se encontraba recostado en una tumbona a las orillas de la pequeña piscina que tenían en casa y, a pesar del calor, prefería estar allí que entrar al agua, la cual debido al sol calcinante, se encontraba a una temperatura un tanto alta, que más que una piscina parecía un jacuzzi.

William Jackson Jr., un chico de 17 años, se había mudado al pequeño pueblo de Howll hacia el inicio del ciclo escolar. No era el chico más popular de la escuela, de hecho, eran muy pocos, casi nulos, los amigos que tenía y el único chico con el que logro trabar lo más parecido a una amistad se encontraba en otro país. Había conocido a Josh en su anterior escuela, hace ya unos años, tenía algunas cosas en común: les gustaba leer comics, jugar videojuegos, los libros de fantasía, pero sobre todo la literatura de horror. Eran cosas que no a todos les gustaban y, a pesar de que William es un muchacho con un estatus económico bastante elevado, su madre desde pequeño le enseñó que la humildad era más poderosa que el dinero. Así pues, no era un joven que presumiera sus bienes y la única persona fuera de su familia que sabía que era pudiente era Josh. Sin embargo, el trabajo del señor Jackson separó al par de amigos y William termino viviendo con él y con su madre en el pequeño pueblo europeo en el cual se encontraba ahora, padeciendo uno de los veranos más inclementes que había vivido.

Si bien en el pueblo de Howll, como en la mayor parte de Europa del Norte, el clima solía ser frío y rara vez el verano era tan caluroso, ese año parece que el frío y la neblina decidieron tomarse un descanso en esa temporada.

Estuvo acostado en la tumbona por un rato más hasta que decidió que era mejor entrar a la casa y refrescarse con el aire acondicionado, el cual casi nunca encendían. Se levantó tan despacio que incluso a un perezoso le daría envidia; el calor era asfixiante. Luego de levantarse camino hasta la puerta

corrediza que daba al patio trasero y entró a la casa. Su madre cortaba unos cuantos limones en la cocina y luego los exprimía, colocando el jugo en una gran jarra de cristal de bohemia.

El frescor del aire al tocar su piel húmeda por el sudor le provocó un estremecimiento. —Voy a darme una ducha mamá—, dijo y se dirigió escaleras arriba para ir al baño de su habitación. Luego de ducharse con agua fría, el calor que sentía había disminuido bastante. Sintióse reconfortado y fresco decidió acostarse y dormir un rato.

Eran cerca de las 5:30 pm cuando abrió los ojos; el lugar estaba algo oscuro y los árboles dibujaban extrañas formas con sus sombras en las paredes, las cuales estaban levemente teñidas de color carmín producto del sol poniente. Sentía la boca amarga y sus extremidades estaban algo agarrotadas, los párpados le pesaban y su mente estaba desorientada. Había dormido demasiado.

Estaba bajando por la escalera de roble que conducía a la sala cuando escuchó voces que venían del piso de abajo, la luz de la cocina estaba encendida y podía ver dos sombras; había estado leyendo una novela de terror en los dos últimos días y precisamente se había detenido en la parte en la que la protagonista debía entrar a la cocina de la casa con la amenaza de un asesino en el lugar. William continuó bajando por la escalera, ahora algo nervioso. Al llegar a la sala se acercó con cuidado a la puerta de la cocina y cuando la abrió se topó con la ancha espalda de un hombre alto y rubio que sostenía un cuchillo en su mano izquierda, el cual, estaba cubierto de un líquido rojo.

El chico se quedó estático y sin mucho más en la mente, solo atinó a decir:

—Hola papá...

El hombre se dio la vuelta y se abalanzó hacia el joven. El chico estático solo pudo sentir como un par de enormes brazos lo rodeaban en un asfixiante abrazo. Vera, la madre del joven, salió del cuarto de los víveres con una sonrisa y una lata de salsa de tomate en las manos.

Hacía ya un tiempo que el señor Jackson no estaba en casa, se había

estado hospedando en la ciudad que estaba a unos 30 km del pueblo de Howll; los socios del hombre decidieron reunirse allí para tratar algunos asuntos.

Luego de casi matar a su único hijo de un paro respiratorio, el señor Jackson lo libero y se giró hacía la mesa en la cual estuvo apoyado antes para continuar cortando algunos trozos de la carne en salsa que su esposa estaba a punto de servir.

—Qué bueno que despertaste, cielo— dijo Vera con su conocido acento europeo; si bien su padre era americano, su madre había nacido en uno de los tantos pueblitos de Europa del Norte, lugar del que emigró a los 15 años, pero conservo su típico acento.

—Sí, me sentía terrible: Regreso a casa tras una semana de ausencia y mí amado hijo no está para recibirme. Pero que dolor—. Dijo dramáticamente el padre del chico llevándose una mano al pecho como si este le doliera.

—Lo lamentó papá, no sabía que regresarás hoy, me habría mantenido despierto—. Dijo el chico con un poco de culpa en la voz.

—Tranquilo hijo. Al menos llegas a tiempo para la cena.

— ¡Pues claro! No comiste nada en el almuerzo, debes estar hambriento. Ven hijo, pongamos la mesa para cenar... claro, si tu padre no se come todo antes... ¡TE ESTOY VIENDO WILLIAM! —dijo la mujer y acto seguido su esposo soltó el trozo de carne que había logrado cortar a "escondidas".

Ya en la mesa, la pequeña familia cenó conversando de lo que habían hecho durante la ausencia del patriarca; el chico le contó que logró comunicarse con su amigo Josh y que este la había comentado que el verano estaba siendo igual de caluroso en América y completamente aburrido. Vera le comento a su esposo que había hecho algunas entrevistas para contratar a una nueva empleada de hogar ya que la anterior renuncio por un empleo mejor ubicado, más cerca de la ciudad.

—No he tenido mucho éxito, pero tengo el presentimiento de que pronto encontraremos a alguien.— Dijo Vera.

Luego de terminar de cenar William ayudo a su madre a llevar los trastes al lavavajilla. Al terminar de recoger la mesa, beso a su madre en la mejilla y le deseó buenas noches, fue a la sala donde se encontraba su padre

viendo las noticias económicas y también le deseo buenas noches.

Al llegar a su habitación y recostarse descubrió que no tenía sueño, se levantó nuevamente y fue al baño a lavar sus dientes y ponerse ropa más cómoda y fresca para pasar esa calurosa noche, a pesar de que el cuarto seguía fresco, sabía que su madre no tardaría en apagar el aire acondicionado —Es demasiado consumo de electricidad, no le hace bien al planeta.— Decía siempre su madre, si bien no era ni vegana ni protestaba por los derechos de los animales, si era muy cuidadosa del gasto de recurso y con el reciclaje, su frase era: “Si voy a comer carne, mínimo dejo que los animales disfruten su vida en paz”. Así pues, su madre encendía el aire acondicionado en los días de verano y lo apagaba por las noches argumentando que estas eran más frescas.

Así que, con un pantaloncillo corto y una delgada franela de algodón blanca, William Jackson Jr. estaba listo para afrontar esa calurosa noche. Como no tenía ánimos de dormir busco sus audífonos y su MP4 y comenzó a escuchar una de sus bandas de rock metal favoritas mientras se disponía a seguir leyendo el libro que había dejado a medias.

<Caminaba lo más despacio que podía y lo más silencioso que sus zapatillas le permitían. El aire que respiraba se le atoraba en la garganta al inhalarlo y le dolía el pecho al exhalarlo. Por la brecha de la puerta entre abierta observaba como un poco de luz escapaba de su confinamiento, el resto de la casa estaba a oscuras y solo era parcialmente iluminada por algunos tenues y pálidos rayos de luna que se colaban por las cortinas abiertas.

«Con mucho cuidado y temor abrió la puerta, la cual produjo un pequeño chirrido haciendo que la chica abriera ampliamente sus ojos y se congelara en el lugar. El ahora sabía que estaba allí, pero al pasar unos momentos y ver que no pasaba nada, decidió volver a intentar abrir la puerta... No había nada. La cocina estaba completamente sola o eso parecía. Extrañada, dio un paso atrás y de pronto una sombra se posó sobre ella siendo notablemente de mayor altura. Un grito ahogado murió en sus labios cuando sintió la punzante sensación del metal penetrando la piel de su espalda. Sus piernas fallaron y comenzó a caer, así como el tibio líquido vital que se deslizaba de su omoplato derecho al suelo.

«Cuando cayó en el frío suelo teñido de borgoña logró ver un par de zapatos de tacón que conocía bien, los había usado en varias ocasiones y su vista nublada logro subir con cansancio y dolor y dar con la sádica sonrisa de quien fue su...»

Un fuerte golpe lo saco de su lectura sorprendiéndolo; había sido tan fuerte que logro vencer la guardia de la música que escuchaba y llegar a sus oídos. Rápidamente se quitó los audífonos y se dirigió hacia la ventana, de donde había provenido el sonido, vio a su alrededor pero no logro distinguir nada —quizás fue el viento que azoto una rama—, pensó. Se alejó de la ventana y se disponía a regresar a leer pero se detuvo un instante y regreso los dos pasos que había dado y cerro la ventana.

Soltó un pequeño suspiro y se quedó observando la habitación: tenía su pc gamer de última generación en una esquina algo lejos de la cama, un gran librero y junto a este un amplio estante donde guardaba todas sus historietas, tenía poster de todo tipo en las paredes y en lo alto, muy cerca del techo a lo largo del lugar, estaban colocados soportes de madera de pino los cuales sujetaban un centenar de figuras de acción coleccionables; y por último, su mayor orgullo: en la pared que estaba detrás de la cabecera de su cama, había un amplio espacio repleto con cajas de cristal dentro de las cuales habían puzzles en 3D que el mismo había armado, la mayoría ediciones coleccionables y especiales. Observo la pequeña mesa de noche que se encontraba junto a la cama y miro su reloj digital: eran las 10:30, debía ir a dormir si quería llegar a tiempo a su nuevo trabajo de verano al día siguiente, así que abrió la puerta para que entrara un poco de frescor del pacillo —ya que decidió dejar cerrada la ventana y su madre hacia mucho había apagado el aire acondicionado— y regreso a su cama, apago la lámpara de noche que tenía en la mesita y se recostó cerrando los ojos para dejar que el poco sueño que sentía lo venciera por segunda vez ese día.

Un estridente sonido hizo que de un salto se sentara en la cama. Giró su cabeza hacia la izquierda y se dio cuenta que su reloj marcaba las 05:00 am; debía prepararse.

Con pereza, salió de la cama y se dirigió al baño, se situó frente al espejo y observo... nada en particular realmente. Abrió un estante de madera

que se encontraba junto al espejo y saco una toalla color azul celeste, tomó su cepillo de dientes del vaso de vidrio ubicado en el lavabo, le quito el protector, le coloco un poco de crema dental y comenzó a cepillar sus dientes. Al terminar se desvistió, abrió la regadera y comprobó que el agua no estuviese demasiado fría, tomó del estante jabón y su esponja y entro a la ducha.

Estuvo un rato viendo un punto fijo en la pared mientras el agua golpeaba con fuerza su espalda. Cuando presintió que ya había pasado algún tiempo, decidió comenzar a lavarse y pasados unos treinta minutos salió de la ducha envuelto en la toalla celeste. Salió del baño hacia su habitación e inmediatamente cerró la puerta por la cual se colaba el aire frio del pasillo.

Se encontraba buscando su ropa interior en el segundo cajón de la mesita de noche cuando un fuerte golpe en la ventana lo sobresalto. El golpe fue muy fuerte —quizás tan fuerte como el golpe de la noche anterior— y provoco que la ventana se abriera solo unos milímetros, logrando así que el viento frio de la madrugada se colara por la pequeña abertura, provocando un sonido parecido a un susurro quedo y agónico.

Su corazón latía tan fuerte que sentía que el pecho le dolía. Con paso cuidadoso comenzó a acercarse a la ventana y se asomó ligeramente, tratando de ver algo a través del cristal, sin embargo, aun el sol no hacia su aparición y absolutamente todo se encontraba en penumbras. De la misma manera en que se acercó también se alejó de la ventana y con un tembloroso suspiro, continuo con lo que hacía hasta hace algunos momentos.

Al terminar de ponerse la ropa interior, tomo un mullido albornoz negro con una serpiente bordada de colores verde brillante y plateado que tenía en el baño, se lo colocó y salió de su habitación para dirigirse a su armario, el cual se encontraba fuera de su habitación pero al final del pasillo del mismo piso en el que esta estaba.

La puerta de la habitación produjo un pequeño chirrido que perturbo el perpetuo silencio del lugar al ser abierta. Al asomarse al pasillo, William descubrió que este estaba en total penumbra y, si bien conocía el camino de memoria tras un año de vivir en esa casa, no le apetecía ni un poco salir: todo estaba en silencio; en los días de escuela su madre y su padre solían estar despiertos a esa hora, ella en la cocina haciendo el desayuno junto con la

empleada, y él rondando en su habitación mientras se alistaba para un nuevo día de trabajo. Sin embargo, ahora en verano, su madre le había dicho que si quería buscar trabajo él debía hacerse cargo de su desayuno durante el tiempo que este durara o bien desayunar fuera —lo cual no era problema considerando la posición económica que tenían, pero tampoco era necesario que el buscara trabajo de verano, sin embargo él quería tener esa experiencia como el chico humilde y responsable que su madre había criado—. Así pues, con el corazón en la boca y su respiración un poco temblorosa, termino de abrir la puerta de su habitación y salió al pasillo.

El piso de madera chirriaba a cada paso que daba. Se movía lento, precisamente para no hacer tanto ruido, sus calcetines hacían que resbalara un poco cada que uno de sus pies tocaba el suelo y, al parecer, ese día el viento estaba un poco caprichoso, ya que producía el mismo lamento que escucho en su habitación al pasar por entre las pequeñas aberturas de la madera de la casa. El recuerdo del golpe en la ventana volvió a su mente: había sido demasiado fuerte y no habían arboles suficientemente cerca de la ventana como para golpearla, de hecho, ahora que meditaba el asunto en medio de un pasillo oscuro y tenebroso, el sonido no había sido de algo netamente sólido, si su oído no fallaba —el cual estaba muy bien afinada debido a las clase de percusión, chelo y piano durante unos 10 años— podría jurar que fue el sonido de algo blando, algo orgánico, algo que posiblemente hubiese estado vivo en su totalidad, — ¿un cadáver de algo?— la pregunta hizo eco en su mente, tanto que se detuvo en medio del pasillo. Su corazón latía más rápido y su respiración comenzaba a ser más errática, de pronto el sonido del viento se comenzó a hacer más fuerte y tenebroso: debía moverse, debía seguir lo que estaba haciendo y regresar a su habitación. Cuando logro reaccionar, no supo que más hacer sino correr la corta distancia que lo separaba del armario haciendo que sus pisadas resonaran por toda la casa. Llego a la puerta, la abrió y tomo la primera camisa y pantalón que encontró, cerro de un portazo y corrió de vuelta a su habitación aun en completa oscuridad. Al estar ya en su refugio, azoto la puerta y paso el pestillo, se recargo en ella y trato de calmar su respiración y su ritmo cardiaco, cuando un nuevo golpe comenzó a golpear la puerta. Se sobresaltó y ahogo un grito de terror, estaba a punto de desplomarse en el suelo cuando una voz conocida y suave le hablo a través de la madera de la puerta tallada:

—Hijo... ¿te encuentras bien?—. Dijo la voz de su madre.

—Escuchamos tus pasos fuera de nuestra habitación y nos preocupa, parecía que estabas corriendo—. Dijo su padre en tono preocupado.

—Estoy bien papá, mamá... no se preocupen, es... solo... se me estaba haciendo tarde y fui por mi ropa, es todo.

—Bueno volveré a la cama entonces—. Dijo el señor Jackson.

— ¿Quieres que te prepare el desayuno, cielo?— Le pregunto de nuevo su madre.

—No mamá, comeré en el trabajo, estoy bien, es mi primer día y no quiero llegar tarde.

—De acuerdo, entonces volveré a la cama. Buena suerte tu primer día, amor—. Y sin más, su madre regreso a su habitación.

William suspiro pesadamente y miro en rededor. Observo la novela de terror que estaba leyendo en su mesa de noche y entrecerró sus ojos. —Creo que debo de dejar de leerla por un tiempo—. Se dijo, y más calmado termino de preparéense para su nuevo día de trabajo. Se colocó el jean negro y la camiseta roja que había tomado a ciegas del armario, tomo sus zapatos negros de debajo de su cama y su billetera de la mesa de noche y salió de nuevo de la habitación.

Al salir de nuevo al pasillo se fijó que este se veía más claro; la luz malva del amanecer se colaba por el gran ventanal que había justo frente a la escalera. Bajo despacio hasta la planta baja de la casa y paso rápidamente por la cocina. Se encontraba tomando un vaso de yogur cuando el reloj de péndulo de la sala marco las 6:00, debía darse prisa, su entrada era a las 7:00 y debía caminar un largo trecho hasta el lugar de trabajo. Terminó su vaso de yogur y luego de lavarlo fue a la sala, tomo su pequeña mochila, metió en ella su billetera, se la colgó del hombro y salió por la puerta principal de la casa.

El sol ya había salido por completo y el día se pintaba bastante claro. Iba caminando decidido por el camino de piedra que atravesaba el jardín y conducía a la verja negra de la casa cuando de pronto, se detuvo. Volteo hacia el lado derecho del camino y miro fijamente el suelo unos cuatro metros más allá. Decidido pero algo temeroso por lo que pudiera encontrar, paso su pierna por encima del rosal que bordeaba al sendero y entro al jardín. No tuvo que

caminar mucho para lograr dar con lo que buscaba: justo bajo su ventana, tendidos en el pasto verde, se encontraban los cadáveres de dos enormes murciélagos negros. —Así que eso fue el producto del ruido... que curioso— pensó el chico y sin perder más tiempo en eso volvió al sendero y continuo su camino para salir de la casa y caminar hasta su nuevo trabajo tranquilamente. Sin embargo, no podía dejar de pensar en lo extraño que era que dos murciélagos coincidieran para estrellarse contra su ventana en la misma noche de verano.

2

Llevaba unos quince minutos caminando a lo largo de la amplia carretera que conducía al pueblo de Howll: la luz del sol a duras penas lograba traspasar el espeso follaje de los diversos árboles que bordeaban el camino de ambos lados. Los sonidos inconfundibles del bosque lograban hacer el recorrido de William menos solitario; las aves, al ser las más madrugadoras, cantaban para despertar al resto del bosque, William lograba distinguir el roer de las ardillas y los pasos de los ciervos entre el sonoro coro que componían los azulejos, los petirrojos, los ruiseñores y demás aves. Sin embargo, de un momento a otro, superponiéndose al placido canto, se escuchó un estruendoso chillido o, más bien, multitud de ellos.

Un poco contrariado y alarmado, William levanto la vista y pudo ver un gran grupo de murciélagos de alas negras volando entre los árboles y dirigiéndose hacia él. Aterrado, se arrojó al suelo, cubrió su cabeza y cerró los ojos, pero al pasar unos instantes y no percibir nada más que el batir de las alas y los chillidos de los ratones alados apagarse poco a poco, decidió levantar la vista. Fue una gran sorpresa y alivio descubrir que los murciélagos se dirigían hacia el árbol situado justo detrás de él: un enorme roble en el cual se distinguen colgando pequeñas formas negras. Se levantó del suelo al ver a la última criatura colgarse de una de las ramas del árbol, sacudió un poco su ropa, se ajustó la mochila y continuó su camino.

Habían pasado ya unos treinta minutos desde que salió de casa y ya

podía distinguir la torre principal de la iglesia, así que apresuró el paso para llegar lo antes posible a la entrada del pueblo.

El pueblo de Howll era uno de esos típicos lugares viejos, un lugar que, en algún punto de su historia, se había detenido en el tiempo: las casas eran de madera con techos altos y grandes ventanas, las calles eran estrechas y los típicos postes eléctricos eran remplazados por faroles adaptados para que pudieran contener una bombilla y no una lamparilla de aceite. Las tiendas tenían un aspecto similar al de las casas haciendo notar que alguna vez fueron viviendas. Y qué decir de la gente, en su mayoría personas ancianas o adultos que rondaban los cuarenta y tantos años; generalmente en el pueblo habitaban los descendientes de las primeras familias de Howll y los nuevos residentes del lugar —como él y sus padres— Vivían en las residencias que habían sido construidas en el bosque, las cuales habían sido ubicadas allí debido a que los pueblerinos se negaban a que los forasteros arruinaran la imagen de su ancestral pueblo con sus construcciones modernas. Así pues existía una pequeña rivalidad entre los miembros de la residencia y los habitantes del viejo Howll, de la cual solo lograban salvarse William y su familia por lo amables, considerados y comprensibles que eran.

William recorrió un par de calles mientras saludaba a algunas personas mayores que le habían tomado bastante aprecio por lo humilde y servicial que el muchacho solía ser. Luego de un rato y de caminar una calle más, William llegó hasta una pequeña librería de amplios cristales la cual tenía un pequeño letrero en la puerta que decía “CERRADO” más, sin embargo, el chico lograba ver movimiento en su interior. Un tanto nervioso, tocó suavemente el cristal de la puerta y unos segundos después notó un par de anteojos de marco negro a través del vidrio, seguido de esto escuchó como alguien manipulaba los cerrojos de la puerta y esta se abrió dejando ver a uno de los ocupantes del lugar: el señor Roger Gundersen.

—Buen día señor Gundersen— dijo William de manera cordial.

—Buen día muchacho ¡valla que eres puntual, muy bien! Así me ayudarás aún más— le aseguro el hombre con una sonrisa.

El señor Gundersen era un hombre alto y fornido, con las características típicas de un norteño: barba espesa, cabello castaño rojizo y ojos verdes, lo único que lo diferenciaba de un leñador cualquiera, eran los

grandes anteojos negros que portaba. Él era el único bibliotecario de la ciudad —a parte de la señorita Herzog, la bibliotecaria de la escuela—; era un hombre pacífico y tranquilo que se centraba mayormente en sus libros y una persona tan altruista que la gente solía llamarlo “el gigante amable”.

El señor Gundersen dejó pasar al joven William al recinto, el cual estaba un poco oscuro, y le indicó donde podía dejar su mochila mientras estuviera trabajando, luego, le explicó lo que haría como empleado del lugar: debería ordenar las estanterías, atender a los clientes y servir a quienes querían pedir algo para comer de la pequeña cafetería de la cual disponía la librería.

Luego de unos quince minutos, William le preguntó si podría comprar algo de comer ya que aún no había desayunado. Con una enorme sonrisa el gran hombre le dijo que sí y que por ser su primer día la casa invitaba.

—No creo que sea correcto señor, tengo dinero, puedo pagar— dijo el joven.

—Ves, por eso me caes bien chico, siempre honesto y correcto, eso es lo mejor de una persona, sin embargo, insisto. Es tu primer día y este será tu desayuno de bienvenida, además, si aceptara que pagaras por la comida mi esposa Elinor me mataría—. Concluyó el hombre con una carcajada.

El señor Gundersen se dirigió detrás del mostrador de cristal que ya exponía diversos alimentos, más sin embargo, no tomó nada de allí. El hombre entró por la puerta ubicada en la parte de atrás de la tienda y luego de unos cinco minutos regresó con el joven: llevaba un plato en las manos en el cual se encontraba el sándwich más grande que William había visto. El mayor colocó el plato en la mesa a la cual estaba sentado el joven en la parte lateral de la tienda, en un pequeño espacio al aire libre y con una sonrisa, que apenas se distinguía bajo su espeso bigote, le dijo:

—Provecho, chico. Elinor ya estaba preparando esto para ti. Espero lo disfrutes, pero trata de terminarlo pronto, faltan unos diez minutos para abrir la tienda.

Y sin más, William agradeció al hombre y se dispuso a comer su apetecible desayuno, con una hermosa vista del bosque frente a él y el canto de las aves haciéndole compañía por segunda vez ese día.

Ya era medio día cuando William termino de ordenar una gran pila de libros que se encontraba junto a una de las estanterías de la librería. El señor Gundersen y la señora Elinor se encontraban atendiendo a los clientes en tanto el chico concluía el trabajo.

Cuando termino se dirigió hasta su jefe:

—Ya ordene los libros de ficción señor, ¿qué más puedo hacer?

—Ahora, muchacho vas a ir a almorzar; tienes una hora libre, sal por allí y come algo—. Dijo el gran hombre con su típica sonrisa.

Con un asentimiento, William fue a buscar su mochila y salió de la tienda diciendo que volvería a la una en punto y despidiéndose de la señora Elinor, agitando la mano.

Se encontraba caminando por una de las transversales de la calle principal. Iba camino a su restaurante favorito en el pueblo. Avanzo unos pasos más después de la comisaria y se detuvo: era un lugar grande pero nada exagerado ni elegante, un sitio acogedor en el cual puedes estar tranquilamente con amigos o solo. Sin embargo, no era un lugar concurrido, la gente joven del pueblo no solía ir allí y mucho menos los “residentes del bosque” como solían llamar los lugareños a los nuevos habitantes que vivían en la residencia. ¿El motivo? El lugar era administrado en su totalidad por una antigua familia oriunda de ese lugar, y no hablamos de una de esas familias que llegaron con la creación y fundación del pueblo, no. Se trataba de una familia que había vivido allí desde antes que el primer ciudadano llegara al lugar, desde antes de que los centenarios y singulares árboles de laurel que rodeaban el pueblo crecieran, pues, ellos los habían plantado. Se decía incluso que —cual antigua leyenda— las raíces de la familia habían sido arraigadas por descendientes de los mismísimos dioses del Norte.

Pero volviendo al presente; leyendas son leyendas, —o quizás no— solía pensar William cada vez que observaba a algún miembro de la casta Odenson.

Así pues, luego de mirar por unos momentos el hermoso escudo de la familia ubicado en la entrada del restaurante, William abrió la pesada puerta de madera de roble y entro al lugar: estaba construido en su mayoría de

madera y metal, la poca luz que había provenía de unas cuantas antorchas en las paredes y de oscos candeleros que colgaban del techo. Las paredes, estaban forradas con enormes tapices que representaban batallas épicas o a ancestros de la familia, todos hechos a mano desde tiempos inmemoriales según le había contado la anciana Odenson.

Camino hasta su mesa preferida y tomo asiento, no paso mucho tiempo hasta que Odette Odenson, la menor de las hijas de la familia, apareciera frente a él con una sonrisa:

—Hola William, ¿Qué tal tu día? — Lo saludo la chica con su marcado acento.

—Todo bien Odette. Comencé a trabajar hoy con el señor Gundersen. Y... ¿cómo está todo por aquí?

—Que bueno que tengas trabajo, me agrada el señor Gundersen. Y pues, todo bien, tranquilo como siempre gracias a los dioses. Y dime, ¿lo mismo de siempre?

—Si por favor.

Con un ligero asentimiento la linda muchacha rubia se retiró para pedirle a su madre que preparara el plato favorito del chico.

Solo tuvo que esperar unos veinte minutos para ver de nuevo a Odette, esta vez llevando una bandeja de madera en las manos. Sonriéndole, la chica colocó en la mesa un plato repleto de cordero en salsa de naranja y un vaso de jugo de grosella, dejo la bandeja a un lado y, sin necesidad de pedir permiso siquiera, se sentó en la silla frente a William. Este último sonrió y vio sobre el hombro de la chica hacia donde estaba la cocina.

—No te preocupes, no hay mucha gente hoy. Asger no me dirá nada y madre tampoco—. Dijo la chica muy confiada.

—De acuerdo— contesto William, —y bien... ¿dónde nos quedamos la última vez?

—Ameli estaba saliendo de casa rumbo a la escuela, ¿recuerdas?

—Sí, claro. Creo que tenía algún tiempo sin venir.

—Solo fueron dos semanas, no ha sido tanto.

—Bien, entonces tengo mucho que contarte— dijo William y comenzó a relatarle a Odette la historia que había estado leyendo.

Desde que se conocieron hacía ya medio año, William y Odette se hicieron buenos conocidos, teniendo la misma edad se llevaban bastante bien, podía decirse que eran amigos, su única amiga en el poblado. Sin embargo Odette no acudía a la escuela pues sus padres prefirieron seguir la tradición familiar y educar a su hija en casa. Pero, si había algo que este par tenía en común, era su gusto por los libros. A la chica le gustaba que William le narrara los libros de terror que leía, ya que a ella le daba miedo leerlos sola y prefería escucharlos de él. Así pues cada vez que William acudía al restaurante familiar, le contaba con lujo de detalle las historias a la muchacha que lo veía absorta imaginando cada situación.

—Y mientras se desangraba vio los zapatos rojos de alguien— dijo William imprimiendo dramatismo y misterio a la frase.

Odette contuvo el aliento y pregunto titubeante:

—Y ¿Quién era? ¿Vio al asesino? — Preguntaba la chica algo desesperada e inspirado por el miedo de su amiga, William decidió que podía asustarla un poco más.

—Cuando Ameli estaba a punto de levantar la mirada... Pum— dijo el chico dándole un golpe a la mesa para recrear lo que a él le había pasado la noche anterior mientras leía.

Sorprendida y asustada, Odette salto en su asiento y contuvo un grito preguntándole a su compañero con la mirada que era lo que había pasado —Un murciélago se estrelló contra mi ventana y deje de leer— fue la simple respuesta de William. Sin embargo, nunca espero lo que vino a continuación. Pensó que Odette se levantaría molesta por haberla asustado de esa manera y le golpearía el hombro como solía hacer pero, contrario a eso, la chica solo se quedó viendo al muchacho con expresión consternada.

—Odette... ¿estás bien? ¿Te espante mucho? De verdad lo siento amiga, no era mi intención yo... — pero el chico no pudo terminar ya que la joven lo interrumpió.

—Un... murciélago. ¿Qué clase de murciélago? ¿Lo viste? ¿Qué tan grande era?

William la miraba algo confundido — ¿Qué tiene que ver eso? — pensaba extrañado.

—Pues... —comenzó a decir. —De alas negras. Como de este tamaño— señaló el chico replicando la talla aproximada de los animales que vio bajo su ventana en la mañana.

Odette volvió a quedarse pensativa; sus mejillas estaban más pálidas que de costumbre y sus ojos grises no dejaban de moverse de un lado a otro. En ese momento el celular de William timbro anunciando que eran las 12:40 de la tarde: debía volver al trabajo.

—Oh, debo irme... mmm... no vemos después Odette.

—Si... ¡Espera! Tu postre no lo traje— dijo la chica alarmada.

William sonrió, al parecer su amiga volvió a ser la misma. —No te preocupes— dijo él. —Mañana pediré un noble— finalizó y sacando su billetera le extendió a la chica unos cuantos billetes para pagar por su comida.

Odette sonrió un poco insegura y tomo los billetes. Veía como su amigo se dirigía a la salida cuando no pudo evitar decirle, con una voz preocupada, —Cuidate mucho William—. Una vez más su amigo la vio extrañado y con un asentimiento salió del lugar.

Caminaba rápidamente por las estrechas calles, faltaban cinco minutos para que el reloj de la iglesia marcara la una de la tarde y empezara su siguiente turno en la librería de los señores Gundersen. Sonreía a cada persona que lo saludaba y le deseaba buen apetito a quienes se encontraban almorzando en los restaurantes con mesas en el exterior. Sin embargo, a pesar de su aparente buen ánimo, no dejaba de pensar en la extraña reacción de Odette ante la mención de un simple murciélago. ¿Qué tenía de especial ese animalejo? No lo sabía, pero sin saber porque, un repentino malestar comenzó a alojarse en su estómago; era ese malestar que se tiene cuando algo malo esta por pasar.

Cuando llego por fin a la tienda de los Gundersen, el señor Roger estaba terminando de limpiar las migajas de pastel de manzana de su barba y bigote. El hombre se sorprendió de ver al chico allí tan pronto:

—Caramba muchacho, tu sí que eres puntual. Creo que en todo el pueblo no hay adolescente tan comprometido y responsable como tu— dijo el hombre con su típica sonrisa. —El último chico que me ayudo aquí solía llegar a la una treinta de la tarde.

—Bueno, el crédito de eso debe dárselo a mis padres. Mi mamá me enseñó compromiso y mi padre puntualidad.

—La próxima vez que los vea los felicitaré entonces.

Y sin más William dejó su mochila en su lugar y comenzó con la siguiente tarea que el señor Gundersen le indicó realizar: limpiar los estantes grandes que contenían los libros más viejos de la librería.

William, con cubeta, plumero y paño húmedo en mano, se dirigió hacia los enormes estantes que se encontraban al fondo de la librería, pasando la pequeña cocina de la señora Elinor y luego de la sección de libros sobre mitología. Eran unos tres estantes que cubrían casi toda la pared del fondo; mientras los otros estantes eran de aglomerado de fibras de madera, los “estantes grandes” eran de madera de ébano pulido, tan antiguos como los libros que sostenían, y es que, si bien el señor Gundersen vendía libros, esta colección en particular era solo para la consulta de los habitantes del pueblo. El señor Gundersen no solía dejar que ningún “habitante del bosque” se acercara mucho a los estantes y los sacaba de la sección, con su característica amabilidad, si llegaba a suceder.

Por eso, William estaba emocionado y nervioso, era el primer residente del bosque a quien el señor Roger permitía entrar allí —aunque fuera para limpiar los estantes y sacudir los libros—. No podía creer que con tan solo un día de trabajo el gran hombre confiara en él a tal grado.

Se encontraba absorto observando los libros: eran viejos, tapas de cuero o madera los cubrían; inscripciones y dibujos tallados en los lomos y los títulos escritos en un dialecto que su madre aun no le había enseñado, todos sujetos a la estantería con finas cadenas que impedían que alguien los llevara más allá de esa sección. Estaba tan concentrado en contemplar la belleza de los libros, que no se percató de las fuertes pisadas que resonaban en la madera del suelo detrás de él. Solo se dio cuenta que no estaba solo cuando una voz potente lo sacó del trance en el que el olor a papiro viejo lo había envuelto.

— ¿Te gustan?— dijo la voz.

Sobresaltado, William se dio la vuelta y descubrió a un hombre alto, tan rubio, que su cabello casi se veía blanco, con ojos grises y una ligera barba del mismo color de su cabello: Asger Odenson, el hermano mayor de Odette.

—Son hermosos sin duda. Son reliquias, William...reliquias... familiares—. Continúo el hombre acercándose despacio hacia uno de los estantes y tomando uno de los libros. William solo lo veía asombrado.

Muy pocas veces había hablado con el primogénito de los Odenson, solo el día en que Odette los había presentado en el restaurante; esa vez el hombre lo saludo y le dijo que se alegraba de que su hermanita tuviese un amigo. Así pues, solo lo veía cuando estaba en el restaurante y este atendía a los clientes. Por eso, le parecía extremadamente raro que le hablara con tal naturalidad.

—Mi hermana me contó lo que paso con el murciélago, ¿es verdad? —pregunto el hombre mientras dejaba el libro en su lugar y veía al chico.

William estaba sorprendido e intrigado, sin embargo respondió:

—Emmm... sí. Es verdad. Un murciélago se estrelló contra la ventana de mi habitación anoche y... luego, en la madrugada, lo hizo otro.

—Entonces fueron dos— afirmo el mayor al tiempo que sacaba de su chaqueta de cuero pardo una llave pequeña, y paseándose por las grandes estanterías, leía los lomos de los libros hasta detenerse y tomar uno. La larga y delgada cadena que restringía el enorme libro colgó grácilmente desde la parte inferior del lomo. Asger tomo la pequeña cerradura en la mano e introdujo la llave, la cadena cayó al suelo dejando libre el antiguo ejemplar.

—Ten, chico— dijo el hombre entregándole al muchacho el gran libro.

— ¿Qué es esto? —Pregunto William soltando todo los utensilios de limpieza que tenía en las manos y tomando lo que Asger le entregaba.

—Es un libro, niño— contesto el mayor frunciendo el ceño y alzando la ceja izquierda.

—Sí, sé que es un libro, pero... porque me lo das a mí. Digo, se que el solo hecho de estar aquí es prohibido para nosotros. Además... ¿Cómo es que

tienes la llave de las cadenas que sujetan los libros?

—Ya te dije. Son reliquias familiares, William. Y... confió en que descubrirás de que se trata, sé que tu madre te enseñó algunos dialectos.

Y sin decir más, el primogénito de los Odenson miro al chico por última vez y luego al libro; se dio la vuelta y salió de la sección de los grandes estantes para luego perderse entre la luz que dificultaba la vista de William. Sin embargo, el chico logro oír unas últimas palabras por parte del hombre: cuídate mucho, William.

Con el eco de los pasos de Asger aun resonando entre las viejas paredes, William dirigió su mirada por vez primera al libro que tenía entre las manos: tapa de madera forrada con trozos de grueso cuero negro, los cuales estaban cocidos con un fuerte hilo color plateado; en la superficie del trozo más grande, una inscripción en lenguaje antiguo se presentaba con trazos finos y elegantes de color dorado contrastando de manera espectacular con el resto de la portada. Por supuesto Asger había tenido razón, William podía leerlo, era simple, uno de los dialectos más sencillos del nórdico antiguo, pero el menos usado. Se le hizo tan fácil leer el título que un escalofrió le recorrió la espalda al terminar la última línea: *Grimorio de media Luna*. Y bajo este curioso título se observaba un gran *triskelion* dorado, con una runa al final de cada uno de sus brazos.

Era extraño. ¿Por qué Asger le daba ese libro? No quiso meditarlo más, debía trabajar y el señor Gundersen confiaba en que limpiara esa sección de la librería, así que, dejando el libro en uno de los tres estantes apoyado del lomo de otros libros, se dispuso a realizar su tarea.

Eran las cinco de la tarde cuando William escucho la suave voz de la señora Elinor llamarlo desde la entrada de la sección. Rápidamente, dejó el libro que estaba desempolvando en su lugar y se dirigió hacia donde se encontraba la mujer. Al verlo salir de la oscura sección la señora Elinor sonrió tiernamente y le dijo:

—William, cielo, debes regresar a casa.

—¿Qué? Pero, aún es temprano señora Elinor.

—Cariño, pero si son las cinco de la tarde ya. Tus padres deben estar

esperándote en casa.

— ¡¿Qué?! ¡¿Ya son las cinco?! Wow creo que perdí la noción del tiempo estando allí—. Dijo el muchacho mientras buscaba su mochila. — Gracias por todo, señores Gundersen. Volveré mañana para terminar con los estantes grandes.

—Bien muchacho, nos vemos, y descansa mañana tendremos un poco más de trabajo—. Dijo el señor Roger mientras acompañaba a William a la puerta.

Estaba a punto de salir cuando recordó algo importante, — ¡Espere señor Gundersen! —, exclamo el chico.

Rápidamente regreso a la sección de los antiguos libros y tomo el ejemplar que le había dado Asger Odenson.

— ¿Qué tienes allí, William? —. Pregunto el señor Gundersen algo extrañado.

—Es un libro de la sección del fondo—. Respondió.

—Y... ¿cómo soltaste la cadena?

—Eh...El señor Asger Odenson abrió el cerrojo con una llave que tenía.

El gigantesco hombre, sorprendido, abrió los ojos y giro la cabeza para ver a su esposa, la cual seguía de pie tras él.

—Asger... ¿te lo dio?

—Pues... sí, señor. ¿Estuvo mal?

—...No muchacho, para nada, es solo que... es un poco inusual—. Afirmando Roger riendo un poco—. Ahora. Guarda ese libro y ve a casa. Se hace de noche y debes caminar mucho hasta la residencia—. Concluyo el gran hombre.

—Si señor—. Dijo William mientras metía el gran libro en su mochila y caminaba de nueva cuenta hacia la puerta para salir del local.

3

Si bien al salir de casa esa mañana el camino al pueblo había sido bastante ameno, el regreso no lo fue tanto: cuando salió de la librería, el sol comenzaba a pintar el azul y claro cielo veraniego de un color naranja brillante con ligeras pinceladas color carmín. Camino de nuevo por las calles del pueblo, que ya a esa hora estaban casi desiertas; la gente prefería ir a casa o a la taberna local que quedarse deambulando. Andaba a paso sereno por la acera viendo como poco a poco las luces de los faroles comenzaban a encenderse, no parecía preocuparle mucho la inclemente oscuridad que amenazaba con cubrir pronto su camino por la carretera que conducía a la residencia y por la que debía transitar solo.

Al llegar a la entrada del pueblo, la luz del atardecer había desaparecido cediéndole paso a un pálido gris azulado que indicaba la pronta llegada de la noche. Se sentía tranquilo, confiado y seguro del camino que recorrería, así que continuo caminando, no sin antes dar un último vistazo al pueblo.

Tras caminar por un rato, se dio cuenta que la oscuridad de la noche avanzaba más rápido de lo que había imaginada. Una ligera inquietud comenzaba a alojarse en su pecho y, aminorando un poco el paso, giro su cabeza dirección al pueblo: nada, eso era lo que se distinguía, una enorme nada, ni los árboles que dejo atrás, ni la alta torre de la iglesia, solo oscuridad. Comenzó a caminar más rápido; sus pasos resonaban en el pavimento de la carretera, el canto de las aves que le habían acompañado esa mañana había sido remplazado por el crujir de las hojas secas y el casual ulular de las lechuzas, sin mencionar el chillido de los típicos murciélagos.

Siguió caminando, cada vez más rápido, el trayecto se hizo eterno; se encontraba pasando un recodo de la carretera cuando algo paso velozmente frente a él. La impresión fue tal que se detuvo en seco, y mientras su corazón latía apresurado, miro alrededor dejando que sus ojos se acostumbraran a la tenue luz de la luna menguante para así poder distinguir la silueta de lo que parecía ser un pequeño ciervo. Un suspiro de alivio se desprendió de sus labios y la tranquilidad pronto volvió a él. — ¿Qué sucede contigo Bill? —. Comenzó a decirse, —Estas bien, todo está bien ¿Qué podría haber en el bosque más que solo animalitos y esos odiosos murciélagos? —. Con una ligera sonrisa insegura decidió continuar.

Tras un largo rato pudo ver por fin la entrada de la residencia, nunca le había alegrado tanto haber llegado a un lugar como en ese momento. Camino rápido, casi corriendo; su casa era una de las primeras de la residencia así que no tardó en distinguir los rosales de flores amarillas que su madre había plantado cuando llegaron allí. Abrió la pequeña reja de la valla de piedra y camino dando grandes zancadas por el empedrado que conducía a la puerta principal.

La puerta comenzó a abrirse; todo estaba en silencio cuando entro a la casa. Cerró la puerta tras él y se disponía ir a la cocina, cuando un repentino grito lo espanto. — ¡Hijo! —. William no pudo evitar saltar y responder con un grito ahogado.

— ¡MAMÁ! Por favor no vuelvas a hacer eso. Ufff... casi me da un infarto.

—Ay perdona, amor. Pero no habías llegado y estaba tan preocupada.

—Tranquila, estoy bien. Me distraje un poco en el trabajo y creo que salí un poco tarde. Creo que debo reconsiderar eso, no es agradable caminar por el linde del bosque a estas horas.

—Sin duda alguna— comenzó a decir la mujer mientras cruzaba los brazos. —Son pasada las seis treinta. Pero no importa, la cena esta lista, pongamos la mesa y comamos juntos.

William asintió con la cabeza y siguió a su madre a la cocina.

Cuando entro, se encontró con una escena común para él, pero que jamás dejaba de hacerlo reír: su padre tratando de tomar furtivamente un trozo del postre que su madre había preparado. A consecuencia, la reacción de Vera era la misma siempre: primero lo observaba fijamente, luego le reñía el estar metiendo las manos en la comida y por ultimo le quitaba lo que fuera que el hombre tuviese en la mano para luego ordenar a Bill poner la mesa mientras ella vigilaba a su padre.

Luego de la cena, William fue a su habitación. Dejo su mochila en una esquina del cuarto y se dirigió al baño. Un rato después de haberse duchado y lavado los dientes, se disponía a recostarse en su cama para seguir leyendo la novela de terror que dejo a medias la noche anterior, pero cuando se disponía a hacerlo, un extraño impulso lo hizo girar la cabeza en dirección a la esquina

en la que se encontraba su mochila; el libro que le dio Asger en la librería estaba allí guardado.

Con paso vacilante se acercó al lugar, tomó la mochila y sacó el extraño ejemplar; se dirigió a su escritorio con el pesado y antiguo tomo en las manos y lo colocó sobre él. Se sentó en la silla frente a su escritorio y se dispuso a abrir el libro; se encontraba inexplicablemente nervioso, la mano derecha le sudaba ligeramente y un peso extraño se expandía en su estómago y en su pecho. Ese día había sido muy extraño y tenía la impresión de que aún quedaban cosas extrañas por ocurrir.

Con la mano temblorosa y la respiración atorada en la garganta, William tomó la esquina inferior de la tapa del libro y la levantó: la primera página mostraba un gran dibujo compuesto por intrincados diseños celtas que hacían las bases de márgenes; en el centro de la amarillenta y gruesa hoja se extendía un enorme círculo que contenía una serie de líneas entrelazadas que formaban una gran estrella de cinco puntas con un *triskelion*, igual del de la portada, en su centro; la tinta con la que estaba dibujado era infinitamente negra, como si no hubiese sido afectada por los presuntos siglos que tenía escrito el libro. Con un suspiro de impresión y de alivio a la vez, el muchacho tomó el borde de la página y pasó a la siguiente.

La segunda página también contenía múltiples símbolos que William interpretó como celtas pero, a diferencia de la página anterior, esta sí contenía un texto. En el mismo dialecto en el que estaba escrita la portada del libro, se leía con negros y de poderosos trazos:

<Ritos para evitar ser dañado por fuerzas oscuras>

Bendición de tu hogar

*Dibujar la sagrada cruz de cinco puntas en el suelo en el que
erguirás tu casa. Apuntando al norte su punta única.*

*Bendice cada madero con el que vayas a construir en nombre de los
cuatro grandes dioses de la tierra.*

*Talla en el dintel de tu puerta la cruz solar para que cada mañana el
padre sol te bendiga y la oscuridad se aparte de ti y los tuyos.*

*Por cada día que pases de gozo y prosperidad, talla un nudo perenne
en el arco de tu puerta. Por cada día triste y vil que sufras, talla el cuervo y
quémallo.>*

Al finalizar el texto, Bill se preguntó con mayores motivos porque Asger le había entregado el libro; él no estaba siendo acosado por fuerzas oscuras o malévolas. Sin embargo, la curiosidad pudo más con él y pasó a la siguiente página, la cual tenía la respuesta a su pregunta: *Formas en que el mal puede hacerse presente.*

<Debes estar atento al bosque, al pueblo, al rio, al mar. En el lugar en que menos te lo esperes puede presentarse una fuerza maligna que espera para dañarte. Los arboles torcidos de corteza negra suelen ser altares para rituales malignos; los reconocerás fácilmente de los demás arboles con características similares porque en estos árboles no suele posarse animal alguno.

Sigue a los animales, obsérvalos bien, ya que ellos poseen fuertes lasos con la madre Gea y están conectados de forma mística y ancestral con el mundo de los muertos y los espíritus.

Estate atento a los sonidos cuando estés en casa y a los alrededores de esta cuando salgas, si ves algún animal muerto en tu tejado o fuera de tu puerta puede ser señal de que algo maligno mora....>

Bill dejó de leer cuando la ventana de su habitación se abrió de golpe dejando entrar un extraño viento frío que le erizo la piel. Rápidamente corrió a la ventana y la cerró con seguro; su respiración de nuevo estaba errática y su corazón latía con fuerza —Vamos, William, ¿qué pasa contigo? —, comenzó a decirse— no eres una persona cobarde, ¿de qué te asustas?

Con un pesado suspiro, el muchacho decidió volver a su escritorio para guardar el libro e irse a dormir. Pero lo que descubrió al acercarse le perturbó mucho más que la lectura anterior y el azote de la ventana: las páginas del libro se habían pasado debido al fuerte viento y habían quedado justamente en una que dibujaba la enorme figura de un murciélago y tenía escrito con tinta roja:

“Animales que las brujas oscuras pueden dominar...”

Un sudor frío comenzó a correr por su espalda y su mente dejó de trabajar por un momento; el animal del dibujo era idéntico a los dos que había encontrado muertos fuera de su ventana esa mañana, se atrevía a decir que

incluso eran del mismo tamaño.

Tragando saliva pesadamente, decidió asomarse a la ventana y ver al jardín; no se distinguía forma alguna, la oscuridad era intensa y sólida en ese lado del patio. Con un suspiro de angustia decidió hacer algo arriesgado; no quería quedarse con la curiosidad y la incertidumbre de que los dos murciélagos que se habían estrellado contra su ventana fueran de la misma especie que el que estaba dibujado en el antiguo libro. Así que, con renovada valentía, coraje y un poco de impulsividad, tomó una linterna que guardaba un uno de los cajones de su cómoda, su suéter verde esmeralda y salió de su habitación.

Al bajar a la sala se dio cuenta de que sus padres estaban sentados en el sofá viendo la TV. Se acercó con sigilo a la puerta procurando hacer el menor ruido posible y la abrió con cuidado mientras veía el sillón a sus espaldas para asegurarse de que sus padres no habían advertido su presencia.

Cuando estaba ya fuera de la casa y de pie en el estrecho camino de piedra del jardín, observó furtivamente hacia su derecha, se dio valor tomando una profunda respiración y pasó los arbustos que bordeaban el camino con el mismo propósito con el que lo había hecho esa misma mañana: ver lo que había fuera de su ventana.

El jardín no se veía tan oscuro estando en él, comparado con el aspecto que tenía desde la ventana de su habitación: un gran farol colocado al límite de la verja que separaba el jardín de la calle, iluminaba bastante bien el lugar, sin embargo, el frondoso pino situado frente a la casa impedía que la luz del foco llegara hasta el dichoso espacio situado bajo la ventana de William Jr. Así que, con paso lento, oyendo el césped crujir bajo sus pantuflas negras y viendo solo las sombras que la tenue luz blanquecina de la linterna producían en el suelo, se fue acercando al lugar que esa mañana había revisado. Pero, cuando llegó, se sorprendió de no encontrar el par de cadáveres que se suponía debían estar allí.

Bill parpadeo rápidamente, extrañado: ¿Qué había pasado con esos murciélagos? A caso ¿una bruja...? ¡NO! Eso era imposible, las brujas y esas cosas no existían... ¿verdad? Más consternado que antes, decidió volver rápidamente al interior de la casa. Abrió la puerta principal a prisa y cuando la cerró, estaba tan nervioso que no tuvo el menor cuidado de que no hiciese

ruido.

Vera Jackson, quien estaba recostada en el sofá mientras su marido iba a la cocina en busca de una cerveza, escucho la puerta cerrarse y de inmediato volvió su cabeza para ver qué había ocurrido. Sin duda, lo menos que esperaba encontrarse era a su hijo parado en la entrada de su casa con el rostro pálido como un espanto, la respiración tan errática que, incluso a la distancia a la que se encontraba y pese a la oscuridad de la sala, podía distinguir como su pecho subía y bajaba frenéticamente, las manos temblando ligeramente y sujetando una linterna aun encendida.

La mujer se levantó despacio y camino hacia su único hijo con la intención de saber que le ocurría. Cuando se acercó lo suficiente al consternado muchacho le dijo con voz pausada, amorosa y preocupada:

—Amor... mi cielo, ¿te encuentras bien?

El joven William tenía la vista clavada en el suelo, su cabeza daba vueltas y sus oídos pitaban; se encontraba tan desorientado por lo recién descubierto que siquiera vio que su madre se acercaba a él, mucho menos escucho cuando le hablo, su mente solo cabía la idea de que algo malo pasaba; resonaban con fuerza las palabras escritas en el libro y el no encontrar el cuerpo de los murciélagos solo confirmaba que...

De pronto, el chico sintió como unas delicadas y largas manos sujetaban sus brazos y una lejana voz le hablaba entre susurros; parecía desesperada, preocupada, casi suplicante. Levanto el rostro y encontró la mirada color caramelo de su madre fija en él —Mamá— Susurro. — ¡Por supuesto! ¡MAMÁ! —, gritaba su mente sintiéndose como si un relámpago iluminara una noche profundamente oscura y terrorífica. Aun con el aliento algo atorado en su garganta y el corazón encogido en su pecho, le pregunto a su madre con voz trémula:

—Mamá... tú... ¿tú has limpiado el jardín del frente esta mañana?

—Eh... si, hijito. Salí a plantar nuevos rosales pero me encontré con dos desagradables animalitos muertos. No podía dejarlos allí así que aproveche y limpie el patio entero.... ¿Por qué la pregunta cielo? ¡Oh! Ya sé lo que debe haber pasado: perdiste algo desde tu ventana, es por eso que estabas afuera a estas horas; no te dio tiempo de buscar esta mañana y justo ahora lo recordaste, ¿no es así? —. Finalizo Vera Jackson, de explicar su teoría de porque Bill estaba en el jardín, con una radiante sonrisa.

El muchacho, que por fin logro soltar el aire que había estado conteniendo, la miro con alivio, le devolvió la sonrisa y se reprendió mentalmente por lo absurdos que habían sido sus pensamientos.

—Si —Dijo con una risa algo forzada—: Estaba leyendo en la ventana y mi marca-libros autografiado por el Sr. Lee cayó en el jardín... ¿no lo viste al limpiar esta mañana?

—No, amor. Tal vez está en alguno de los arbustos. Mañana, cuando este arreglando las flores, estaré atente por si lo veo.

—Gracias, mamá— dijo Bill para luego soltar un bostezo fingido—: Bueno, iré a dormir. Buenas noches.

Rápidamente, el chico subió las escaleras y se perdió por el oscuro pasillo de la segunda planta de su hogar.

Al llegar a su habitación, cerró la puerta rápidamente y corrió a su escritorio. El libro seguía allí; de un momento a otro, mientras subía las escaleras, sintió que tal vez el antiguo ejemplar podría haber desaparecido; que no estaría allí cuando regresara a su cuarto; que solo había sido un mal sueño. Pero hay estaba, con sus fuertes trazos en tinta negra y roja y el gran dibujo casi amenazando con salirse de la página.

Sin dudarle un segundo más, tomo la cubierta del libro y lo cerro de golpe. Lo tomo en sus manos y lo metió de nuevo en su mochila; se lo regresaría a Asger inmediatamente lo viera al día siguiente.

Soltando un suspiro de frustración —ya había perdido la cuenta de cuanto había suspirado ese día—, se arrojó a su cama. Tenía los ojos cerrados cuando dejo de escuchar el leve rumor que producía el aire acondicionado al estar encendido. Giro su cabeza dirección a la ventana y abrió los ojos: seguía cerrada, justo como la había dejado antes de salir al jardín. En su fuero interno rezaba porque esa noche, a pesar de ser verano, siguiera siendo tan fría como lo estaba cuando salió hace un rato porque, a pesar de haber dejado de lado las ideas de las brujas, la magia maligna y los enormes murciélagos que querían atacarlo, no pensaba abrir la ventana aunque se cociese debido al calor.

El viento soplaba suavemente como era de esperarse en verano, las ramas de los arboles siquiera lograban moverse y pocas hojas caían de las

copas de estos. Sin embargo, a pesar del apacible clima, algo entro violentamente por la ventana abierta y cayó justo a un lado de la cama. Una enorme garra curva, similar a un grafio, de color negro brillante comenzó a subir por la colcha que tapaba ligeramente al rubio muchacho que dormitaba bajo ella. De la extraña garra se desprendía una fina membrana de color igual de negro que la noche pero opaco como el carbón. A medida que la garra avanzaba, aproximándose al pecho del chico, se hacía más grande, más oscura, más aterradora.

Un frio aliento le dio en la cara y desconcertado abrió levemente los ojos para encontrarse con un rostro alargado, enorme y con una mirada roja que destilaba horror, muerte y odio puro. Intento gritar, pero su voz quedo atorada en su garganta; no podía moverse; la respiración le fallaba, solo sentía el frio aliento del ser helándole el rostro. De pronto, la horrible bestia abrió sus inconmensurables fauces llenas de miles de dientes blancos afilados como agujas y soltó un alarido solo comparable con el grito de un alma siendo quemada en el infierno, y luego, todo se volvió oscuro.

De un salto, quedo sentado en su cama; el sudor recorría su espalda y sus ojos color miel observaban velozmente toda la habitación. Una leva brisa fría se colaba por la ventana abierta y hacia que las cortinas se movieran levemente; de fondo, con atronador chirrido para hacerse presente, se escuchaba la alarma del despertado que indicaba que eran las 05:00 am.

Tratando de calmar su respiración, Bill alargo el brazo para apagar la alarma. Se sentó en la orilla de la cama y se calzo las pantuflas de manera automática ya que su mente se encontraba concentrada en el espantoso sueño que acababa de tener.

Al terminar de alistarse para comenzar su nuevo día de trabajo, se dirigió a la puerta de su habitación y mientras repasaba con la mirada el lugar, pensaba: —Debería dejar de leer historias de terror por un tiempo, ese sueño no fue nada normal—. Sin más salió de su habitación dejando tras él, sin percatarse, la ventana abierta.

Llevaba ya varias horas trabajando en la librería ese día; había atendido a algunos clientes y había ordenado algunos libros nuevos. Estaba a punto de entrar de nuevo a la sección de los estantes negros para continuar limpiándola, cuando el señor Roger Gundersen le indico que era hora del

almuerzo. Con una sonrisa, Bill dejó los implementos de limpieza en una esquina entre dos estantes de la sección y fue a coger su mochila, sin embargo, mientras la colocaba en su hombro, sintió una fuerte mirada a sus espaldas, casi quemándole la nuca. Cuando se volvió, descubrió que el gran señor Gundersen era quien lo observaba fijamente. Con mucha educación y algo de desconcierto, el muchacho se atrevió a preguntar:

— ¿Todo está bien señor Roger?, ¿necesita que haga algo antes de irme?

El alto hombre solo agito la cabeza y parpadeo velozmente, como si tratara de salir de un trance y dijo:

—No, chico. Todo está bien, yo solo... quería preguntarte ¿ya has leído el libro? Ese que Asger te dio.

Bill no se esperaba aquella pregunta, así que tardo un momento en encontrar las palabras correctas para expresar sus pensamientos con respecto al libro sin ofender la cultura que sostenía el dichoso ejemplar, cultura a la cual pertenecían las raíces familiares del señor Gundersen.

—Pues... —comenzó a decir titubeante—, me pareció, interesante. Y un poco aterrador, sobre todo por el realismo impreso en sus dibujos— finalizo el muchacho inseguro.

—No me refería a eso, muchacho... Pero en fin— Dijo de pronto el hombre cambiando su seria expresión por su típica sonrisa bonachona—. No te quito más tiempo. Ve a almorzar, te necesito con energía, esos estantes no se limpiarán solos. —Finalizo el barbudo hombre con una sonora carcajada.

Y así, con una tímida e insegura sonrisa en su rostro, William Jr., salió de la tienda rumbo al restaurante de la familia Odenson.

Cuando entro por la pesada puerta de madera del lugar, se percató de que este estaba singularmente lleno de personas. No era común ver a tanta gente allí; las personas del pueblo generalmente no tenían necesidad de ir al viejo restaurante familiar ya que, la mayoría, tenían sus propios negocios. Así pues, Bill decidió dirigirse rápidamente a la única mesa que estaba libre, ubicada en un oscuro rincón cerca de la cocina.

Bill movía la cabeza de lado a lado, viendo como los hermanos de Odette y demás empleados del lugar corrían de una mesa a la otra, de una

mesa a la cocina o de la cocina a una mesa; sus delantales blancos bailaban cada vez que se giraban de manera rápida; llevaban pequeñas libretas donde anotaban pedidos y luego corrían a la cocina; cargaban bandejas con humeantes platillos típicos de la región y los depositaban en frente de los comensales. Continúo observando alrededor hasta que por fin vio a quien buscaba. Levanto su mano y una muy atareada Odette Odenson se dirigió hacia su mesa.

— ¡Bill! — Exclamo la rubia muchacha—. Hola, ¿Cómo estás?

—Hola Odette. Muy bien. Vaya, parece que están bastante ocupados hoy... ¿Qué paso aquí? Generalmente no tienen tantos clientes.

—Es por la temporada de vacaciones de verano. Los turistas comienzan a venir en estas semanas. Imagino que un viejo pueblo en medio de las montañas les llama la atención, no lo sé.

William no pudo evitar soltar una pequeña riza. Como siempre, le pidió a Odette su plato favorito y un postre doble.

Cuando la chica regreso, coloco el plato del muchacho sobre la masa y, observando antes a su alrededor, se sentó en la silla frente a su amigo; tenía una expresión preocupada y curiosa, miro a su chico comer por un momento y luego no pudo evitar preguntar:

— ¿Cómo va el libro Bill?

—Ah? Oh, el libro. Pues... no he continuado leyendo, lo deje en cuando el asesino entro a la casa y...

—No hablo de ese libro— Lo interrumpió Odette—. Hablo del libro que mi hermano te dio ayer.

William se sorprendió de que su amiga supiera de eso —Parece que los miembros de esta familia se tienen mucha confianza. Wow, con lo serios que son creí que serían más reservados. Qué bueno— Pensó el muchacho.

—Pues... leí... algunas cosas; sobre rituales de protección y eso. Pero...— Las mejillas del joven William estaban sonrojadas por el nerviosismo: ¿cómo le diría a una de las integrantes de la familia propietaria del libro que le había parecido solo cuentos de hadas y bastante irreal?; que no lo necesitaba; que creía que su hermano le había hecho una broma solo para asustarlo al entregarle ese libro.

—Crees que es inútil, ¿verdad? —. La voz de su compañera le cayó como un balde a agua helada. Con los ojos bastante abiertos y las mejilla encendidas, le dirigió un breve mirada de culpa, para luego bajar la cabeza y asentir sin quitar la vista del plato de comida que comenzaba a enfriarse.

—Lo siento—. Fue lo único que William Jr. pudo decir en ese momento.

—No te preocupes, supuse que pasaría eso, es difícil para quienes no crecieron aquí entender que... puede ser real.

William solo volvió a sonreír culpable. Alargo la mano debajo de la mesa y tomo su mochila, sacando de esta, el pesado ejemplar que, el día anterior, el primogénito de los Odenson le había entregado.

—Creo que debería regresárselo. Supongo que es algo muy valioso como para que alguien que no lo necesita lo tenga. Supongo que tu hermano está ocupado ¿podrías dárselo?

La chica, con expresión dudosa, alargo la mano para tomar el libro.

—Si lo necesitas—. Dijo de pronto una potente voz con marcado acento.

Odette y William saltaron en sus asientos y giraron la vista en dirección a la voz: Asger Odenson estaba de pie junto a la mesa. A pesar de tener el delantal manchado, la frente ligeramente sudada y un gorro de malla sobre su cabeza, se veía imponente, fiero y, sobre todo, atemorizante.

—Odette— Comenzó el gran hombre a decirle a su hermana menor—. ¿No deberías estar trabajando?

La chica asintió levemente y susurro una disculpa. Se puso de pie, se despidió de su amigo y se dirigió hacia unos turistas que recién ingresaban al restaurante.

Con un pesado suspiro, Asger dejo de ver a su hermana y dirigió sus gélidos ojos hacia William. El muchacho trago grueso cuando el hombre se sentó frente a él:

—Así que...—Comenzó a decirle al chico—, ¿crees no necesitar el libro?

—Pues y—yo... lo cierto es que no logro encontrar la verdad en algo así, Asger. Disculpa de verdad, sé que me diste este libro de buena fe pero... lamento si ofendo tu cultura, tus creencias y las de tu familia, pero no veo como me puede servir este libro— Finalizo el chico extendiendo el gran tomo

forrado de cuero hacia el hombre frente a él.

El mayor de los hermanos Odenson permaneció impávido, viendo fijamente el libro. Luego de unos instantes regreso su fría mirada al chico y le dijo con voz potente:

—Te propongo algo, muchacho: quédate con el libro un poco más; léelo, investiga o simplemente guárdalo en tu mochila y sácalo cuando creas que te puede ofrecer alguna respuesta. Tienes una semana. Si al termino de ese lapso aun crees que no lo necesitas tráelo y lo colocare de vuelta en el estante de los Gundersen.

William dudo un poco, pero la fría y penetrante mirada de Asger Odenson no daba tregua ante un posible rechazo de su parte. Así que, resignado, volvió a guardar el libro en su mochila.

—Muy bien— dijo de pronto el rubio hombre mientras se levantaba de su silla—, debo volver al trabajo. Confío plenamente en que encontraras utilidad en ese libro, chico.

Cuando la espalda de Asger Odenson se perdió tras la puerta de la cocina, el joven William miro su reloj de pulsera; le quedaban unos veinte minutos para terminar su hora de almuerzo pero, en realidad, había perdido el apetito. No quería despreciar la comida que su amiga le había llevado así que, cuando Odette se acercó de nuevo a su mesa para dejar el postre, le pidió que por favor le diera el resto de su comida para llevar. La muchacha solo le dio una pequeña sonrisa y se fue a preparar el pedido.

La mente de William no dejaba de darle vueltas al asunto: Odette impresionada y asustada por la mención de los murciélagos; Asger dándole el libro; el viento moviendo las hojas del ejemplar y dejándolas justo en el dibujo del enorme animal; el extraño sueño de la criatura colándose por la ventana abierta...—un segundo— comenzó a decirse el muchacho, mientras dejaba el gran libro que estaba desempolvando en el estante—: Cerré la ventana antes de dormir pero, esta mañana, el viento... ¿la ventana estaba abierta?

Unos golpes en la madera de los estantes lo sacaron de sus pensamientos sobresaltándolo —últimamente se encontraba bastando sensible a los ruidos espontáneos—, y la profunda voz del señor Gundersen llego hasta él

como un rumor lejano, amortiguada por las paredes y los estantes repletos de libros.

—Chico— comenzó a decir el hombre—, ya es hora de que regreses a casa, son pasadas las cinco.

Rápidamente el chico termino de desempolvar el último libro del último estante negro y salió de la sección.

—Ya termine con la sección del fondo señor Gundersen

—Wow, muchacho. Sí que eres rápido. Muy bien mañana podrás ayudarme con otras tareas. Ahora ve a casa y descansa bien—. Dijo el hombre con su bonachona sonrisa en el rostro.

William tomo su mochila y se despidió del gran sujeto; la señora Elinor hacía tiempo se había retirado a casa y eso le hizo comprender cuan tarde era.

Camino apresuradamente hacia la entrada del pueblo; no quería volver a experimentar las sensaciones del día anterior, pasando por el linde del bosque estando el camino tan oscuro.

Estaba a punto de llegar a la puerta norte cuando el claxon de un auto lo detuvo. Era la familia Pullman, sus vecinos de las residencias. Los Pullman Vivian a unas tres casas de la suya; en algunas ocasiones habían ido a comer o a pasar el rato, pero no era estrechamente amigos. Otras veces había intercambiado algunas opiniones sobre comics y videojuegos con el hijo mayor de la familia —un chico de unos 15 años—, pero poco más.

William se detuvo en el borde de la banqueta y vio la pequeña minivan roja estacionarse frente a él. La ventanilla del copiloto comenzó a bajar poco a poco y la regordeta cara de la señora Pullman asomo por ella.

—Hola, William. Muchacho, ¿Qué haces por aquí a estas horas? —, inquirió la mujer de cabello negro.

—Hola señora Pullman, hola señor Pullman— saludo al hombre que estaba tras su mujer, del otro lado del auto, al volante, quien le respondió el saludo agitando su mano y sonriendo—. Salí hace algunos minutos del trabajo y me disponía caminar a casa.

— ¿Trabajar? Valla, ¿conseguiste trabajo de verano, cielo? — dijo la señora Pullman.

—Así es, no quería estar en casa toda la temporada sin hacer nada.

Con una mirada seria la mujer volvió la cabeza hacia los asientos traseros del auto y dijo con voz implacable:

— ¿Veis? Bill prefiere trabajar en verano que estar todo ese tiempo echado en el sofá o jugando en la consola; deberían seguir su ejemplo.

William sonrió nervioso; se estaba haciendo cada vez más oscuro y quería llegar a casa cuanto antes.

—Bueno... eh— comenzó a decir—. Creo que debo irme ya. Debo llegar a casa rápido.

—Espera, chico— Se escuchó la voz del señor Pullman desde dentro del auto—. Podemos llevarte si gusta. Después de todo nos dirigimos al mismo vecindario—. Concluyó el hombre de tez morena y cabello negro.

—Oh, muchas gracias señor— Dijo William con una sonrisa.

El señor Pullman quitó el seguro de las puertas traseras y el joven abrió la puerta. Allí dentro estaban, como era de esperarse, los dos hijos de la pareja: Richard, el mayor, quien jugaba con su consola portátil, le dirigió una rápida mirada como saludo; Edward, el pequeño de unos 12 años, lo saludo alegremente desde el asiento ubicado detrás del de su padre, agitando la mano y exclamando: ¡Hola, Bill!

El muchacho sonriendo subió al auto saludando a ambos chicos y cerró la puerta tras de sí, abrocho su cinturón y dio las gracias de nueva cuenta a los señores Pullman por ofrecerse a llevarlo a casa, a lo cual el jefe de la familia solo pudo decir: Para eso están los vecinos, muchacho.

El auto comenzó a moverse. William apoyo la cabeza en contra el vidrio de la ventana y apretó su mochila contra su pecho; podía sentirlo allí dentro, como si estuviese vivo, como si le llamara; el libro que Asger le había dado estaba allí, contra su pecho, esperando a ser leído. Para que mentir, tenía miedo; miedo de volver a abrirlo, de encontrar algo entre sus páginas que le indicara con certeza de que lo que había leído la noche anterior era cierto, de saber y confirmar que él no había abierto la ventana de su habitación en ningún momento de la noche anterior.

Se encontraba sumergido en sus pensamientos cuando un vestigio de la conversación entre los padres de la familia se coló hasta su agitado cerebro:

—Si, también pensé que era bastante raro, Isabel. Pero, esta mañana, los Norrison me lo dijeron que a veces los murciélagos se estrellaban contra las ventanas en verano. Que solían desorientarse.

Al escuchar esto, discretamente, William decidió prestar más atención a la conversación:

—Pero, ¿los Pauls te dijeron cómo fue? —Cuestiono la Isabel Pullman a su esposo.

—Si: Alexis me conto que estaban en el jardín trasero; esa noche iba a preparar unas hamburguesas para la familia. Eran cerca de las 7:00 pm cuando, mientras servía los platos para las niñas, un enorme manchón negro se estrelló contra la ventana superior de las habitaciones y cayó en la mesa del jardín asustando las pequeñas. Entiendo que un murciélago se estrellara contra la casa, pero lo que me pareció raro fue que me dijo que cuando regresaron a dentro había uno posado en una de las lámparas de pared de la sala y, por lo que me conto, no se les hizo fácil sacarlo.

—Bueno, tal vez ese entro por alguna ventana que dejaron abierta.

—Si, es lo más probable. Ya sabes, debemos mantener las ventanas cerradas.

William, que había estado atento a la conversación de los dos adultos a pesar de estar escuchando a Richard —quien le estaba contando algo a cerca de un nivel difícil de superar de algún juego—, se sorprendió al saber que a una de las familias de la residencia las atacaran dos murciélagos... —Bueno, tal vez no fue un ataque— pensó el chico—, pero creo que así lo sentí yo; como si esas cosas quieran atacarme.

—Tal vez sea el calor— dijo de pronto la señora Pullman

— ¿Perdón, cielo? — cuestiono su esposo.

—Digo: puede que el calor del verano desoriente a los murciélagos. No soy biólogo ni una experta en esas cosas pero... quizás, así como nosotros nos sentimos agotados y algo aturcidos cuando hace demasiado calor, ellos se desorientan debido a esto. O, buscan un lugar más fresco y por eso quieren entrar en las casas.

William comenzó a analizar esa conjetura y la encontró bastante coherente; podía ser eso por lo que los murciélagos se comportaban tan raro. Aunque, de cualquier forma, no tenía idea de cómo actuaban normalmente los

animales del bosque en esa época ya que era el primer verano que él pasaba allí, pero puede que lo más probable era que esos seres estuviesen más acostumbrados a veranos de noches frías como era común en lugares montañosos y boscosos, ubicados tan al norte, como lo era el pueblo de Howll.

Luego de un rato, William vio a través de la ventana del auto las rejas que marcaban la entrada de la residencia. El sol se había ocultado hacía ya algún tiempo y solo se distinguen unas finas líneas blancas cubiertas por plantas escandentes subiendo por ellas.

No paso mucho tiempo para que el auto se detuviese frente a la casa de William y este bajara desde la puerta trasera. Antes de cerrar la puerta se despidió de los muchachos que lo acompañaron durante el viaje. Se acercó a la ventanilla de la parte delantera del auto y con una gran sonrisa les agradeció a los señores Pullman el haberlo traído a casa. El auto de la familia se puso en marcha de nuevo mientras él cerraba la puerta de la verja negra del jardín y se despidió de la señora Isabel, quien agitaba su mano fuera de la ventanilla con una gran sonrisa en su rostro.

William entro a su casa y dejo las llaves en la pequeña mesa que estaba junto a la puerta. Estaba a punto de entrar a la cocina cuando el sonido de unos pasos apresurados, provenientes de las escaleras, lo hicieron detenerse. Justo en el penúltimo escalón, con los brazos cruzados sobre su pecho y una mirada que no prometía piedad alguna, estaba Vera Jackson.

—William Arthur Jackson Uther— clamo la mujer, pronunciando el nombre de su hijo como si se tratara de una reina condenando a un plebeyo a la horca—. ¿Se puede saber en dónde has estado, jovencito?

—Hola, mamá. Eh... yo, estaba en el trabajo— dijo el chico atropelladamente—. Lo siento de verdad. Me distraje y perdí la noción del tiempo de nuevo. Pero no tienes de que preocuparte; los Pullman se ofrecieron traerme, así que...

—Lo sé— interrumpió Vera al muchacho—. Te vi bajar de su auto. Es muy tarde William. Aunque los Pullman te hayan traído, es muy tarde. ¿Qué habría pasado si no hubiesen estado allí para darte un aventón? Estarías ahora cambiando en medio de una carretera solitaria y oscura al linde del bosque— finalizo la mujer con un nudo en la garganta.

Si bien Vera Jackson no era una madre sobreprotectora, jamás le gusto

que su hijo llegara muy tarde a casa, ella sabía de sobre que las peores cosas solían suceder de noche. Una de las mayores preocupaciones que había tenido la mujer cuando se mudaron allí, fue que William tuviese que caminar a casa solo por la carretera bordeada de árboles pasadas las seis de la tarde.

—Si ese va a ser tu horario de trabajo— continuo la matriarca de la familia—, entonces creo que es mejor que renuncies al trabajo y te quedes en casa el resto del verano.

William se sorprendió y preocupó a la vez. Miro a su madre y le dijo, con voz consternada:

—No mamá. Ese no es mi horario de trabajo. Termino en la librería a las cinco, me da tiempo de llegar a casa antes de que oscurezca.

—Solo han pasado dos días desde que tienes ese trabajo y, en esos dos días has llegado tarde, Bill.

William estaba a punto de decirle a su madre que era culpa de él por ser distraído, que no volvería a pasar; cuando su padre entro en la sala desde la puerta de la cocina y dijo:

—Si te sientes más tranquila, Vera, puedo buscar a Bill a partir de mañana.

Ambos, madre e hijo, se quedaron observándolo por un segundo o dos.

—Me parece bien.

—No creo que sea buena idea —dijo William al mismo tiempo que su madre—. Papa, puedo hacer esto solo. Ya no soy un niño— concluyo el muchacho con una mirada seria.

—Es más seguro que vaya a buscarte, hijo. O, si no quieres te vean en un auto tan de lujo como el mío, puedo llevar la motocicleta.

William pareció meditarlo un poco, pero no dijo nada. De pronto, una idea le llevo a la mente:

—Y... ¿qué tal si llevo mi bicicleta?— propuso el muchacho a su madre que no dejaba de verlo—. Así, a pesar de que salga un poco tarde, podre regresar más rápido a casa que caminando.

Vera vio a su esposo, quien simplemente se escogió de hombros; medito un poco el asunto y luego de lo que a William Jr. le pareció una hora, la señora Jackson acepto la solución de su hijo.

—Con una condición, William— dijo Vera, haciendo que la sonrisa que se había formado en el rostro de su hijo se esfumara—. Si vuelves a llegar luego de que el sol se oculte, yo misma iré a la librería de los Gundersen y les diré que ya no tienes mi permiso para trabajar. ¿Está claro?

William asintió rápidamente con la cabeza y trago grueso. Su madre raramente lo amenazaba de esa forma, eso solo significaba que estaba bastante molesta.

Soltando un pesado suspiro, Vera le dijo al chico y a su esposo que la cena estaba en el horno. Ella no cenaría esa noche y prefería ir a su habitación para seguir buscando solicitudes de empleo en la red y ver si lograba contratar a una nueva empleada del hogar.

Al entrar a su habitación, William se aseguró de cerrar bien la puerta, saco el libro de su mochila y la arrojó en alguna esquina de la habitación; estaba frustrado. La cena con su padre había transcurrido dentro de un pesado e incómodo silencio, luego de que este le diera un sermón sobre no estresar a su madre con sus llegadas tardes a casa, los supuestos amigos que podría encontrar y ser perjudiciales para su futuro e incluso le repitió la misma charla sobre sexualidad que habían tenido cuando recién cumplió doce años. Sin duda fue bastante incomodo que su padre le hablara de eso otra vez.

Aun con el libro en las manos, se dirigió hasta la ventana y la cerró, esta vez asegurándose de que el seguro estuviese bien colocado. Fue hasta su escritorio y se sentó a leer el libro de Asger. En ese momento no tenía en mente el miedo o la inseguridad, la curiosidad era lo que más lo dominaba; curiosidad por saber, de una vez por todas, la razón por la que habían colocado ese libro en sus manos.

Nada más abrir el libro se encontró de cara con una gran ilustración de un saco en tinta negra junto a la cual se extendía un título y una lista de ingredientes:

<Saco contra la magia negra

Colocar dentro de un saquito de rafia o tela morada lo siguiente:

Un poco de sal, planta de hisopo, ajeno, albaca y artemisa.

Llevar colgado o cerca del cuerpo. Colocar bajo la almohada al dormir.>

Sin duda el libro se hacía más absurdo cada vez que lo leía. Sin

embargo, algo lo llevo a pasar las páginas una tras otra hasta dar con la que mostraba la ilustración del gran murciélago. Soltó un pesado suspiro y comenzó a leer con un poco de resignación.

<Animales que las brujas oscuras pueden dominar y tomar su forma

Generalmente, las practicantes de magia oscura suelen usar animales que tengan algún parecido a ellas, bien sea espiritual o físicamente. Los murciélagos y buitres son sus favoritos. Raramente utilizan gatos o lobos, ya que estos suelen tener comunicación con el mundo espiritual por si solos y pueden elegir si servir a un practicante del mal o no.

Si bien no todos los animales nocturnos, o los anteriormente mencionados, son servidores de los oscuros, procura que ninguno animal alado entre a tu morada.

Si bien las brujas usan a los gatos o lobos negros como mensajeros o espías, es la forma de buitres y murciélagos descomunamente grandes la que suelen adoptar para perturbar la paz de los hombres buenos y moverse con más facilidad.>

William Jr. solo atino a quedarse viendo fijamente al murciélago que parecía regresarle la mirada, con ojos grandes y rojos. Decidió cerrar el libro al comprender por fin porque los hermanos Odenson decidieron darle el libro: creían que dos brujas se habían estrellado contra su ventana. De verdad que esa familia se había quedado en un pasado muy lejano, un pasado en el cual sus ancestros creían fervientemente en cosas como esas.

Más tranquilo sabiendo que Asger le dio el libro solo por superstición, se alisto para dormir. Al salir del baño y antes de acostarse decido dejar la puerta abierta para que el aire frio del pasillo entrara a la habitación; decidió dejar la ventana cerrada al recordar lo que los Pullman habían estado hablando durante el trayecto a la residencia, no le gustaría que alguno de esos desorientados murciélagos se colara en su habitación.

Se recostó en su cama y, comprendiendo por fin que todos los acontecimientos de esos días solo eran una serie de eventos curiosamente arrojados por el azar y la superstición, decidió cerrar los ojos y descansar.

Un curioso y estridente ruido perturbo su sueño. Abrió pesadamente los parpados y miro de soslayo su despertador que marcaba las 4:30 am; aún faltaban treinta minutos para que debiera levantarse y prepararse para su trabajo. Entonces, si su despertador no producía el molesto ruido, ¿qué lo hacía?

William se percató que el sonido venia de afuera de la casa. Se bajó lentamente de la cama y se asomó a la ventana solo para lograr ver como unas danzantes luces rojas y azules se perdían vía al interior de la residencia; el sonido era el de una sirenas.

Un poco contrariado decidió vestirse, a pesar de ser tan temprano, quizás podría prepararse un par de huevos y un poco de pan tostado y desayunar en casa ese día. Ya se había terminado de arreglar cuando de pronto, el sonido de las sirenas comenzó a acercarse nuevamente. Corrió hacia la ventana lo más veloz que pudo, la abrió y saco su cabeza. Sus mejillas quedaron expuestas al gélido frio de la madrugada y sus desconcertados y curiosos ojos lograron observar una ambulancia que paso rápidamente. Decidió dejarlo pasar en ese momento, sin embargo, no pudo evitar preguntarse qué habría pasado y cuál de sus vecinos había sido el afectado.

A las 5:30 salió de la casa al patio para preparar su bicicleta. Estaba chequeando el aire de las llantas cuando el sonido de murmullos llamo su atención. Con cuidado y mucho silencio, se acercó a la verja que separaba el patio de su casa con el de la casa de la señora Griffin, su vecina de al lado.

—No puedo creerlo. ¡Pero qué tragedia, Apola! —Se escuchó la voz de la señora Griffin, que al parecer no estaba sola.

—Sí. Parecía terrible— Dijo la voz de otra mujer. Era la señora Apola Bachmag, la vecina que vivía en la casa del frente—. Ví cuando se los llevaba la ambulancia, Mina. No parecían estar nada bien... espero que logren ayudarlos y que dios los ampare.

— ¿Qué crees que pudo haber pasado? — se escuchó de nuevo la voz de la señora Griffin.

—No lo sé, amiga. Parece que fue una especie de intoxicación o algo así, según lo que escuche de los paramédicos. Creo que iré más tarde a verles en el hospital y así preguntar que fue lo que paso.

William quería continuar escuchando la conversación pero, súbitamente, su reloj digital de muñeca había comenzado a sonar avisando que ya eran las 6:00 am y debía ponerse en marcha dirección al pueblo. Tapo su reloj con su mano y siendo lo más cauteloso que podía, se fue moviendo a gatas para poder alejarse de la verja junto a la que estaba y, de esta manera, evitar que las señoras lo vieran y quedar como un fisgón, que por supuesto no era.

Al llegar hasta su bicicleta, le dio un último repaso al nivel del asiento, a las llantas y al manubrio; se puso su casco y estaba a punto de salir por la pequeña puerta del jardín cuando escucho unos golpes tras su espalda. Al darse la vuelta, vio que la cortina de una de las ventanas frontales de la casa estaba ligeramente corrida y había un papel pegado al vidrio, el cual decía: Vuelve a casa temprano. No quiero peros. Te amo.

Su madre lo veía con ojos acusadores sobre la línea del papel, pero luego lo soltó y le dedico una ligera sonrisa a su hijo. William le devolvió la sonrisa y agito su mano, despidiéndose, para luego salir a la calle y dirigirse a su trabajo montando su bicicleta.

4

El día en la librería pasó rápido: la mañana se fue volando entre organizar estanterías, atender clientes y recibir uno que otro encargo que el señor Roger Gundersen había hecho con antelación a alguno de sus proveedores. A la hora de la comida, como era costumbre, se dirigió al restaurante Odenson, sin embargo no esperaba encontrarse con lo que se topó: las grandes puertas del lugar se encontraban inamovibles y un letrero de “CERRADO” colgaba en medio de estas. —Qué extraño— se dijo el muchacho—. Jamás había visto este lugar cerrado, ni siquiera en días festivo.

Confundido y cabizbajo, decidió ir a la pizzería del señor Grigori Penz y pedir un corte para llevar. Cuando entro en el lugar, este se encontraba repleto de personas, como lo estuvo el restaurante Odenson el día anterior. Disimuladamente, se abrió paso entre la marea de turistas americanos que se aglomeraban en torno a la barra donde se encontraba el señor Penz entregando algunos pedidos para llevar.

Un hombre alto, fornido pero un tanto panzón, de piel blanca, ojos verdes y cabello y barba canos, trabajaba lo más rápido que podía para lograr despejar su establecimiento de tanta gente. Mientras él sacaba las ordenes, su esposa manipulaba la máquina registradora y cobraba a los clientes. Se encontraba sacando algunas gaseosas del refrigerador, cuando logro escuchar un murmullo dicho en su lengua natal entre tanto alboroto americano; se dio la vuelta rápidamente y logro distinguir como un muchacho, que conocía bien, trataba de abrirse paso entre los turistas y se acercaba al mostrador de cortes individuales de pizza.

El señor Penz, sin pensarlo demasiado, dejo las gaseosas cerca de la caja registradora para que su mujer pudiera cobrarlas y entregarlas, y se dirigió a donde estaba William:

— ¡Chico! Qué alegría verte por aquí. Dime ¿a qué debo tu visita a esta hora? Sé que sueles almorzar con los Odenson.

—Hola señor Penz. Pues, creo que hoy tendré que almorzar una de sus pizzas, el restaurante está cerrado.

— ¡Cerrado! —Exclamo el hombre contrariado—. Pero los Odenson jamás cierran esas puertas... Así que es por eso que hay tanta gente extranjera

aquí hoy: los Odenson no están atendiendo. Bueno eso me favorece— continuo el sujeto con una sonrisa y dando ligeras palmadas a su panza—. Y dime chico, ¿Qué se te antoja comer?

—Bueno, puede ser un corte de cuatro carne para llevar, viendo cómo está el establecimiento—. Concluyo William con una sonrisa nerviosa

—Entonces una cuatro carnes y... supongo que una gaseosa de té de limón, ¿verdad?

—Sí, señor, justo eso.

Luego de unos cuantos minutos, el señor Penz regreso con el pedido, pero cuando el muchacho se disponía a hacer la larga fila para pagar, lo detuvo y le dijo que podría pagarle después, que comiera a prisa y regresara a su trabajo.

Con una ligera sonrisa, William se despidió del hombre y le aseguro que volvería al día siguiente para pagar a primera hora.

Luego de comer y pasar un rato más sentado en una banca de la antigua plaza del pueblo, el muchacho decidió dar un par de vueltas para tratar de encontrarse con Odette y preguntarle si todo estaba bien. Sin embargo, esto no paso, y cuando el reloj de la torre de la iglesia marcaba las 12:45 decidió volver a la librería para acabar sus labores a tiempo para regresar a casa.

Al llegar a la tienda, a William le extrañó que el señor Gundersen no estuviese allí. Solo dejaba la librería a la hora de cerrar. El lugar solo estaba siendo atendido por la señora Elinor quien, al verlo, sonrió aliviada y no dudo en darle un montón de tares con las que necesitaba ayuda urgente.

La tarde estuvo atareada, con trabajo de a montones. Pero sin duda alguna, lo que le pareció inquietante a William fue el hecho de que el señor Gundersen no se pasó por la tienda en toda la tarde y que, faltando una hora para terminar la jornada, la señora Elinor decidió hacer algo completamente fuera de lo común:

—William, cielo —comenzó a decirle al chico—. Hoy nos iremos temprano. Debo encargarme de algo que me ha pedido mi esposo hacer. Pero mañana será un día común, no te preocupes.

A pesar de la acogedora sonrisa que la señora Elinor le dirigió, William no estaba seguro de que todo estuviese bien. Sin embargo, no refuto la decisión de la mujer y dejó lo que hacía para coger su mochila y despedirse para luego salir tranquilamente del lugar, viendo como la puerta se cerraba tras de sí y la propietaria colocaba el cartel de cerrado.

Con un suspiro, William se dirigió hasta el estacionamiento de bicicletas ubicado en una de las paredes frontales del local y desencadenó la suya. Cuando tuvo el casco puesto y estaba listo para partir se quedó pensativo y, luego de un momento de reflexión, decidió no ir de inmediato a casa —Pasare por el restaurante Odenson para ver si ya regresaron— se dijo. Y con esto en mente, comenzó a pedalear rumbo al viejo restaurante.

Se encontraba doblando la última cuadra que lo separaba de su destino cuando, de soslayo, logró ver una cabellera rubia y un ligero vestido azul con el estilo característico que usaba Odette. Detuvo de inmediato su bici y aguzó la vista para asegurarse de que era su amiga; en efecto, Odette se encontraba caminando por la acera de la calle aledaña a la torre de la iglesia. Sin dudarle un segundo más, William dio vuelta a su bicicleta y se trazó un nuevo rumbo. Al estar lo suficientemente cerca de la chica, dijo:

— ¡Odette! Espera.

Algo sorprendía por escuchar que gritaban su nombre, la rubia muchacha se dio la vuelta y observó al dueño de la voz que la llamaba acercándose rápidamente sobre una bicicleta. Y cuando se detuvo junto a ella no pudo reprimir una sonrisa de alivio y alegría.

— ¡William! —Comenzó a decir la muchacha—. Qué alegría me da ver que estés bien.

— ¿Por qué no habría de estar bien, Odette? —Cuestiono el joven algo extrañado.

—Pues... supe lo que paso en la residencia. Hum... y bueno, estaba un poco preocupada por ti—, finalizó la chica ligeramente sonrojada.

—Tranquila, yo estoy bien. Pero dime, por favor ¿Qué fue lo que ocurrió exactamente en la residencia?

—Pues... una de las familias fue internada en el hospital, todos ellos. Por ahora, los médicos dicen que fue una intoxicación, pero ninguno de nosotros cree que haya sido eso.

— ¿Ninguno de ustedes?

—Todos los Odenson vimos a la familia en el hospital. Y, por cómo se veían, no creemos que estén intoxicados por algo que comieron —sentencio Odette mientras comenzaba a caminar y William caminaba junto a ella haciendo rodar su bicicleta.

—Y... ¿Qué es lo que creen ustedes que les paso?

— ¿Ya leíste el libro, Bill?

William solo la miro confundido.

—El libro que mi hermano te dio, ¿ya lo has leído?

—Pues... ya he leído algunas cosas— contesto él, inseguro.

— Y ¿ya sabes por qué te lo dio Asger?

William medito un poco sobre qué cosas sobre el libro contarle y decidió que lo más resaltante y asociado con la conversación que habían tenido hace dos días, era el tema de los murciélagos.

—Bueno... leí los de los murciélagos. Leí que los usan las brujas para observar a las personas.

—Sí ¿Has leído alguno de los rituales de protección?

—Solamente unos dos o tres —Dijo el chico torciendo un poco su boca.

— ¿Has hecho alguno? —inquirió la joven.

William no pudo evitar torcer los ojos y bufar un poco exasperado — ¿Por qué habría de hacer algunos de los rituales de ese libro, Odette? —. Le pregunto a su amiga arrastrando las palabras.

—William, lo que paso con los murciélagos no es normal, podría ser peligroso. Tienes que protegerte.

—Odette —dijo el chico firmemente—. Entiendo que tú y tu familia crean en esas cosas, es normal ya que descienden de personas sabias que, en su momento, seguramente utilizaron esos rituales o creían fervientemente en esas cosas. Pero no es mi caso— expuso con un pesado suspiro—. Perdón si te ofendo, pero no tengo pruebas de que algo como la magia o la brujería existan. Solo los magos de la TV, pero son puros efectos especiales y trucos de cámara.

Odette lo miro fijamente. En sus ojos se veía tristeza, angustia, pero

sobre todo, una profunda preocupación. Sin embargo, Odette no dijo nada más, solo agacho la cabeza y siguió caminando junto a William en silencio. Caminaron unos cuantos metros más y llegaron a la entrada del pueblo. Fue en el momento en el que el joven iba a despedirse, cuando la chica hablo de nuevo:

—¿Sabes que son estos, Bill? —Dijo ella, señalando uno de los árboles que se encontraban alrededor de todo el pueblo de Howll.

—Pues, es un árbol de laurel— respondió muy seguro el chico.

—Sí. Estos árboles fueron plantados hace ya muchos siglos por mis antepasados.

—Si, lo sé. La abuela Odenson me contó la historia.

—Pero ella no te dijo porque los plantaron, ¿o sí?

William respingo y observo a su amiga con los ojos muy abiertos, ¿acaso había una razón especial para plantar árboles en un pueblo en medio del bosque?

—Pues... —respondió el chico algo nervioso—. No, no me dijo porque.

Odette le sonrió ligeramente y luego se dio la vuelta caminando hacia el árbol de laurel más cercano. Se colocó de puntillas y arranco una pequeña rama que tenía unas cuantas hojas para luego hacer una leve reverencia hacia el árbol y susurrar algo que el extrañado joven no pudo escuchar.

Cuando la chica regreso a donde William estaba, extendió la rama de laurel hacia él:

—Lleva esto contigo. Cuando llegues a casa puedes hacer lo que quieras con ella, pero llévala todo el camino.

El chico tomo la rama titubeante y la miro con extrañeza.

—Si quieres saber de qué se trata —continuo Odette—. Sigue leyendo el libro.

Sin decir más, la chica se despidió de su amigo y se fue. William sencillamente la vio alejarse y cuando la perdió de vista, observo la larga ramita con curiosidad: su olor era exquisito y la textura de sus hojas se asemejaba al terciopelo. Miro una última vez en la dirección por la cual se había ido su amiga, soltó un pesado suspiro y coloco la rama dentro de su mochila, monto en su bicicleta y comenzó a alejarse de la entrada del pueblo,

con el repiqueteo de la campana perdiéndose a su espalda.

Según su reloj de muñeca, eran las 5:15 cuando llegó a la entrada de la residencia. Estaba a punto de entrar por la puertecilla del jardín delantero de su casa, cuando distinguió una patrulla policial a unas cinco casas de la suya. Movido por la curiosidad, comenzó a avanzar con su bici hasta acercarse lo suficiente a la casa pero, cuando estuvo de pie frente a ella, la puerta se abrió repentinamente y dos oficiales vestidos de negro salieron seguidos por el señor Hoffman que los despidió con un apretón de manos a cada uno.

El señor Hoffman estuvo de pie en la puerta mientras los oficiales caminaban hacia la salida del jardín. Sin embargo, estos se detuvieron en cuanto divisaron al joven Jackson junto a su auto:

— ¿Se te ofrece algo, muchacho? — inquirió uno de los oficiales.

— Yo... solo estaba de paso— contesto William con voz temblorosa.

Cuando los hombres llegaron hasta el auto, William se movió un poco alejándose de la patrulla bajo la atenta mirada de los oficiales. Cuando la patrulla se hubo alejado, el muchacho dirigió su mirada hacia la casa frente a él y descubrió a su residente viéndolo con fijeza. De inmediato, William recordó las ambulancias de esa mañana y se acercó a la valla de la casa:

—Buena tarde, señor Hoffman ¿Cómo se encuentra?

El hombre le dedicó una mirada gélida y frunció el ceño.

—Por ahora estoy bien —contesto en tono huraño y con voz áspera—. Y no es una buena tarde, no con este calor y con la policía en mi casa, para variar.

—Si, vi a los oficiales y... pues... quería preguntarle a cerca de eso —Dijo el chico acercándose un poco más a la valla—. Tal vez, usted pueda contarme que fue lo que paso esta mañana... por lo de las ambulancia, digo.

—Primero que nada —comenzó a decir el hombre—. ¡Aléjate de mí valla! la pinte hace unos días y no quiero que tus escuálidos dedos se queden marcados en ella.

El muchacho rápidamente se apartó un poco nervioso. Si bien el señor Hoffman no era una mala persona, sí que era bastante enfadoso. No solía salir de casa y hacía años que vivía en la residencia; se había jubilado joven y

ahora parecía estar resentido con todo ser que respirara sobre la tierra.

—Y en segundo lugar —continuo el hombre—. No deberías andar de entrometido. Sin embargo, ya que también vives aquí, creo que debería decirte para que estés al tanto: se han llevado a los Pauls al hospital.

»Según parece, cayeron enfermos la noche anterior. Nadie tiene detalles, solo que, al parecer, a las cuatro de la mañana la señora Pauls llamo a la ambulancia antes de quedar inconsciente.

William se sorprendió mucho y, un poco cohibido y bastante nervioso, decidió preguntarle al hombre:

—Y... ¿sabe que paso con ellos?

—Pues, sé que estaban mal —dijo Hoffman cruzándose de brazos—. Los encontraron en un charco de su propia sangre a cada uno, pero seguían vivos y no mostraban heridas al parecer. Ahora, ya te dije lo que querías, vete a tu casa y deja de molestarme.

Y sin decir más, el sujeto cerró la puerta de su casa.

William se quedó un momento viendo la valla —aunque en realidad estaba viendo un punto fijo con su mente en blanco—, pensando en lo que había dicho el señor Hoffman. No fue sino hasta que su reloj de muñeca marco las 5:30 pm, que logro reaccionar y tras un minuto más de meditación decidió continuar y adentrarse más en la residencia; aún tenía algo de tiempo antes de que se hiciese de noche.

Condujo su bici por un largo rato, saludando a los pocos vecinos que estaban fuera de sus casas, hasta que logro llegar a la vivienda que se encontraba más retirada en todo el conjunto: la casa de los Pauls.

5

Todo el lugar estaba restringido por la clásica cinta de policía, las luces estaban apagadas y la puerta cerrada. Podía observarse un fino camino compuesto por pequeñas manchas marrón rojizas desde la entrada hasta la calle, seguramente era la sangre que cayó cuando transportaban a los Pauls hacia la ambulancia.

William observo la casa hasta que el sol se ocultó por completo detrás de los árboles y, justo en el momento en que dirigió su mirada hacia el bosque, sintió un estremecimiento en su espalda. Repentinamente, un miedo terrible, capaz de helarle la sangre, se apodero de él; su garganta se secó, sus pulmones se negaban a tomar el aire suficiente y su corazón comenzó a palpar como un caballo desbocado. El sol aun destilaba su luz al ras del horizonte, pero los únicos reflejos que se veían de él eran pálidos y el muchacho sintió, más tangible que nunca, la frase poética “el sol moría lentamente sobre el horizonte”, porque así era como el lograba percibir todo en ese momento: su alrededor estaba muriendo y la macabra sombra de la parca cubriría todo.

El sonido de una puerta cerrándose lo hizo saltar, dirigió su angustiada mirada en dirección al ruido y descubrió que provenía de la casa acordonada. Lo que vio le causo tanto asombro como inexplicable terror: En la parte de arriba de las escaleras de la entrada, justo bajo el marco de la puerta, se encontraba una persona totalmente vestida de negro.

Luego de ver la entrada de la casa de los Pauls por lo que a él le parecieron horas, William se percató de que la persona de negro había comenzado a bajar los peldaños que separaban la entrada del caminillo del jardín. Quería ponerse de nuevo en marcha sobre su bici lo más lejos posible de ese lugar, sin embargo, su cerebro pareció apagarse y su cuerpo se mantuvo totalmente quieto. Pero, cuando apretó un poco el manubrio de su bicicleta para logara que el resto de su cuerpo reaccionara, la persona de negro hablo:

— ¿Puedo ayudarte, muchacho?

La voz que se escucho era una voz femenina, liviana, sedosa, melodiosa, casi se podía saborear el sonido de esa voz; crema de mantequilla sabor fresa.

William soltó el poco aire que sus pulmones había decidido retener y

se fijó mejor en la persona que, en ese momento pasaba por debajo de la cinta policial: era una mujer alta, con una figura perfectamente proporcionada — venga, que por tener 16 años no estaba ciego—. Su cabello negro estaba suelto y llegaba hasta su cintura y sobre su cabeza, se encontraba una gorra negra que cubría su rostro a causa del juego que ejecutaban las sombras. Cuando la mujer se detuvo, el chico pudo ver brillando algo en su pecho, era una insignia de la policía.

La mujer levanto el rostro y William por fin pudo verla: era simplemente preciosa. Su piel pálida como la porcelana brillaba con la mortecina luz del atardecer, y sus grandes ojos amarillos eran tan profundos que podías sentir que tu alma era arrastrada fuera de tu cuerpo; sus labios rojos como la sangre formaban una ligera sonrisa, casi censual, casi asesina.

—Este lugar está restringido, cariño —Continúo diciendo la mujer en tono cantarín—. A caso ¿no sabes lo que paso aquí?

A pesar de lo hermosa que era la mujer y de lo melodioso de su voz, William aun no lograba calmar su acelerado corazón y el frio en su espalda se hacía más intenso; el irrazonable miedo que sintió unos momentos atrás estaba dando paso a un más irracional terror.

—Y-yo...—comenzó a tartamudear—. Si, e-el señor Hoffman m-me con-conto lo que...

—Entonces solo viniste a curiosear ¿eh? —cuestiono la mujer.

— ¡Sí! Y ya debo irme —contesto William tan rápido como pudo.

—Espera —dijo la oficial de policía tomando el brazo del joven—. ¿No te gustaría ver la casa? Quizás puedas ayudarme, pareces un muchacho... listo.

La mano que sujetaba su brazo se sentía extremadamente fría, tan fría, que incluso logro sentirla bajo su sudadera. La mujer estaba a punto de comenzar a guiarlo hacia la casa, pero cuando esta coloco su mano en la mochila del chico, inesperadamente, soltó un quejido y se alejó de él.

William la observo con la respiración errática; los ojos de la mujer destilaban un sentimiento inexplicable, parecían llamas de una hoguera en medio de un oscuro bosque, pero en lugar de ser acogedora, provocaba una sensación de vacío en el estómago y desolación en el corazón.

—Debo irme ya —dijo el muchacho de forma contundente y, logrando

por fin que su cuerpo reaccionara. Giro la bici y comenzó a pedalear lo más rápido que podía. Cuando llevaba recorridas un par de casas de distancia miro atrás brevemente, solo para descubrir que la oficial ya no estaba.

Llego arrojando la bicicleta a un costado del camino del jardín y entro a la casa cerrando la puerta a sus espaldas, desesperado y asustado, como si el mismo Lucifer lo estuviese siguiendo. Su alterada mente pareció apagarse por un momento y la fuerza de sus piernas cedió haciendo que se deslizara hacia el suelo aun apoyado contra la puerta.

No paso mucho tiempo cuando escucho a su madre llamarle desde la cocina:

— ¡Bill, ¿eres tú, amor?!

El muchacho no pudo contestar, su voz se había atorado en su garganta y luchaba para lograr salir. Sin embargo, en cuanto su madre se asomó por la puerta de la cocina, reunió la fuerza suficiente como para levantarse y correr hacia la sorprendida mujer y abrazarla fuertemente. Las manos le temblaban y la garganta le ardía. Sintió como su madre se separaba levemente de el para mirarlo.

—Hijo... William, ¿Qué tienes? —cuestiono Vera mientras levantaba el rostro del joven.

—Yo...yo... —comenzó tartamudeando el chico—. Fui a la casa de los Pauls y... y vi... Allí había...

—Ay, Bill —lo interrumpió Vera mientras volvía a abrazarlo—. Tranquilo. Fue terrible lo que les pasó, no debiste ir tú solo a curiosear.

William fue quien se alejó esta vez. Observó fijamente a su madre y la tranquilizadora sonrisa que está le dedicaba, supo entonces que ella se estaba imaginando que había regresado a casa en tal estado debido a que vio las condiciones en que quedó la casa de los Pauls. Sin embargo, luego de respirar profundamente, el chico descubrió que el terror que recorría cada fibra de su cuerpo no era producto de ver la sangre de sus vecinos en el asfalto, no. El miedo y frío que sentía se debían a aquella oficial de policía que salió del hogar de los Pauls.

Con un pesado y tembloroso suspiro, William se separó completamente de su madre y le dijo:

—Sí, creo que la impresión de ver algo que sólo había imaginado gracias a los libros me afectó demasiado.

—Es natural. Aunque sepamos que la muerte es algo certero, nunca estamos preparados para ver sus estragos. Quieres que te prepare una taza de té de manzanilla, eso podrá calmarte. Estas muy pálido aún.

—Sí, gracias mamá. Yo... iré a mi habitación... bajaré en un rato.

William se dio vuelta camino a las escaleras. Cuando pasó cerca de la puerta principal recogió su mochila, la cual no sabía en qué momento había dejado caer y corrió un poco la cortina de la ventana del recibidor. Noto como ya había caído la noche y que su bicicleta había quedado descuidadamente a un costado del caminito de grava del jardín sobre uno de los rosales de su madre. Sintió el impulso de salir y guardarla como era debido, pero el repentino viento que movió los árboles e hizo crujir las ventanas le quitó las ganas de salir.

—Ya mañana me encargaré de ella— se dijo a sí mismo.

Con pasó cansado comenzó a subir las escaleras y a dirigirse hacia su habitación. Sus pasos eran tan lentos que los escalones de madera rechinan cada vez que avanzaba, y su mente estaba tan inquieta que a cada chirrido del suelo su corazón saltaba.

Cuando hubo llegado a su habitación, dejó su mochila en el escritorio y se sentó pesadamente sobre su cama. Medito por un rato el absurdo miedo que le produjo la mujer que salió de la casa de los Pauls. Era solo una oficial de policía, amable, hermosa y con una voz que inducía a recostarse bajo un árbol al cálido sol del verano y sumergirse en una leve ensoñación mientras la escuchabas contando una historia fantástica. Sin embargo, sus ojos... esos ojos dorados eran aterradores, parecían pozos de ardiente lava que clamaban destrucción y muerte; su sola presencia era atemorizante. Casi parecía que podía hacer que incluso el viento dejará de soplar y todo sonido muriera con solo aparecer.

De pronto, William recordó el libro que llevaba en su mochila. Odette le había dicho que siguiera leyéndolo y, en ese momento, sentía que sólo ponerse a leer el libro de los Odenson podía calmar un poco el sentimiento de desasosiego que lo invadía. Se levantó con pesar de su cama y fue directo hacia su escritorio; tomó su mochila pero, al abrirla, del interior salió una larga y espesa nube de extraño humo negro.

Alarmado, el chico se apresuró a correr hacia el baño y una vez allí, volcó todo el contenido de la mochila en el suelo de baldosa. El libro de los Odenson cayó pesadamente en el suelo; el teléfono del joven se hizo pedazos al primer impacto contra la firme superficie; su libreta de dibujo quedó abierta de par en par y sus lápices perdieron las afiladas puntas y mancharon con pequeños puntitos de colores el lugar donde cayeron. Al ver todo lo que traía en el suelo, William se arrodilló y comenzó a revisar todo: el libro estaba intacto, no tenía rastro de quemadura alguna al igual que su libreta de dibujo. Su teléfono, si bien se había destrozado, no daba señales de haber sido el causante de un fuego, su cubierta Lucía tan blanca como cuando lo compro dos años atrás. Pero si nada de lo que llevaba en la mochila había provocado fuego ¿De dónde había salido ese espantoso humo?

El chico de pronto recordó que llevaba algo más en su mochila que no había caído al suelo. Se giró hacia ella y efectivamente, la abertura del cierre de esta asemejaba la boca de un furibundo dragón. Una columna de humo se había comenzado a elevar hasta el techo del baño y a teñirlo con su oscuro color. Sin embargo, al contrario de lo que esperaba, se percató de que el humo no desprendía un olor desagradable, de hecho, el olor era suave y reconfortante; quemaba levemente su nariz al mismo tiempo que lo hacía tener ganas de respirar más profundo, casi tratando de limpiar sus pulmones con ese olor. Acercó la mochila el escaso metro que los separaba para darle vuelta de nuevo. Esta vez, del interior salió una larga varita de madera recubierta con hojas al rojo vivo con ligeras betas negruzcas que evidenciaban el haber estado en llamas. La delgada rama de laurel se deslizó delicadamente hacia el suelo y permaneció allí mientras seguía consumiéndose.

Perplejo, el muchacho acercó su mano a la singularidad recién descubierta y se sorprendió aún más cuando notó que a pesar de estar evidentemente chamuscada, está no se sentía caliente. Intentó tomar la ramita pero en el momento exacto que sus dedos hicieron contacto con el negruzco tallo, la rama de laurel pareció explotar y se volvió una espesa maza de humo que inundó el lugar. William comenzó a toser cuando la espesa humareda le dio de lleno en el rostro, sus ojos comenzaron a escocer y la nariz a picarle. Súbitamente un fuerte e insistente pitido se adueñó de todo el lugar. Con los ojos nublados, el muchacho salió del baño hacia su habitación y observó el techo: la alarma contra incendios se había encendido debido al humo de la rama.

Rápidamente corrió hacia la ventana y la abrió intentando que el humo saliera. Estaba tan concentrado abanicando la habitación con una mata que había tomado de su cómoda, que no se percató del golpeteo de unos pasos subiendo la escalera hasta que fue demasiado tarde.

— ¡Hijo! —grito Vera.

William se dio la vuelta y vio a su madre, sin embargo no pudo detenerla a tiempo.

— ¡No, mamá! Espe...

La fría agua que su madre traía en un gran balde le cubrió por completo. La alfombra bajo sus pies comenzó a adquirir un tono más oscuro debido a la humedad al igual que su cama. El chico simplemente atino a quedarse muy quieto mientras el agua destilada de su cabello y sus ropas.

—Por todos los Dioses, William Arthur ¿Qué es todo ese horrible humo?

—Tranquila mamá, nada se quema, es... solo...

William se quedó viendo a su madre sin saber qué hacer y mucho menos que decir. Obviamente no le creería que ese humo lo causó una rama de laurel que llevaba en el bolso y si le creía, le preguntaría como y porque se había quemado; ni siquiera él lo sabía.

—Mi celular explotó— fue lo único que se le ocurrió decir.

— ¡¿Qué?! ¿Cómo que explotó?

—Pues... al parecer... emm... fue un recalentamiento de la batería. Estaba en el baño cuando paso.

—Ay Dioses, ¿Tu está bien, hijo? —Cuestiono Vera dejando caer el balde vacío y acercándose al chico para comprobar que no estaba herido—. ¿No te falta ningún dedo? ¿Tus orejas?

—Mamá, ya. Tranquila estoy perfectamente. Sabes, deberías llamar a la estación de bomberos y decir que fue una falsa alarma, antes de que lleguen aquí.

—De acuerdo. Le diré a tu padre cuando regrese que te compre un teléfono nuevo. Y que se asegure con el vendedor de que no va a explotar.

—Claro mamá— Dijo William con una pequeña sonrisa.

—Perdón por empaparte.

—Estabas nerviosa, lo entiendo.

Y sin más que agregar, Vera salió dándole un último vistazo a la habitación que ya estaba un poco despejada.

William suspiro por enésima vez ese día. Estaba a punto de sentarse en su cama cuando recordó que se encontraba empapado. Rápidamente se dirigió a su cómoda mientras secaba sus manos y brazos con la manta húmeda que aún sujetaba. Abrió la tercera gaveta y sacó su pijama. Fue de vuelta al baño mientras abanicaba la mano para apartar de su rostro el poco humo que quedaba en la habitación y sorteaba los objetos que había sacado de su mochila cuando el humeante caos empezó; tomó el gran libro de los Odenson y lo coló sobre la tapa del inodoro para evitar mojarlo. Se ducho rápidamente y cuando terminó recogió todo lo que quedaba en el suelo del baño. Extrañamente no había rastro alguno de la rama de laurel, solo una diminuta mancha negra en el techo del baño.

Al terminar de ordenar el lugar escucho que su madre lo llamaba desde las escaleras. Contesto apresurado mientras observaba la mancha oscura en la alfombra de su habitación y en su cama. Bajo rápidamente las escaleras rumbo a la cocina, su padre aún no regresaba.

—Ten, cielo— dijo su madre ofreciéndole una taza humeante.

—Gracias. Y...—comenzó a decir el chico— ¿Papá vendrá hoy?

—Si vendrá, solo que llegará algo tarde. Pero insistió en que cenaría con nosotros. Creo que comenzaré a hacer la cena.

William le estaba dando vueltas a su taza mientras pensaba en lo que había ocurrido ese día — ¿Qué pasó con esa rama? —se preguntaba mientras daba un sorbo al te de manzanilla —Odette me fue quien me la dio ... no creo que haya querido hacerme daño, es mi amiga ... entonces ¿ Por qué?

—Madre —dijo de pronto el chico—, ¿ podrías prestarme tu pistola de secado? La alfombra de mi habitación está empapada y no quisiera que tuviese que sacarla, se tendría que dismantelar la habitación.

—Claro, cielo. De verdad siento haber hecho eso— terminó la mujer con una mirada cabizbaja y culpable. Está en la cómoda de mi habitación, en la segunda gaveta. Termina tu té y ve por ella.

William terminó su te los más rápido que el caliente líquido se lo permitió. Lavo rápidamente su taza y la depositó en el escurridor del lavaplatos y agradeció a su madre mientras salía de la cocina y corría a la habitación de sus padres.

No tuvo que buscar demasiado. La pistola de calor para el cabello estaba justo donde su madre le había dicho que estaba. Ya con la herramienta en la mano, salió de la habitación principal de la casa y se dirigió a la suya. Al llegar clavó su vista a la mancha del alfombrado y vio que había crecido un poco más. Rápidamente conectó la pistola de calor a una extensión eléctrica que estaba cerca de su escritorio. Después de un tiempo de intenso calor, la mancha en la alfombra desapareció.

William se levantó del suelo. Estaba a punto comenzar a quitar las sábanas mojadas de la cama cuando sintió el aire frío de la noche. Alzó su cabeza y notó como las cortinas de las ventanas se movían debido al influjo del viento nocturno, y allí, posado en el alfeizar de la ventana, había una enorme lechuza de plumaje café con notas blancas y enormes ojos grises. La primera reacción de del chico fue simplemente quedarse paralizado viendo los ojos del animal. No podía moverse. Estaba asustado, sin duda alguna.

Luego de soltar el aire que sus pulmones ya no podían contener, comenzó a caminar de espacio hacia el ave que no dejaba de mirarlo y no pudo evitar que un pensamiento se apoderará de su mente —Es una bruja ... ¡es una bruja! —, se decía. Sin embargo, a pesar de estar asustado y nervioso, su cuerpo y su ser, en general, no se sentían ni por asomo de la misma forma que lo hicieron cuando vio a la mujer en la casa de los Pauls. Ya estaba a tan solo dos metros de la ventana y la criatura aún no se movía, estuvo a punto de sacudir su mano para espantar al animal cuando logró ver algo curioso entre las grandes garras de este: una rama de laurel.

William volvió a detenerse impactado por tal coincidencia. ¿Por qué una rama de laurel?

Mientras meditaba brevemente sobre este hecho, el alado animal chilló para llamar su atención. El chico -que se había quedado perdido en sus pensamientos con su vista fija en nada específico- dio un pequeño salto por el repentino sonido. Dirigió su mirada de nueva cuenta hacia el ave y pudo notar cómo estaba tomaba la rama de entre sus patas con su pico negro y la dejaba al borde de la ventana. Entonces, el majestuoso animal abrió sus enormes alas -

debía poseer aproximadamente un metro y medio de envergadura-, las agitó con fuerza y emprendió vuelo hacia la oscura noche. William observó cómo el búho se perdía entre los árboles y tras un momento dubitativo, decidido cerrar la ventana, no sin antes tomar la rama que el extraño visitante le había dejado.

El joven inspeccionó detenidamente la larga vara de perfumadas hojas y, a pesar que su corazón estaba acelerado y su mente confundida, se dio cuenta que no se sentía intranquilo ni atemorizado. Así pues, decidido a averiguar qué estaba pasando con las dichosas ramas de laurel: primero, la rama que Odette le dio antes de salir del pueblo se quema inexplicablemente en su mochila; y ahora un ave del bosque trae una entre sus garras y la deja en su ventana. Y estaba seguro que lo único que le daría una respuesta era el pesado libro de los Odenson.

Con la rama en la mano corrió el corto trayecto hacia su escritorio y se sentó a trompicones en la silla. Abrió el libro que hacía unos días estaba en su poder y no encadenado en el gran estante negro del fondo de la librería de los Gundersen. Comenzó a hojear el pesado ejemplar justo por donde lo había dejado el día anterior: el capítulo de los animales.

La ilustración del gran murciélago de ojos rojos le dio la bienvenida de nuevo. Con premura, pasó la página encontrándose con una nueva descripción con su respectivo dibujo, esta vez se trataba de un buitre. El dibujo era bastante realista, tanto que incluso era desagradable detallarlo e imaginar cómo sería estar frente a una criatura así.

Continuó pasando las amarillentas páginas; al parecer las brujas podían hacer uso de una gran variedad de animales, sobretodo animales voladores como decía en la primera hoja que leyó sobre el tema. Cuando el dio vuelta a la última página acerca de los animales, se encontró de lleno con lo que en un inicio causó los últimos acontecimientos que le habían ocurrido ese día: la imagen de una enorme rama de hojas alargadas.

William al ver la imagen se dispuso a leer el texto bajo ella de inmediato:

< Plantas para alejar el mal >

<El ajeno suele ser una planta adecuada para eliminar una maldición.

La Artemisa puede llevarse colgada o trenzarse en un amuleto con algunas

plantas más.

El laurel puede ser utilizado tanto para purificar como para alejar toda fuerza maligna...>

Al leer esto último, William tomó la rama de laurel que la extraña lechuza le había dejado en la ventana y la miró con detenimiento, — ¿Así que es eso? —comenzó a decirse el muchacho—. Por eso me dijo que no importaba que hiciese con la rama al llegar a casa, ella... Odette... ¿sabía que la rama se quemaría? Pero ¿Por qué se quemó la rama de laurel dentro de mochila? Quizá...— la mente del chico viajó directo al encuentro que tuvo con aquella oficial de policía fuera de la casa de los Pauls; se había alejado con demasiada premura al rodearlo con su brazo.

Con la mirada algo perdida, el joven Jackson volvió su atención al libro sobre la mesa y comenzó a pasar las páginas; habían escritos sobre plantas muy exóticas con sus ilustraciones, algunas siquiera la había visto. Sin embargo su mano y su mente se detuvieron en el instante de encontrar de nueva cuenta una ilustración idéntica a la rama que seguía sosteniendo. Sin dudar un instante más se dispuso a leer.

<El laurel es una de las más efectivas plantas para rituales contra magia negra o malignidades. Puede ser usado de diversas maneras, desde ornamentos de ramas tejidas hasta pociones. Pero, la forma más efectiva de emplearlo es en su forma más pura o quemándola

«Para saber si existe presencia maligna en tu morada, coloca un ramo pequeño de laurel en tu puerta. Si se marchita dejando atrás un color negro en sus hojas deberás hacer un ritual lo más pronto posible.

«Coloca en un tazón de cerámica un ramo de laurel fresco, dos ramas de artemisa y un poco de ajeno. Coloca algo de yesca en el tazón y enciende fuego mientras invocas la Gran Albaha y al Gran Oráculo de Alas pardas y les pides que te protejan y destierren cualquier presencia maligna.

«Mientras las plantas del tazón estén encendidas deberes caminar desde el fondo de tu hogar hasta la puerta mientras. Una vez las últimas llamas se consumas sal de tu morada y deja el tazón humeante bajo el primer árbol que veas. Para terminar arroja agua del río más próximo a tu hogar sobre las cenizas y deja el tazón toda una noche a la luz de la luna.>

Un pesado suspiro se desprendió de los labios del joven. Si bien el libro decía como librarse de una presencia maligna, indicaba claramente que se debía hacer un ritual con fuego que quemaría las plantas, no que las plantas simplemente se calcinarían debido a una espontánea combustión. Continúo hojeando el libro por un rato más: más rituales sencillos de cómo sacar de tu casa la mala suerte, a los duendes invisibles, algo acerca de un ritual de sal contra las desgracias y el mal de ojo... No, no necesitaba rituales en ese momento, necesitaba respuestas. ¿Qué había pasado con el laural que le dio Odette? ¿De dónde había salido la lechuza? ¡¿Quién era esa mujer en la casa de los Pauls que le transmitió tanto terror en tan solo un instante?! Quería saberlo y la falta de respuesta por parte del libro en el que sembró sus esperanzas le estaba provocando impotencia y ansiedad.

Con profundo desasosiego, cerro el gran libro cuando llego a la última página de este (después de los ritos del laural solo había preparación de ungüentos, pociones y ritos simples para curar los males provocados por presunta magia negra) y se levantó lentamente de su silla. Cogió el tomo entre sus manos y lo metió la mochila que utilizaría al día siguiente; lo entregaría a Asger en cuanto lo viera.

Estaba a punto de tenderse en su cama cuando escucho a su madre llamarlo desde el primer piso de la casa. Al parecer su padre recién había llegado y debía bajar a cenar por fin. Solo en ese instante se dio cuenta del hambre que tenía y su estómago comenzó a gruñir.

Con expresión algo ausente salió de su habitación y se encamino hacia el comedor. Saludo a su padre con un ligero abrazo y respondió sus expresiones de cariño con una ligera sonrisa. Esa noche la cena transcurrió tranquila, William solo veía su plato y comía sin saborear realmente el delicioso salmón asado que su madre había hecho.

Cuando termino la cena se despidió de sus padres y subió a su habitación a paso lento y meditabundo. Entro a su habitación ya completamente libre de humo si se percató de que había una gran mancha oscura en su cama y, al tocar el edredón, descubrió que estaba empapado; había olvidado cambiar las sabanas mojadas antes de que el colchón se mojara.

6

El sonido de la alarma de un celular retumbaba en la estancia. Había tenido que dormir en la sala luego de decirles a sus padres lo que había sucedido con su cama. Fue divertido tener que bajar el empapado colchón con su padre por las largas escaleras de la casa para dejarlo secar en el patio y luego ver su reacción al escuchar como había ocurrido todo, hasta podría decirse que olvido por un momento los pensamientos que lo aquejaban.

Alargo su mano hasta la pequeña mesa junto al sofá y tomo el teléfono móvil que su padre le había prestado para que pasara el día mientras él le compraba uno nuevo. Deslizo su dedo índice por la cristalina pantalla y el sonido seso dejando el lugar en un sepulcral silencio.

Aún estaba un poco somnoliento, por eso, cuando sus pies tocaron el frio suelo de madera pulida un escalofrió lo recorrió por completo y lo hizo quejarse. Busco sus pantuflas rápidamente tanteando el suelo con la punta de los dedos de los pies. Se levantó más espabilado y se dirigió a la cocina para comenzar a tostar unas rebanadas de pan para su desayuno.

Mientras esperaba que el pan estuviese listo decidió ir a cambiarse de ropa. Encendió la linterna del teléfono celular y comenzó a subir las escaleras –llevando la manta que había usado por la noche a cuestras- lentamente para que los escalones no crujieran bajo su peso. Al llegar al armario de la segunda planta tomo la primera camiseta y pantalón que encontró, se dirigió a su habitación y se dio una rápida ducha.

Estaba terminando de colocarse los calcetines cundo escucho un ruido fuera de su ventana. Giro la silla en la que se había sentado y observo la profunda oscuridad de la madrugada extendiéndose más allá de las farolas de la calle. Un tanto vacilante se dirigió hacia la ventana. Grande fue la sorpresa de William cuando encontró en el alfeizar una nueva rama de laural. Sin embargo, más lo sorprendió ver una nueva patrulla policial a unas dos casas de la suya, solo con las luces de enfrente encendidas.

William tomo la rama y cerro la ventana nuevamente. Se apresuró a bajar a la cocina; la tostadora había terminado su labor y las tostadas están perfectas. Tomo el pan y le coloco un poco de queso y jamón para luego guardarlo en un bolsa de papel. Se dirigió hacia la sala y salió rápidamente de

la casa luego de coger su mochila.

El muchacho observo cómo un par de oficiales salina de la casa de su vecino y se dirigían a la casa de enfrente. Sin embargo, pudo distinguir como un oficial se quedaba junto a la patrulla. Miro su reloj y descubrió que aún tenía algo de tiempo antes de llegar al trabajo. Tomo su bicicleta de entre los matorrales del jardín, la chequeo rápidamente para asegurarse que estuviese perfecta y salió por la reja del patio dirección al oficial de policía.

—Buen día, oficial— Dijo William cuando estuvo frente al hombre.

—Buen día, muchacho. ¿Puedo ayudarte?

—Bueno, yo... ¿están investigando sobre los Pauls?

—Pues sí— contesto simplemente el hombre vestido de azul oscuro.

—Bueno... quería... yo quería saber cómo estaban.

—Siguen en el hospital, si eso es lo que te refieres. No sé mucho de eso.

—Ayer hable con uno de mis vecinos. Me conto que al parecer fue algo que comieron... ¿usted cree eso, oficial?

El hombre miro al chico seriamente y dijo con una voz unos tonos más bajos de lo normal — ¿Por qué estás tan interesado, chico?

En ese momento a William le llego una idea que se manifestó como una bofetada: sus preguntas estaban totalmente fuera de lugar.

—Pues... yo vi... la casa y... —debía intentar arreglar la situación en la que se había colocado frente al oficial— Si no fue algo que comieron, quisiera saberlo... tengo miedo en realidad... de que... le pase a mi familia.

El oficial pareció entender las razones del muchacho y suavizo su expresión.

—No te preocupes, amigo— dijo el alto hombre mientras colocaba su mano en el hombro de William—. Si hay algo más, daremos con ello. Todo estará bien.

William sonrió ligeramente. Estaba a punto de darle las gracias al oficial cuando un atronador y escalofriante grito se escuchó por toda la calle.

Lo que ocurro después de ese aullido de desolación y dolor total paso demasiado rápido.

Los oficiales que estaban dentro de la casa frente a la cual estaban William y oficial de la patrulla salieron disparados y comenzaron a correr junto a su compañero en dirección al grito; no había tiempo de darle la vuelta a la patrulla, pues el sonido llegó desde el interior de la residencia.

William subió a su bicicleta y comenzó a seguir a los policías; eran bastante rápidos.

Se detuvieron frente a una de las casas cercanas al hogar de los Pauls. En la puerta de la misma estaba Marge Kind, la hija mayor de la familia Kind. La chica pedía ayuda entre ininteligibles balbuceos mientras sostenía a su padre por los hombros, quien estaba aparentemente inconsciente, mientras que de la boca de ambos escurría una gran cantidad de sangre. Cuando Marge levanto el rostro, William pudo notar entre la penumbra como de sus ojos también caían lágrimas de espesa sangre. Los oficiales subieron los escalones del pórtico y sujetaron a padre e hija.

William no podía apartar su mirada horrorizado por la situación. Sus ojos estaban clavados en la mujer ensangrentada y fue gracias a eso que pudo notar como miró hacia el techo y murmuró un “arriba... las alas” mientras sus pupilas se volvían completamente blancas antes de caer inconsciente en brazos de los desconcertados oficiales. Sin pensar demasiado, el muchacho dirigió su mirada a la parte de arriba de la casa de los Kind solo para descubrir un gigantesco animal alado posado en el tejado, el cual comenzaba a abrir sus alas para emprender vuelo.

Sin aguardar un segundo más, el chico comenzó a pedalear y a alejarse del lugar lo más rápido que podía. Él no quería ver eso... no quería ver la sangre... no quería ver al animal que vio... no quería tener razón en lo que su mente comenzaba a suponer...

Durante su mañana en la librería no podía sacar las imágenes de los Kind de su mente. Estuvo distraído y nervioso la mayor parte del tiempo, tanto, que incluso la señora Elinor tuvo que salir de la cocina del lugar y preguntarle si se sentía bien luego de que el señor Roger Gundersen fracasara al intentarlo.

A la hora del almuerzo salió de la librería rumbo al restaurante de los Odenson; debía ver a Asger y a Odette con urgencia. Sin embargo, de nueva cuenta, el lugar estaba cerrado. Una extraña ansiedad comenzó a apoderarse

de él cuando vio el letrero en la gran puerta. Debía ver a los hermanos enseguida.

Camino por las calles tratando de calmarse: las manos le temblaban y tenía un gran nudo en el estómago; sentía las mejillas y las sienes heladas; y un extraño frío le recorría la quijada.

Cuando la campana de la iglesia marco las 12:30 su corazón salto casi saliéndosele del pecho. Cuando levanto la vista de sus temblorosas y sudadas manos vio que estaba frente la pizzería del señor Penz y recordó que le debía el dinero del día anterior. Con un suspiro subió las escaleras del local y entro —estaba tan abarrotado de turistas como el día anterior—. Se abrió paso entre la gente como pudo y encontró a la señora Penz tras la caja registradora.

—William, muchacho— dijo la mujer con una sonrisa que borro de inmediato al tomar en cuenta el aspecto del joven.

— ¿Estás bien, chico? —Pregunto la señora Penz—. Te ves muy pálido.

—Estoy bien, descuide— dijo el chico—. Tenga. Es el dinero de la pizza de ayer, disculpe no haber venido antes.

—Tranquilo, cielo. Sé que eres muy responsable. Si no habías venido estoy segura que fue por algo importante.

A estas palabras, William solo pudo asentir y sonreír forzosamente. No quiso distraer más de su labor a la señora Penz, así que se despidió brevemente y salió del lugar, dejando a la mujer algo preocupada por su apatía y expresión vacía; era un chico tan alegre que su conducta de ese día la angustiaba, y el detalle que más le extraño: no había pedido nada de comer y sabía que el restaurante de los Odenson estaba cerrado.

Al salir de la pizzería, William estuvo andando por un rato alrededor del pueblo. Había comenzado a sentir hambre pero sabía que el nudo en su estómago no lo dejaría probar bocado; aún tenía su desayuno en su mochila. Estaba cerca de la entrada del pueblo cuando logro percibir de soslayo un destello amarillo pálido. Levanto la vista y sintió como su rostro se ponía más frío que antes; como sus hombros comenzaban a temblar y como el aire escapaba de sus pulmones.

Justo allí, a unos metros de él, entre los árboles que rodeaban el pueblo estaban Asger y Odette Odenson, con sus cabelleras rubias platino

centellando bajo el inclemente sol.

Quería ir hacia ellos; correr hasta abrazar a Odette; contarle todo lo que había pasado en el corto lapso de tiempo desde que la vio el día anterior; quería pedirle una explicación a Asger, decirle que tenía razón. Pero inexplicablemente sus pies no le respondían, se había quedado congelado en medio de la calle y solo podía ver como los hermanos comenzaban a caminar mientras contemplaban los árboles de laural.

Sintió que si se alejaban un poco más su alma se partiría en mil pedazos y estaría desamparado, así que, reunido toda la fuerza que tenía en su cuerpo y profirió un agónico grito:

— ¡ODETTE!

Los hermanos se dieron la vuelta a la vez. Odette al escuchar la voz de su mejor amigo sonrió pero al verlo detenidamente desde la distancia se percató de que algo andaba mal.

William logro ver como Asger, con su mirada mortalmente seria, le decía algo a su hermana menor. Esta, con una inaudita preocupación invadiendo su rostro, asintió ligeramente y comenzó a correr hacia él.

Veía a su amiga acercarse. Le parecía eterno el escaso tramo que los separaba. Cuando Odette estuvo frente a él y lo tomo del brazo, el chico sintió que sus piernas le fallaban, sin embargo, se mantuvo en pie.

— ¡William! ¿Qué tienes? ¿Qué te paso?

El chico solo atino a ver los ojos de su amiga; tan claros, tan grises, tan grandes, tan parecidos a...

— ¡Odette! —se escuchó la voz de Asger. A William le parecía tan lejana.

—Ven, amigo. Debes ir con mi hermano.

La rubia muchacha llevo al joven hasta donde estaba su hermano: entre los grandes árboles de laural.

Cuando William estuvo frente al gran hombre rubio, este arranco una rama de laural de la misma manera que Odette lo hizo la tarde anterior y la coloco frente a él.

—Dijiste que se la había enviado, Odette— comenzó decir Asger a su hermana.

— ¡Si lo hice! Tal vez olvido guardarla— contesto la chica mientras hacía que el joven Jackson se sentara entre la hierba debajo de uno de los árboles que los rodeaban.

William había comenzado a sentirse mareado por el olor del laurel. Escuchaba las voces de los hermanos como un lejano eco y el nudo en sus estomago se había convertido en unas intensas ganas de vomitar.

El chico logro ver como Asger, con ayuda de un fosforo que su hermana había encendido, hacia arder la rama en su mano y comenzaba a hablar en un lenguaje que él no comprendía. El hombre acerco la rama ardiendo a su rostro. William pensó que el fuego lo quemaría y se alejó rápidamente, pero Odette presionaba con fuerza su espalda y evitaba que se alejase. Comenzaba a sentir el calor de las llamas quemándole los pómulos, la nariz y la frente. Estaba a punto de decirle a Asger que parara; de gritarle que estaba loco; que lo dejara en paz; ¡Que si seguía acercando esa maldita y asquerosa rama a él lo mataría!; cuando sintió que el fuego ya no quemaba...

Abrió despacio los ojos, los cuales no sabía cuándo había cerrado y descubrió al mayor viéndolo fijamente y la rama de laurel volviéndose cenizas en su mano.

Soltó un pesado suspiro y giro su cabeza para encontrarse con Odette junto a él con los ojos acuosos y ligeramente rojo por tratar de contener las lágrimas:

— ¿Qué paso? — pregunto el chico confundido.

—Bueno— comenzó a decir Asger—. Por lo menos ya habla. Ayúdalo a ponerse de pie, Odette.

Mientras Odette lo ayudaba a levantarse, William se fijó en el pasto bajo el: estaba negro, como si se hubiese quemado.

Cuando estuvo de pie vio como Asger se daba la vuelta para contemplar de nuevo los arboles de laurel. Sujetaba sus hojas y las veía detenidamente. Estaba a punto preguntarle qué era lo que estaba haciendo cuando recordó lo ocurrido la noche anterior:

— ¡Odette! — comenzó a decir— Anoche paso algo muy raro... la rama que me diste se... se quemó en mi mochila... pero... pero antes...

—No hace falta que nos cuente que paso antes de que llegaras a casa, niño— lo interrumpió Asger—. Parece que te encontré antes de lo planeado.

¿Dónde está el libro? Creo que ya no lo necesitas.

—Eh... esta... está en mi mochila. De hecho, pensaba dároslo de vuelta. ¿Pero tengo preguntas cuya respuesta no están allí? ¿Qué paso con la rama de laurel que Odette me dio ayer? Sé que, según el libro el laurel sirve para proteger de la magia negra y eso... ¿es por eso que sus ancestros plantaron estos árboles? ¿Para protegerse?

Asger soto un pesado suspiro antes de girarse para ver al chico —creo que deberías quedarte con nosotros esta noche— le dijo a William—. ¿Crees que tus padres estarían de acuerdo?

El chico asintió algo confundido. Asger comenzó a ponerse en marcha y Odette le indico que lo siguiera. Mientras caminaba comenzó a notar que lo que había estado sintiendo toda la mañana se había desvanecido. Y, a pesar de evocar el recuerdo de lo sucedió en la casa de Kind esa madrugada, no le provocaba las mismas sensaciones que antes. Los hermanos Odenson habían hecho algo; tenía que ver con el laurel y quería saber que había sido.

Asger los condujo de vuelta a la librería de los Gundersen; ya era algo tarde para que William iniciara su segundo turno. Sin embargo, cuando el señor Roger lo vio ingresar al establecimiento acompañado de los hermanos Odenson, supuso que algo había pasado— las personas de Howll eran bastante intuitivas con respecto a los Odenson— así que no reprendió al chico por su tardía llegada al trabajo.

—Hola, Asger. ¿Cómo están tu hermana y tú? —pregunto Roger Gundersen.

—Bien— comenzó a responder Asger— Algo ocupados con los árboles.

— ¿Qué ha pasado?

—Se marchitan, Roger.

— ¡¿Qué?! No puede ser posible...— dijo el gran hombre de anteojos algo preocupado—. Eso es malo.

— ¿Qué? — pregunto William curioso— ¿Por qué es malo?

— Quizas sea por el calor del verano— dijo Gundersen dirigiéndose al hijo mayor de la casa Odenson e ignorando de manera campal a William—. El sol ha sido inclemente este año, a los laureles le favorece más el clima

templado.

—No es el calor. Y este joven lo prueba — finalizó Asger mientras palmeaba el hombro de William.

—Entonces... las personas del bosque...

—Probablemente.

El señor Gundersen soltó un suspiro cansado:

—Muy bien... supongo que enviare al chico a casa más temprano a partir de ahora— concluyó el dueño de la librería.

—Se quedara esta noche con nosotros— le aseguro Asger—. Podrá cumplir con su trabajo y cuando acabe su turno vendremos por él.

Al terminar de decir esto Asger le indico a William que avisara a sus padres que pasaría la noche con ellos —desde que se habían mudado, su padre se había hecho muy buen amigo del patriarca Odenson y confiaba en ellos por haber recibido a su hijo con los brazos abiertos—, y luego le entrego una pequeña llave a su hermana mientras le decía:

—Ve, busca el libro, que William te dé el otro y déjalo en su lugar. Quédate con él—. Y sin agregar nada más, salió de la librería.

El resto del día pasó rápido. La presencia de Odette ayudaba a William a apaciguar las ansias que sentía por correr hacia su locker y ver el nuevo libro que su amiga había sacado de los estantes negros y luego guardo en su mochila.

Si bien su amiga no interrumpía su trabajo, lo acompañaba mientras debía organizar un estante o servir a algún cliente de la cafetería. Y, a pesar de que hablaban de diversos temas, cada vez que William intentaba entrar en el asunto del laurel, la mujer policía, la lechuza o lo que le había pasado a los Kind, Odette simplemente desviaba el tema o hacia como que no lo había escuchado.

Cuando el gran reloj de péndulo que estaba en una de las paredes de la librería marco las 5:00 la puerta del local se abrió dejando ver al mayor de los hijos Odenson. Su hermana se acercó rápidamente a él y le devolvió la llave de los estantes negros. William se encontraba sacando su mochila del locker cuando escucho la voz de Asger tan fría y potente como siempre:

— ¿Estás listo, chico? ¿Avisaste a tus padres?

—Si. Y si, están al tanto de que estaré con ustedes hasta mañana.

Asger solo asintió ligeramente y abrió la puerta para dejar que los jóvenes saliesen.

Los chicos estaban despidiéndose de los señores Gundersen cuando Asger hablo de nuevo:

—Esperen afuera un segundo... estaré con ustedes enseguida y nos iremos.

Los chicos salieron de la librería obedientemente y esperaron al mayor. William se dedicó a desencadenar su bicicleta del seguro que se encontraba fuera de la tienda y Odette solo observaba a las personas a las que es señor Roger despedía en la puerta.

Asger Odenson fue la última persona en salir de la tienda. Se despido de los dueños y comenzó a andar por la acera. William noto la razón por la que se había quedado en la librería; en la mano derecha del mayor de los hermanos Odenson se encontraba un libro de aspecto tan viejo como el que le había dado la vez anterior y que Odette había guardado ese día. La curiosidad comenzó a hacerle cosquillas en el estómago — ¿Por qué Asger había tomado otro libro si su hermana ya lo había hecho más temprano? — se preguntó y de pronto recordó el libro que llevaba en su mochila.

Mientras caminaba tras Odette quiso darle un vistazo al libro en su morral. Sujeto su bicicleta con la mano izquierda y paso su mochila hacia su pecho. Cuando estaba por correr la cremallera escucho como su amiga lo detenía:

—Sera mejor que aguantes un poco. Cuando llegemos a casa podrás verlo. No es prudente sacarlo aquí...

William levanto la mirada y se encontró con que los hermanos habían detenido su andar y lo observaban. Miro a Asger por un momento y vio sus ojos fríos enviándole una orden contundente: no te atreva a abrirlo.

Observo las manos del mayor y pudo notar como ya el libro que había estado llevando desde que salieron de la librería ya no está, sin embargo, en su lugar, el hombre llevaba una bolsa de gruesa tela negra ébano.

William Jackson solo se limitó a pasar su mochila de vuelta a su

espalda y a continuar caminando detrás de Odette. Ahora las ansias y la curiosidad eran más grande, tato, que se habían empezado a arremolinarse en su estómago haciendo que este doliera un poco... o tal vez era porque no había comido en todo el día.

A medida que avanzaban por las calles de Howll, William se percataba del canino —jamás había ido a casa de los Odenson—. Sabía que la ancestral familia vivía en un lugar bastante retirado del centro del poblado, casi entrando al bosque que rodeaba todas esas montañas.

Pasaron por la pizzería de los Penz; por la escuela; por el huerto de manzanas y calabazas. A medida que avanzaban, y el cielo se teñía de rojo tras las montañas y los árboles, William sentían como la brisa se hacía ligeramente más fría y los animales nocturnos comenzaban a despertar.

Caminaron cerca de treinta minutos. Andaban a un paso tan parsimonioso que el joven comenzaba a impacientarse y su estómago a gruñir con fuerza. Sin embargo, a pesar de que tenía su sándwich del desayuno en su mochila, se sentía un poco cohibido de sacarlo y comer mientras caminaban.

Luego de un rato estuvo a punto de rendirse con respecto a no sacar su sándwich pero la voz de Odette lo distrajo:

—Ya casi llegamos, Bill. ¡Mira! — dijo la muchacha mientras señalaba al frente—, esa es nuestra casa.

William guió su vista en dirección hacia donde apuntaba su amiga y de pronto su hambre pasó a segundo: justo detrás del último recodo que creaban las últimas casas del centro del pueblo, en la cima de una pendiente poco pronunciada, con un enorme jardín y rodeada de -los ya no tan extraños- arboles de laurel, se encontraba la casa más impresionante de que joven había visto en su vida e iluminada de manera magnífica.

El material que predominaba en la magnífica construcción, sin duda, era la madera. A medida que subían la pendiente, William lograba ver más detalles de la casa: su pórtico era alto, con gruesas vigas de madera rojiza que se cruzaban en ángulo para sostener el techo; las columnas que sostenían las vigas eran, al parecer, de la misma madera que las vigas, sin embargo, tenían tallados algunos de los símbolos que había visto en el libro de los Odenson y otros tantos que no conocía. En las bases de las columnas la madera rojiza se fusionaba con una de color negro —Ébano, seguramente— dándole a esta última la apariencia de llamas oscuras.

Al estar frente a la casa se dio cuenta que la fuente de luz que iluminaban el lugar no eran producida debido al uso de electricidad, sino de braceros enormes de hierro cuyo fuego era tan brillante que hacía parecer que aún era de día. El fulgor del fuego cegaba un poco la vista, pero aun así el muchacho pudo distinguir la silueta de alguien saliendo por la puerta principal: era la abuela Odenon.

Cuando William y los hermanos llegaron las puertas de la enorme casa, una anciana mujer les dio la bienvenida luego de un largo día. Era una señora bastante delgada, con el cabello totalmente blanco; su piel, a pesar de tener evidente huellas de los años pasados, parecía tersa y lucía brillante a la luz del intenso fuego; sus ojos —plateados como era característico de esa familia— estaban empequeñecidos debido a sus caídos parpados pero reflejaban la sabiduría que solo sabe dar la vida con sus alegrías y tristezas.

Una enorme sonrisa adorno el rostro de la mujer y, extendiendo sus brazos, dijo:

—Bienvenidos de vuelta a casa tras un largo día, mis queridos. Veo que traen con ustedes al pequeño William— concluyo ella mirando al joven.

—Hola, abuela Odenon ¿cómo ha estado? —saludo el muchacho educadamente.

—Hola, cariño; ocupada, consternada y algo preocupado, así he estado. Pero... en general, bien.

William sonrió divertido. La abuela Odenon era bastante directa cuando le hacía esas preguntas y nunca se ataba a las convenciones sociales o se limitaba a responder un simple “bien, gracia”.

Con paso seguro Asger comenzó a avanzar el pequeño tramo que los separaba de su abuela. Cuando estuvo frente a ella, inclino su cabeza y beso el dorso de la mano de la mujer mientras ella hablaba en uno de los antiguos lenguajes que William aun no comprendía bien. Al terminar de recitar, la anciana dio paso al hombro para que entrara a la casa y Odette hizo lo mismo que su hermano. Cuando fue turno de William de estar frente a la mujer esta le explico:

—Debo bendecirte antes de entrar. El exterior está lleno de peligros que no logramos ver y que se prender de nuestra piel y espíritu sin que nos percatemos. No está bien dejarlos pasar a nuestros hogares.

El muchacho asintió desconcertado, sin embargo, si eran normas de esa casa debía hacerlo sin chistar. Procedió a inclinar la cabeza y a besar la mano que la anciana Odenson le extendía y fue allí que logro ver lo que en realidad hacia la anciana: el dedo índice de su mano libre, la mujer trazaba líneas invisibles por la frente del muchacho mientras recitaba algo de lo que solo pudo entender la frase “*Venluatar, verik siphra neura vinduc, Albaha Ahre*”; que significaba “Gran Albaha, purifica con tu sello el mal” o algo parecido, su madre no le había enseñado jamás ese dialecto pero todos tenían semejanzas entre sí.

Cuando la mujer termino de darle su bendición le dedico una tierna sonrisa y lo dejo pasa. Sin duda el chico no estaba prepara para encontrarse con tal espectáculo arquitectónico.

Si el exterior de la casa había impactado a primera vista al muchacho, el interior lo dejo atónito: el techo era más alto de lo que había esperado y las columnas y vigas que lo sostenían eran anchas y firmes, entrecruzándose de maneras diagonales y sin ninguna evidencia de mastique, cemento o cualquier otro producto utilizado para unir madera, lo que hacía evidente que las grandes y pesadas piezas estaba cortadas de manera exacta para que calzaran perfectamente y fuese su propio peso las que las mantuviere en su lugar. Si bien la parte frontal de la casa estaba iluminado por los fogones encendidos, el interior si contaba con energía eléctrica, sin embargo, debido al color claro de la madera que componía las paredes el lugar se veía más iluminado sin necesidad de tantas bombillas, solo algunas lámparas situadas en las paredes. El chico estaba tan absorto observando su alrededor que la voz de su amiga lo hizo sobresaltarse:

—Espero estés cómodo, Bill. Tal vez no es como las residencias pero es bastante acogedora en mi opinión— concluyo Odette con una tímida sonrisa.

— ¿Qué dices, Odette? —contesto el muchacho— tu casa es fantástica, jamás había visto una construcción así.

—Es bastante antigua. Fue construida por los primeros Odenson, por eso es tan grande, eran una familia bastante numerosa, hoy somos menos.

Odette le iba contando a su amigo como fue que sus ancestros lograron levantar ese gran lugar. Asger hacía rato se había perdido por alguno de los pasillo y la abuela Odenson los seguía a paso lento.

Estaban a punto de llegar a una de las primeras puertas del lugar cuando William escucho un gran alboroto. Cuando estuvieron frente a la gran puerta de madera esta se abrió y un par de niños idénticos salieron con la respiración agitada y se prendieron de las piernas del muchacho.

— ¡Gale, Gila! —Exclamo el joven Jackson—. ¿Cómo han estado pequeños?

— ¡Bien! ¡Aburridos! — contestaron los niños al unísono.

— ¿por qué aburridos, Gila? — pregunto William.

—No hemos salido de casa en dos días, aquí no es tan divertido como en el restaurante— contesto el pequeño de cabello dorado.

—A mí me gusta estar en casa— dijo Gale.

A pesar de que los pequeños eran gemelos eran bastante diferentes. Gale era más tranquilo, le gustaba leer los menús del restaurante o hacer las figuras de papel que adornaban las mesas del negocio de la familia. Por otro lado, Gila era extrovertido, corría de un lado al otro en el restaurante llevando una pequeña libretita en la cual anotaba los pedidos más pequeños de los comensales para luego llevarlos a las cocinas a toda prisa. Otro rasgo que diferenciaba a los gemelos era que su tono de cabello era diferente el uno del otro —para fortuna de William cuando apenas los conoció y no lograba diferenciarlos bien hasta que se dio cuenta de este detalle— Gila tenía el cabello de un tono más amarillo, heredado de su madre, mientras que Gale tenía el cabello platinado típico de la familia Odenson, heredado de su padre por supuesto.

Aun con los niños enganchados a sus piernas, William escucho que Odette le pedía que entrara a la cocina. Camino con dificultad entre risa mientras contestaba algunas preguntas que los pequeños le hacían hasta que alguien más llamo su atención.

—Bill, cielo. Qué alegría verte— dijo una voz femenina.

Cuando levanto su rostro se encontró con Marryn Odenson, la madre de Odette y Asger.

—Hola señora Odenson. ¿Cómo ha estado?

—Muy bien, cielo. Ven siéntate.

Antes de dirigirse a la barra de la cocina, paso su vista por toda la

estancia y se dio cuenta que todos los hermanos de Odette estaban allí, incluso Asger, quien se encontraba junto a su madre. Con una gran sonrisa comenzó a saludar a todos los Odenson que ya conocía:

—Hola a todos, chicos.

—Hola Bill— contestaron Morac y Mildred, las hermanas mayores de Odette.

—Hola, chico— dijo Astor desde detrás del fogón agitando una cuchara de madera.

— ¿Como estas, amigo? —pregunto Galven, el hijo Odenson que era dos años menor que Asger, mientras se acercaba a él para saludarlo con una palmada en la espalda.

—Todo muy bien, Galven— contesto educadamente William mientras caminaba hacia uno de los taburetes frente a barra de la cocina aun con los gemelos colgados a sus piernas.

— ¿Todo bien de verdad? —comenzó a decir Astor—. He escuchado que te han pasado algunas... ¡Ay! —El hombre interrumpió de pronto lo que decía mientras se frotaba el hombro donde había recibido un repentino golpe por parte de su madre.

Asger levanto su rostro y luego ver por unos segundos a su hermano de manera mortífera, barrio la habitación con su helada mirado observando a cada uno de los presentes, quienes se habían sumido en un tenso silencio. Inexplicablemente, a William le pareció que el motivo del pesado cambio de ánimos en el lugar era debido a él.

El joven invitado de los Odenson sintió como los gemelos se soltaban de sus piernas y se situaban detrás de él. Vio como Asger dejaba el largo chuchillo que estaba afilando clavado en la tabla una tabla de madera frente a él para luego salir de la cocina. Desconcertado, William se percató de que las mujeres en la habitación soltaban un suspiro al unísono y luego daban un vistazo en dirección a Astor, quien había optado por atender el sartén en el que estaba cocinando.

—Bueno...— dijo de pronto la señora Odenson—. Es hora de la cena. Ven, Bill. Acompáñame a poner la mesa.

El joven asintió rápidamente y, después de despeinar un poco a los gemelos, comenzó a seguir a la mujer.

El comedor era un lugar tan impresionante como el resto de la casa: estaba iluminado por un gran candelabro antiguo que parecía de hierro sólido y había sido adaptado para poder ocupar bombillas en lugar de velas. La mesa de roble pulido era enorme, ligeramente ovalada y había más sillas de las que William pudiera haberse imaginado — ¿Ocupaban todas ellas? —, se preguntó el chico.

La señora Odenson colocó la gran bandeja que llevaba en las manos repleta de platos y cubiertos y le indicó a William como debía colocarlos mientras ella iba a la cocina de nuevo y regresaba con los vasos y servilletas.

Ya había colocado unos cinco juegos de platos y cubiertos en cada lugar que, según la etiqueta que su madre le había enseñado a cerca de las mesas circulares, debían de estar ocupados obligatoriamente por los mayores en la familia, cuando sintió que alguien lo observaba con intensidad. Se removió un poco incómodo mientras estaba de pie y de espaldas al gran ventanal que daba al exterior en dirección al bosque. Con un tenedor de plata en su mano derecha y un plato en la izquierda comenzó a darse vuelta, si había algún animal sospechoso a sus espaldas no dudaría lanzarle alguna de las dos cosas. Sin embargo, al girarse completamente se encontró con una cara emplumada y un par de enormes ojos plateados que ya había visto la noche anterior.

La enorme lechuza que la noche anterior había dejado una rama de laurel estaba parada en el marco del ventanal. Lo miraba intensamente y giraba su cabeza de un lado al otro.

—Le agradas, muchacho— dijo una voz áspera y jadeante de manera tan súbita que hizo que el chico saltara—. No suele acercarse a los extraños.

Giro rápidamente la cabeza y dirigió inquieto su mirada hacia la entrada del comedor. Allí, sentada en una silla de ruedas hecha de sólida madera, se encontraba la mujer más anciana que William Jr. hubiese visto en su vida.

—Perdón si te asuste, *Te'kind*— se disculpaba la anciana mientras avanzaba hacia él.

A medida que la desconocida dama se acercaba, William podía distinguir más su apariencia: tenía los rasgos marcados de las mujeres

Odenson; pómulos altos, rostro alargado, nariz respingada. Sin embargos, estos se perdían un poco debido a infinidad de arugas y pliegues que adornaban su piel. Su cabello era blanco como la nieve recién caída y se notaba muy largo a pesar de estar peinado en un trenza; sus manos eran delgadas, largas y terminaban en finas uñas color nácar que, en conjunto con las numerosas venas en los dorsos, las hacían parecer atemorizantes.

Estaba a punto de decir algo, de saludar o presentarse, cuando la anciana detuvo la marcha de su silla y se detuvo a casi un metro de él. Fue entonces, a la luz clara de las bombillas blancas, que pudo notar que los ojos de la mujer tenían algo inusual, estaban velados por un fino manto blanco que los cubría por completo; era ciega... pero si era ciega ¿Cómo sabía que él estaba allí? O más curioso aun ¿Cómo sabía que él era un extraño y no algún miembro de la familia?

—Sin duda son preguntas interesantes las que te haces, *Te'kind*—dijo la anciana con su rostro fijo en dirección al chico.

—Ho-hola... —comenzó William—. Yo... Soy William. Es un gusto, señora.

—Se quién eres joven Jackson, he oído de ti gracias a mi pequeña nieta. Y no me digas señora, todos aquí me llaman Nana.

—Bien, eh... Nana. Yo... usted... ¿Cómo es que...?

— ¿Sabía que estabas aquí? O ¿sabía quién eras si no te puedo ver? —lo interrumpió Nana.

William asintió de forma inconsciente y sorprendida sin percatarse que, obviamente, la señora no podría ver ese gesto. Sin embargo, la mujer sonrió y dijo con voz serena:

—Ella ve todo por mí— declaro la anciana mientras señalaba a la lechuga que no dejaba de observar al joven—. Sin embargo, ya está envejeciendo y sus ojos no son los mismos. No veo tan claro como años atrás y, por supuesto, no veo tanto como mis ancestros. Pero he visto lo suficiente de ti, *Te'kind*... debiste guardar la rama en tu mochila en cuando Ula la dejo en tu ventana.

El chico solo atino a mirar a la anciana sin poder creerlo. Estaba a punto de comenzar a hacerle preguntas cuando la señora Odenson entro al comedor seguida por sus hijos, quienes la ayudaban a llevando las fuentes con

la cena lista para servir.

Se distrajo por un momento con la algarabía que producían los hijos menores de la familia y, cuando se volvió hacia el lugar en el que había estado Nana Odenson, descubrió que esta se había esfumado. Sin embargo, la lechuza de ojos plata, Ula, seguía posada en la ventana observándolo y moviendo su cabeza de un lado a otro. Ahora que lo pensaba bien, las personas del pueblo tenían razón: los Odenson eran bastante singulares.

La cena transcurrió tranquila: mientras Maryn Odenson y la abuela servía la comida entraron al gran comedor los demás hijos de esta última; el tío Egmont, el tío Veron, el tío Marx y el tío Freud con sus dos hijos, Haymitch y Beloc. William los conocía a todos del restaurante así que, cuando lo vieron allí, ayudando a servir la cena, no dudaron un segundo en saludarlo cálidamente.

William se sentó junto a Odette en las sillas que estaban de espaldas al ventanal. Observo a todos los presentes y se sintió ligeramente sobrecogido por estar rodeado de tantas personas; de una familia tan grande. No se imaginaba siquiera teniendo un hermano menor, su madre no había podido concebir más después de traerlo al mundo y sus tíos, los hermanos de su padre, se habían desligado de la familia luego de la prematura muerte de su abuela hacia unos diez años. No había conocido al padre de su padre debido a que este falleció debido a un ataque respiratorio cuando era aún joven, consecuencia de haber trabajado desde niño en una mina de carbón y su posterior adicción al cigarrillo. Y sus abuelos Uther, los padres de su madre, habían muerto sirviendo en la guerra, uno como soldado y la otra como enfermera en el campo de batalla, dejando a su hija al cuidado de la única tía de esta.

Así que, al verse parte de una familia tan grande- aunque fuere por esa noche- le produjo un revoltijo de sentimientos que no sabía definir. Escaneo con su mirada una vez más la mesa para detallar a los presentes, pero detuvo sus pensamientos cuando se percató de dos puestos vacíos que estaban a la derecha de Maryn Odenson. Faltaban el señor Odenson y Asger, al cual no había visto desde que salió de la cocina, notablemente molesto con su hermano. Tampoco estaba la Nana que había aparecido ante él antes de que todos entraran al comedor.

—Eh... Odette...— le susurro William a su amiga—. Ustedes... ¿hay alguien aquí a quien ustedes llamen Nana?

— ¡Oh! ¿Conociste a Nana? —Dijo la chica sorprendida—. Qué extraño, Nana no sale muy seguido del santuario. Si, Nana es la abuela de mi padre.

— ¡Caray! No sabía que tu bisabuela estuviese viva— dijo el chico sin pensar para luego, como si su madre le hubiese apretado una oreja por su mala educación, agrego—: Digo... eh... que tuvieses bisabuela... pues...

—Tranquilo— le dijo Odette mientras ría debido al rostro apenado de su amigo—. Si es bastante anciana, pero aún es fuerte. Mi familia es bastante longeva, o por lo menos por la parte de mi padre. Mi bisabuelo estuvo vivo hasta no hace mucho y era mayor que Nana.

William medito lo que le dijo su amiga por un momento y, luego de encontrar las palabras correctas para no sonar ofensivo, le pregunto:

—Si dices que la familia de tu padre, es decir los Odenson, son longevos ¿Cómo es que tus dos bisabuelos estuvieron ambos vivos hasta no hace mucho? ¿No sería solo tu bisabuelo el que tenía sangre Odenson?

—Mis bisabuelos eran hermanos— contesto sin más la rubia.

William se sorprendió tanto que pareció que sus ojos se saldrían de sus cuencas mientras exclamaba escandalizado: ¡¿Qué?!

Todos los integrantes de la familia que se encontraban en el lugar desviaron sus miradas para verlo preocupados.

William se removió inquieto en su lugar mientras la madre de Odette lo veía fijamente:

—Bill, cariño ¿estás bien?

El chico la miro apenado mientras murmuraba algunas disculpas. Su cara comenzaba a arderle de la vergüenza y se tornaba roja. La señora Odenson al verlo así deslizo un poco se silla con intenciones de levantarse e ir con él pero fue detenía por el sonido de las pesadas puertas del comedor abriéndose.

El tiempo pareció congelarse, todos los presentes giraron sus rostros hacia la entrada del comedor. William sintió que el rubor en su rostro bajaba al no tener más todos aquellos pares de ojos observándolo con extrañeza, sin embargo, esa tranquilidad duro poco. En frente a la puerta del lugar estaba de

pie un hombre alto, de porte fornido, con el cabello rubio platino demasiado largo como para ser aceptable en un hombre y unos ojos tan grises que asemejaban al mercurio líquido clavados en él. Y junto al hombre, de pie con su típico porte orgulloso, se encontraba Asger Odenson.

William casi saltó de la silla cuando logró hacer que su cuerpo reaccionara ante la súbita llegada del patriarca de la familia; se puso de pie rápidamente para saludar a Eberhard Odenson de la manera en que su madre le enseñó que un conocido debía saludar al jefe de una familia estando en la casa de este último —o como las antiguas familias lo hacían—. Él solo había visto al señor Odenson en contadas ocasiones mientras estaba en el restaurante. Si bien su padre era amigo de este, solían reunirse en privado la mayoría del tiempo para hablar de posibles negocios con los socios de Jackson padre.

El alto hombre caminó en dirección a William con paso tranquilo y mirada impenetrable. Cuando estuvo frente a él estiró su brazo derecho esperando que el chico respondiera el saludo. El joven trago grueso y solo pensaba que debía de mantener su mano firme y segura, pues eso era un símbolo de respeto, si mostraba inseguridad sería una ofensa a la casa Odenson debido a que significaría que no era lo suficientemente fuerte para estar entre ellos y que sentía miedo de su patriarca, lo cual, era inaceptable: —El miedo no era aceptado por las casas antiguas como algo bueno— le había dicho una vez su madre—; el respeto es lo primordial en un hombre, porque este es sinónimo de nobleza; el miedo es para los cobardes y traidores.

Conteniendo la respiración por un segundo, William Jr. levantó su brazo derecho de forma rápida y firme, y apretó el antebrazo del señor Odenson con determinación mientras decía:

—Lo saludo, patriarca Odenson.

—Te saludo, hijo de Jackson y Uther— respondió el hombre con voz fuerte y áspera— Bienvenido seas a la casa de mi ancestral familia.

William sentía la garganta seca. Podía percibir como su mano comenzaba a sudar un poco debido a los nervios y que su agarre no era nada más fuerte que una muñequera sobre el fornido antebrazo del hombre.

—Debo admitir que...— comenzó a decir Odenson—. Me impresiona que sepas saludar de esta manera. Pero dejemos de lado las antiguas formalidades. Después de todo, Odette me ha hablado tanto de ti que

prácticamente eres parte de esta familia. Bienvenido, muchacho—. Finalizo el hombre soltando el brazo del chico a estrechándolo por los hombros.

William sintió que volvía a respirar y tenía el estómago algo revuelto. Pudo ver como Odette le sonreía ligeramente detrás de su padre y, cuando el hombre deshizo el ligero abrazo de bienvenida, pudo ver que todos en la mesa lo veían de una forma un tanto extraña, parecían sentirse orgullosos de él.

Cuando el señor Odenson tomo asiento junto a su esposa y su hijo mayor, William volvió al suyo para seguir comiendo. Sin embargo ya no tenía tanta hambre, pero no debía despreciar la comida.

La cena continua tranquila y después de un rato, cuando la señora Odenson estaba sirviendo el postre, William se dirige a Odette para seguir preguntando a cerca de Nana:

—Entonces... ¿cómo es que tus bisabuelos eran hermanos?

—Pues...— comenzó a decir la joven algo pensativa—. Sé que para los demás no está bien actualmente, pero... nuestra familia a casado hermanos durante siglos, Bill... hay cosas que... son cuestión de sangre.

— ¿A qué te refieres con eso?

—No sé si deba decírtelo. Lo siento.

—Oh, tranquila. No debí preguntar eso... disculpa si te incomode— dijo el chico agachando su cabeza y comenzando a cortar el trozo pastel de manzanas que uno de los hermanos de Odette le había dado.

—Descuida— dijo su amiga sonriéndole.

Estaba a punto de terminar su postre cuando se escuchó de nuevo la voz del señor Odenson. Cuando levanto su mirada, se encontró con que ya todos los demás habían terminado y que el patriarca estaba dando fin a la cena y despidiendo a todos para que los pequeños fueran a descansar y los mayores ayudaran con los trastes sucios.

William apuro lo último que quedaba en su plato y se puso de pie junto a Odette quien le indico que lo siguiera.

Mientras salían del comedor, el chico pudo notar como el señor Odenson le decía algo al oído a su esposa y ella simplemente asentía con expresión seria. Y también que la abuela Odenson había desapareció.

—Vamos, Bill— le apuro Odette desde la puerta.

William asintió algo ausente y camino con su amiga dejando atrás el acogedor comedor y la familia Odenson.

Caminaron un rato por los largos pasillos de la casa hasta llegar a una pequeña puerta que daba al exterior. La noche ya se había instalado cómodamente; la luna brillaba de manera casi mágica y las estrellas se veían en abundancia. El cielo en ese lugar era distinto. Alejado de la mano del hombre actual, que contaminaba su inmensidad con luces demasiado brillantes. Si bien los Odenson utilizaban energía eléctrica dentro de la gran casa, el exterior de esta solo era iluminado por el fuego de algunos faroles colocados en la verja que rodeaba gran parte del patio trasero y algunos más colgados de las paredes exteriores.

El terreno de los Odenson era extenso, más de lo que William siquiera imaginó. No lo parecía desde el frente, pero el patio se extendía hasta el linde del bosque y solo era delimitado completamente por los árboles de laurel. El chico simplemente estaba cautivado, se sentía dentro de un mundo totalmente diferente, como si la pequeña puerta por la que acababan de salir los hubiese conducido a ese país de cuentos en el que reinaban cuatro hermanos. Podía imaginarse a los mayores de los Odenson cabalgando desde el bosque vestidos con armaduras y pieles de animales blandiendo pesadas espadas y hachas manchadas de sangre tras una batalla en defensa de su tierra.

La pequeña mano de su compañera lo saco de su ensoñación cuando esta lo tomo del brazo y comenzó a guiarlo hacia una construcción en piedra que él no había visto. Al llegar, pudo notar que parecía un cobertizo. Sin embargo cuando Odette abrió la puerta de madera noto que la pequeña construcción era solo una entrada hacia algo más. Rodeada de antorchas se podía observar el largo abismo de unas escaleras hacia el subsuelo.

William se detuvo un instante en la puerta mientras Odette tomaba una de las antorchas de la pared. Su estómago se revolvió y, por primera vez desde que conoció a la chica, desconfió de ella. Había leído bastantes libros de horror como para saber que todo el desastre comenzaba cuando el protagonista entraba a una casa oscura, un hospital abandonado o a un sótano. Los sótanos simplemente no son de fiar.

El chico estaba tratando de averiguar si podría zafarse de una situación peligrosa, si realmente podría presentarse, cuando la voz de su amiga lo

llamo:

—Bill. Vamos hay que seguir... hey, ¿estás bien? Te ves algo pálido.

— ¡Ah! ¡Sí!... yo... quizá sea... emmm... el olor a humedad.

— ¿Qué? — dijo Odette desconcertada mientras daba pequeñas respiraciones para oler el aire—. ¡Oh! Si puede ser. Descuida te pasara en un minuto. Vamos, puede que ya nos estén esperando.

William suspiro pesadamente y comenzó a caminar detrás de la joven que ya se encontraba descendiendo por las oscuras escaleras. Decidió confiar en ella, en que nada pasaría, en que sus padres sabían dónde estaba. Después de todo, él no era el protagonista de algún libro.

7

El descenso le pareció demasiado largo. Sentía que estaba entrando a las mismísimas entrañas de la tierra. Sin embargo, cada vez que giraba su cabeza podía ver el inicio de la escalera y el brillo de las antorchas en la habitación del patio; no habían avanzado demasiado, solo que caminaban muy lentamente.

A medida que bajaban William se percató de que el olor a humedad que había percibido en la pequeña habitación del patio no era el mismo que se suponía debía de estar acentuado en las escaleras y que debía hacerse más notorio mientras descendían. No, las oscuras escaleras tenían un olor agradable, casi reconfortante y... vagamente familiar.

Cuando por fin llegaron al último peldaño, el muchacho no pudo evitar girar su cabeza una última vez y echar un vistazo al inicio de las escaleras. En efecto allí seguía la puerta; un poco más lejos que antes pero podía observarse con bastante claridad. Cuando regreso su vista al frente pudo ver una enorme puerta tallada de forma maravillosa, con intrincados diseños y patrones geométricos.

Odette colocó la antorcha que sostenía en uno de los apoyos junto a la puerta y la abrió. El ancho pasillo que apareció detrás de ella estaba completamente iluminado por braceros ornamentados colocados a dos metros el uno del otro a lo largo del gran túnel. La chica, con un movimiento de su mano, lo instó a seguirla y, sin basilar, él comenzó a caminar tras ella.

No sabía porque, pero la inseguridad y desconfianza que sintió en un inicio había desaparecido. El delicioso aroma que flotaba en el aire lo tranquilizaba como si se tratara de un hechizo y la calidez de las llamas en los braceros lo hacía sentir a salvo. Odette giraba el rostro cada cierto tiempo y le sonreía levemente, una sonrisa que decía: tranquilo ya estamos cerca.

Y al parecer su amiga no estaba mintiendo. Luego de avanzar unos cuantos metros, William logró distinguir una habitación al final del pasillo. El lugar se componía de una estructura circular; era amplio con un techo curvo parecido a la cúpula de una catedral; las columnas seguían la misma forma de la curvatura (algunas se entrecruzaban entre sí); y había tres largos pasillos similares al que acababan de recorrer Odette y él. En las paredes había

muchos recuadros pequeños con cajas de madera en ellos apoyadas en asientos de diferentes hojas, ramas y hierbas colocadas como si fuesen pequeños nidos. Pero, sin duda, lo más curioso de la habitación era la mesa de piedra en el centro tras la cual se encontraba sentada la anciana que el chico había conocido en el comedor.

Nana Odenson estaba sentada en su silla de madera, tan inmóvil, que por un momento William se preguntó si seguía en este mundo. Odette se colocó frente a la mesa de piedra y se inclinó brevemente ante la anciana para luego decir:

—Ya estamos aquí. Solicitamos audiencia con el sabio guardián de esta tierra.

—¿Que buscan del guardián? pequeña— pregunto Nana.

—Repuestas a las preguntas del joven William.

La anciana guio su vacía mirada hacia el muchacho a quien le habían empezado a sudar las manos por los nervios. Sin duda esa familia tenía un talento singular para hacer que se inquietara. Sentía como si esos ojos vacíos y nublados pudiesen escudriñar su alma, como si estuviesen viendo todo en él. Pero, a pesar del escrutinio por parte de la anciana, no sintió miedo, solo una creciente expectativa que comenzaba a opacar su nerviosismo.

La mujer asintió una vez y aparto sus ojos de él, dio una palmada en la mesa de piedra. El sonido de su mano al chocar contra la dura superficie se propago por todo el lugar, provocando que el eco al rebotar en las paredes susurrara como si se tratara de voces antiguas recitando un viejo verso. Cuando el sonido ceso Asger y Eberhard Odenson aparecieron por uno de los pasillos del salón. Los hombres llevaban en sus manos dos grandes libros: el libro que Asger había sacado esa tarde de la librería y un libro blanco que no reconoció.

Cuando ambos hombres colocaron los libros sobre la mesa un manchón oscuro cruzo la habitación y se posó en medio de está viendo al chico fijamente. Ula, la lechuza de Nana, giro su cabeza sin dejar de ver al chico y profirió un pequeño chillido. Odette se giró y le dijo a su amigo:

—Te está pidiendo el libro... en tu mochila, Bill. Ya puedes sacarlo.

William se estremeció como si lo hubiesen despertado de algún sueño. Giro su cabeza y noto que aun llevaba su mochila en la espalda— ¿No la había

soltado en todo el tiempo que estuvo en la casa?

Ante las miradas de los presentes, William se apresuró a pasar su bolso hacia adelante. En el momento en que abrió el bolsillo más amplio Ula agito sus alas y dio un ligero salto hacia atrás. El chico extrajo el pesado libro de cubierta de madera verde tallada con patrones tejidos.

El muchacho contemplo el ejemplar por un momento y luego levanto su vista hacia su amiga, preguntándole con la mirada qué era lo que debía hacer. Odette dio un paso atrás y señalo la mesa con su mano. En ella estaba los otros dos libros dispuestos ligeramente hacia la izquierda, frente a Nana. William, con sus manos frías y un poco temblorosas, dio dos pasos al frente y coloco el libro justo frente al lugar que la lechuza había ocupada hacia un segundo atrás: a la derecha de los otros dos.

Se encontraba alejándose de la mesa cuando pudo distinguir el sonido de unos leves pasos a su espalda. Giro su cabeza y se encontró con el rostro sonriente de la abuela, quien llevaba una especie de velo blanco entre sus manos.

—Dame eso, niño— comenzó a decir la mujer mientras estiraba la mano hacia la mochila de William para luego depositarla en el suelo del pasillo a su espalda.

Luego de dejar la mochila, la abuela Odenson se dirigió hacia su madre y le coloco la vaporosa tela cobre la cabeza de modo que esta cayese por sus hombros a los costados de la silla. Odette se mueve rápidamente y se coloca junto a su amigo para decirle en susurros:

—Esta es la cripta de nuestra familia, Bill. Aquí pasan cosas que solo has imaginado gracias a alno de tus libros. Pero no tengas miedo, todo estará bien.

Y por más que el chico se esfuerza por sentirse inquieto o temeroso, no lo conseguía. El olor que inundaba la cripta era sublime, embriagador y relajante; lo hacía sentir seguro.

De pronto las voces profundas de los hombres Odenson comenzaron a retumbar en las paredes de la cripta entonando una melodía a capela en un idioma totalmente desconocido. William sabía que era un idioma distinto y no uno de los dialectos que aún no dominaba porque todo era distinto, desde la pronunciación y el asentó hasta la composición de las frases; simplemente, no

podía encontrar referencia alguna.

La abuela Odenson abrió el gran libro blanco mientras dejaba a Ula posarse sobre la cabeza de Nana. La abuela comenzó entonces a recitar un pasaje del libro —quizá en el mismo idioma en el que cantaban los hombres— con voz clara y sin titubear. Se dirigió hacia una de las paredes del fondo y extrajo una de las cajitas de madera de uno de los agujeros y, junto a ella, tomó las plantas en las que esta reposaba.

Aun recitando y sin dejar de cantar, la abuela le hizo un señá a Odette para que esta se acercara. La chica comenzó a leer el libro blanco mientras la mujer se unía al canto de los hombres.

William no podía siquiera pestañear, sentía que si apartaba la vista por tan solo un ínfimo segundo se perdería de una hora entera de su vida. Sus ojos pasaban inquietos de las manos de la abuela a la figura de Nana, quien había cubierto su rostro con parte del velo, mientras la lechuza batía suavemente sus alas sobre ella.

La abuela se movía con elegancia y precisión: había abierto la pequeña caja llena de cenizas y había esparcido un poco de ellas por encima de la mesa, justo entre Nana y los libros. Tomó una trenza plateada que estaba colocada alrededor de la caja de madera y soltó unas cuantas hebras; las delicadas ramas de pino que estaba debajo de la caja fueron colocadas en un círculo junto con algunas ramas de laurel y una extraña flor blanca que William no había visto aparecer. Tras un chillido de la lechuza, un crescendo en las voces de los cantantes y las últimas palabras que Odette pronunció con fuerza arrolladora, la abuela hizo arder el pequeño arreglo de hierbas en la mesa haciendo que este desapareciera en un segundo dejando tras de sí una larga hilera de humo blanco y un destello que segó al joven por un instante.

La cripta quedó en silencio. En total y sepulcral silencio. Luego de parpadear un par de veces para volver a enfocar su desenfocada vista se percató de que los Odenson estaban de rodillas ante la mesa de piedra; el aire olía a flores, viento del norte y a paz. Cuando levantó su vista hacia donde debería estar Nana se encontró con una figura femenina muy alta de pie junto a la silla de la anciana, sin embargo, esta última no estaba en ninguna parte.

La alta figura llevaba sobre su rostro el velo que la abuela le había colocado a su madre. Sin embargo, a su espalda no se extendía la vaporosa tela blanca que había visto en el principio, si no que la cubría un gran capa de

plumas rojizas.

William sintió que su respiración le fallaba. Un estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza cuando la larga y lozana mano de la mujer se dirigió hacia su velo para alzarlo. Cuando la fina tela descubrió el rostro William logro identificar por fin el olor que desde el inicio se encontraba alojado en la cripta: Laurel.

8

El muchacho miraba absorto el pálido rostro del ser que estaba frente a él. No podía ser humano, simplemente no podía. Sus facciones delicadas eran muy parecidas a las ya conocidas entre la familia Odenson. Sin embargo, sus ojos. Sus ojos eran diferentes. Eran grandes de un color oscuro como la obsidiana y destellaban un brillo místico que denotaba paz y, a la vez, poder. Su cabello era rojo y el velo que había cubierto su hermosa y sobrenatural belleza estaba sujeto por una fina corona hecha de gemas que refulgían como estrellas, talladas en forma de ramas de laural.

William se encontraba tan impresionado que no noto como la sublime figura se movía hasta que estuvo frente a él.

—Te saludo, William Arthur. Hijo de Vera, hija de Pharan. Yo soy el Antiguo Guardián de esta tierra. —comenzó la mujer para luego girar su rostro y ver a la familia Odenson de rodillas—. De pie, defensores del círculo. Entre guardianes no hay por qué inclinarse.

Los Odenson se levantaron y se colocaron junto al chico para así también estar frente a la mujer. William pudo fijarse en que la mujer era realmente alta ya que incluso sobrepasaba, por unos centímetros, al patriarca Odenson.

El hombre dijo unas cuantas palabras en ese extraño idioma que había usado unos momentos antes. Ese simple hecho hizo que William saliera un poco de su asombro, lo suficiente como para poder hacer que su garganta produjese sonidos otra vez:

—Gu-guardián... ¿cómo es que puedo entenderla?

—Puedo hablar cada lengua de este mundo, William. Veo todo lo que es ahora; todo lo que está pasando... donde sea. Y se ahorra debes hacerme preguntas muy importantes, pero no puedo responderlas hasta que salgan de tus labios.

El chico solo atino a boquear como un pez fuera del agua sin entender del todo. ¿A qué preguntas importantes se refería? ¿Qué quería decir con lo de “guardián de esa tierra”? ¿Qué había pasado exactamente? Estaba tan aturdido que de su boca salió la pregunta más trillada de la historia:

— ¿Quién es usted?

El ser le sonrió ligeramente para luego contestar con sencillez:

—Soy el antiguo guardián de esta tierra, William. Quien aconseja y sirve al gran rey de los bosques, quien le informa de cada una de las cosas que suceden más allá del mismo.

— ¡¿Qué?! ¿Un rey? Pero... pero que...—Antes de que el muchacho pudiera continuar, la mujer levanto su fina mano para acallarlo.

—Debo disculparme. Pero no tengo permitido hablar del pasado, solo del presente. Mi tiempo aquí es limitado, por eso, te ayudare a encontrar las preguntas correctas.

William, absorto, giro su cabeza en dirección a Odette, pero se dio cuenta que esta tenía sus ojos cerrados y movía los labios sin emitir sonido alguno, igual que la abuela. Los hombres parecían hechos de mármol: estaban de pie ante la singular mujer, suplente viéndola con algo parecido a la devoción plasmado en sus rostros.

—Veo una gran ave negra, William. — continúo diciendo la pálida dama—. Veo murciélagos bastante singulares y... veo sangre.

Como si de un mecanismo de resorte se tratar, William se sobresaltó recordando lo que había pasado esa misma mañana: Los Kind bañados en su propia sangre; el enorme buitre del tejado; la horrible sensación que tuvo cuando encontró a los hermanos Odenson cerca de los árboles de laurel; el libro que no logro responder sus preguntas... ¡sus preguntas!

— ¿Qué son esos murciélagos enormes? — suelta lo primero que se le ocurre.

—Pues, no son murciélagos...— dice la mujer con voz solemne— son seres bañados en oscuridad y odio. Que codician el poder y cuyo único propósito es destruir a los demás seres que caminan sobre este mundo.

— ¿Por qué?

—Venganza. Por lo que alguna vez un gran rey le arrebató.

William pensó un momento y luego volvió a hablar:

— ¿Qué sucede con el laurel? lo veo en todas partes y... ¿qué paso con la rama que Odette me dio? Se prendió en fuego dentro de mi mochila.

—El laurel es la mejor forma que tiene un humano para protegerse de estos oscuros seres. Si una rama es otorgada por un iluminado, esta protegerá al portador. Si la rama se calcino, es porque estuviste a punto de morir.

— ¡¿De morir?! Pero...

—Solo necesitan un toque, William. —Sentencio la dama pelirroja.

El chico suspiro pesadamente. Un malestar se había plantado en su estómago y hacia que se sintiera débil. Sentía su pecho apretado y la mente embotada. Esa mujer que había encontrado en la casa de los Pauls era uno de esos seres, ya no le cabía duda.

Tomando una profunda respiración continuó:

—Bien... si usted puede verlo todo... ¿Cómo están los Pauls y los Kind? ¿Qué fue lo que les paso?

—Una vez uno de estos seres entra en una morada, es tarde. Esas familias fueron elegidas para alimentarlos, se nutren de su alma a través de la sangre que derraman. Una de las pequeñas de la primera familia no lograra pasar de esta noche. Mientras más de los tuyos caigan, más fuertes se harán ellos.

—Pero... ¿Cómo es que aparecieron?

—William... dime algo— comenzó a decir la dama— ¿Cómo es que terminaste aquí, ahora?

—Disculpe, no comprendo.

— ¿Cómo es que los Odenson de pronto te dieron un libro de la biblioteca familia? ¿Cómo es que los guardianes decidieron traerte el lugar más sagrado de esta tierra y presentarte ante mí sabiendo que cada vez que aparezco debo tomar un poco de la vida de cada uno de ellos?

— ¡¿Qué?! —Contesto el muchacho con una mirada de confusión y algo de miedo—. Yo... no lo sé. Esto es muy raro para mí. Siquiera sé si este momento es real. No tengo idea de cómo acabe aquí.

La mujer lo vio de forma tierna al comprender lo confundida que estaba la mente del muchacho. Podía sentir su creciente inquietud, sus dudas... su miedo. Desvió su mirada ligeramente hacia Odette, quien seguía de pie junto a su hermano mientras observaba su amigo.

Odette logro captar la mirada que la dama le dirigió y la entendió de

inmediato: ya podía hablar ante ella.

—Bill— Comenzó la chica mientras daba un paso hacia su amigo—. ¿Recuerdas esa tarde en que me estabas contando a cerca de ese libro de la mujer de tacones rojos?

William asintió ligeramente con su mirada fija en el suelo. Suspirando. Odette prosiguió:

— ¿Qué detuvo tu lectura esa noche?

—Un golpe en la ventana. Un... fue un murciélago, por eso me diste el libro.

La chica asintió con una ligera sonrisa.

—Sabías que eran desde que te lo dije— Afirmo el joven viendo fijamente a su amiga—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Sabía que no me creerías si te lo decía y... querías comprobar algo.

— ¡¿El qué?!

—Vinieron por ti, William— Asevero la dama de blanco.

El chico dio un paso atrás horrorizado. Miro a la dama a los ojos fijamente y, con la voz un poco rota, pregunto.

— ¿Por qué a por mí?

Luego de un ligero silencio, la dama respondió.

—Por tus venas corre sangre valiosa. Sin embargo, al no poder llegar a ti, decidieron que sariá el mismo resultado si usaban a mas humanos. Solo que tardara más.

— ¿Qué tardara más? —Pregunto el chicho alzando la voz.

La dama lo observo brevemente y luego se dirigió a los mayores de los Odenson:

—Mi tiempo aquí ya ha acabado. Lo último que puedo decirles es que tienes razón, Asger: Los árboles se marchitan.

Luego de decir esto, William giro su rostro para ver que Asger y su padre se había tensado levemente y sus expresiones serias e impenetrables habían adquirido un tinte de desesperada preocupación. La dama frente a ellos se dio la vuelta hacia la mesa de piedra donde aún reposaban los libros. Tomo

el libro verde entre sus pálidas y largas manos lo sostuvo frente al joven Jackson.

—Ten esto— dijo la mujer mientras colocaba el pesado tomo en las manos del chico, al tiempo que, con un movimiento delicado de su mano derecha, hacía que el seguro que tenía el libro se abriera sin necesidad de una llave—. Por ahora, es tuyo. Cuando sea momento sé que regresara a su lugar...

La mujer se giró nuevamente hacia la mesa y tomo el libro negro para colocarlo en las manos de Asger. Luego, comenzó a hablar de nuevo es la lengua que habían usado los Odenson para llamarla. Cuando la dama termino de hablar un tenue brillo blanco ilumino la frente de los hermanos Odenson quienes hicieron una ligera reverencia.

William observaba como la dama se sentaba de nuevo en la silla tras la mesa de piedra con el libro blanco abierto ante ella. La mujer le dirigió una última mirada y, mientras bajaba su velo blanco, le dijo al muchacho:

—Protege tu hogar, William. No confíes en nadie que salga del bosque.

William quería preguntarle porque decía aquello. Sin embargo su garganta no quiso produje sonido alguno mientras veía como la delicada mano de la mujer comenzaba a cerrar el gran libro blanco.

Cuando el libro se cerró produjo un eco que se esparció por cada rincón de la cripta. Solo basto un pestañeo para el chico viera a Ula posada sin más sobre el hombro de la mujer sentada en la silla. Los Odenson dejaron escapar un ligero suspiro. Eberhard se dirigió hacia la mujer en la silla y le aparto el velo del rostro. William se sorprendió al descubrir el anciano rostro de Nana bajo la tela blanca. Lucia cansada y mantenía los ojos cerrados, como si estuviese dormida. El señor Odenson comenzó a mover la silla de ruedas y a salir de la habitación mientras la abuela tomaba el libro blanco y lo seguía.

—Debemos comenzar lo más pronto posibles, Odette—. Escucho decir a Asger—. Si se hacen más fuertes el círculo no resistirá.

Vio cómo su amiga asentía brevemente y se dirigía a él, que seguía de pie frente a la mesa de piedra, sin moverse, casi sin respirar. La confusión, la preocupación y el miedo comenzaban a arremolinarse dentro de él dándole la bienvenida a una extraña tristeza. Cuando sintió que su amiga colocaba su delicada mano sobre su hombro, pudo hablar de nuevo:

—Es mi culpa, Odette. Ella lo dijo: me querían a mí. Pero... ¿Por qué?

—Tranquilo, Bill. Quizás ese libro tenga la respuesta. Pero ahora debemos evitar que se hagan más fuertes.

El chico asintió de manera ausente. Cuando levanto su rostro se dio cuenta que solo quedaban ellos dos en la habitación así que dejó que su amiga los condujera a la superficie.

Llevaban unos minutos avanzando por el túnel de la cripta. Caminaban despacio y William apretaba el libro verde contra su pecho. Lo sentía seguro, como un ancla que lo mantenía atado al hecho de que todo lo que había pasado en la habitación a su espalda era real. Jamás imagino que ese libro, que había cargado toda la tarde en su mochila, lo haría sentir así de seguro en ese momento.

—Un segundo— pensó joven deteniendo su andar—. Traía mi mochila cuando bajamos. ¿En dónde está?

William Jr. giró su cabeza hacia el final del pasillo que estaban atravesando y recordó que la abuela Odenson había dejado su mochila en la entrada de la habitación, recargada en una pared.

— ¡Odette, espera! —dijo cuando vio que su amiga había seguido su camino—. Deje mi mochila en la habitación. Debo ir a buscarla.

La chica se giró hacia él y un poco dudosa contestó:

—De acuerdo. Te esperare aquí. Date prisa, debemos regresar cuanto antes.

William, aun con el libro entre sus brazos, comenzó a correr de regreso a la habitación de la mesa de piedra. A medida que avanzaba le pareció que las llamas de los braceros despedían menos luz. El aire se comenzaba a volver sofocante extrañamente húmedo y frío. Cuando llegó por fin a la entrada de la habitación tomó una gran bocanada de aire para regular su respiración y se agachó frente a su mochila dispuesto a guardar el libro. Estaba a punto de comenzar a cerrar la cremallera del bolsillo más espacioso cuando le pareció ver que una de las antorchas en las paredes de la habitación se apagaba. Giró su cabeza hacia todas direcciones de manera rápida y se fijó que, en efecto, la antorcha que estaba justo a su espalda se había apagado.

Observo el lugar una vez más antes de continuar con su mochila, pero cuando estaba a punto de echársela al hombro escucho un leve susurro. Sintió que algo pasaba de prisa junto a él. Su corazón dio un salto y sus piernas

respondieron solo para hacerlo caer sentado en el frío suelo de piedra. Su respiración comenzaba a atorarse en su garganta y su pulso se aceleraba demasiado rápido. No sabía de dónde venía esa sensación de inseguridad. Hacía escasos minutos que había estado en ese mismo lugar y no se sintió de esa manera.

Solo cuando la antorcha que estaba frente a él se apagó súbitamente fue que logro reaccionar. Tomo su mochila y comenzó a ponerse de pie lo más rápido que podía. Se dio la vuelta para comenzar a correr hacia donde se había quedado Odette esperándolo, pero al hacerlo, sintió como lo arrojaban al suelo tomándolo del cuello de su camiseta.

El golpe contra la sólida roca hizo que sus pulmones soltara el poco aire que trabajosamente había logrado obtener. Una larga sombra se coló frente a él evitando que se levantara. William trataba de zafarse del agarre fuerte agarre que lo sometía. Trataba de gritar pero su voz pareció escapar de pronto.

—No podrás detenernos...— comenzó a decir una voz áspera y cruel que parecía emerger del ser que estaba sujetándolo—. El círculo esta por romperse... cuando el lauro se marchite entraremos... todos aquellos que alguna vez nos retuvieron pagaran... será tu propia sangre la que lo lograra...

La sombra se desvaneció de pronto y, por fin, de la garganta del chico surgió un estridente grito que inundo la cripta por completo. Una risa cargada de odio le retumbaba en los oídos lo hacía desorientarse y perder el equilibrio cada vez que intentaba ponerse de pie.

El sonido de unos pasos lo hicieron retroceder hasta toparse con la mesa de piedra a su espalda. Apretaba su mochila fuertemente contra su pecho mientras cerraba sus ojos y sentía su corazón latir en sus oídos. Sin embargo, el sonido de su nombre dicho por una voz conocida logro hacer que respirara de nuevo.

Odette había escuchado a su amigo gritar desde el interior de la cripta de su familia y sin dudarle un instante comenzó a correr hacia él. No tenía idea de que había ocurrido para hacer que el chico se apretujara contra la mesa de piedra en medio de la habitación.

— ¡Bill! ¿Qué paso? —dijo mientras se arrodillaba frente al joven.

— ¡Está aquí, Odette! — comenzó a decir el chico desesperado con la

voz ligeramente ahogada por el miedo—. Hay una de esas cosas aquí. El circulo de laurel no durara demasiado... vienen por mí. La mujer del velo tenía razón: quiere mi sangre...

—Tranquilo, William— dijo la joven mientras lo ayudaba a ponerse de pie—. Si uno de ellos estuvo aquí hay que decirle a Asger y a mi padre cuanto antes. Tenemos que salir ahora.

Odette tomo la fría mano de su amigo. Lo sintió tiritar incontrolablemente. Comenzaron a correr por el largo pasillo dejando atrás la habitación de la cripta. Cuando llegaron a las puertas, Odette las cerró lo más rápido que pudo y comenzó a subir las escaleras, con una antorcha en una mano y con la mano de William en la otra.

Cuando por fin salieron del cobertizo de piedra descubrieron que la noche se había vuelto singularmente oscura. Avanzaron sobre la hierba del patio trasero de la casa tratando de no hacer mucho ruido mientras observaban hacia todas las direcciones. Estaban a escasos cinco metros de la puerta de madera que daba entrada a la casa cuando descubrieron a Asger de pie frente a esta, con un arco cargado con una larga flecha de madera blanca listo para disparar.

Odette se detuvo inmediatamente al ver a su hermano apuntando directo al bosque. Y apretó con fuerza la mano de William, quien también se quedó estupefacto ante la visión de aquel hombre portando semejante arma de tiro.

—Entren... ahora— Dijo Asger con voz lúgubre. Sin embargo ambos jóvenes estaban paralizados.

Un escalofrío recorrió la espalda de William. Tenía la sensación de que lo observaban fijamente. Giro su cabeza lentamente en la dirección a la que Asger apuntaba la flecha. Solo logro distinguir un par de destellos amarillos como el fuego entre la penumbra; detrás de los árboles de laural. Y luego, el destello de una blanca dentadura.

— ¡ODETTE! —grito el hombre a su hermana y después de eso todo pasó demasiado rápido.

William sintió como era arrastrado por la joven que lo obligo a correr a toda prisa. Un destello naranja surgió desde el lugar al que Asger apuntaba. Vio como el hombre soltaba la flecha y un agónico grito se propago por toda la

zona.

Cuando entraron a la casa y el mayor cerró la puerta, los jóvenes perdieron la fuerza en las piernas y cayeron al suelo, agotados, aturcidos y asustados. William sintió su sangre helada y su enloquecido corazón tratando de bombearla por su cuerpo. Giro su mirada hacia su amiga y la descubrió jadeante y más pálida que de costumbre. Sin embargo, a pesar de lo mal que se veía, la chica fue la primera en hablar:

— ¡¿Que era esa cosa, Asger?!

—Uno de ellos— contesto el mayor dejando el arco cerca de la puerta y apoyándose pesadamente contra esta—. Aun no pueden pasar, pero ese estuvo muy cerca.

—Si entraron— dijo de pronto William—. Uno entro a la cripta. Me dijo... me dijo que el circulo se rompería pronto, que mi sangre lo lograría.

Asger lo observo en silencio. Eso no era posible. Y si lo era solo podía significar una cosa:

—Al parecer el Guardián de Alas Rojas se equivocó... no solo una de las niñas no sobrevivió la noche.— Finalizo el hombre abriéndose paso entre los abatidos chicos.

Luego de soltar un pesado suspiro, Odette se puso de pie y guio a William hasta una de las habitaciones libres de la casa. Le explico que había un baño al final del pasillo y que podía ducharse tranquilamente si quería. Antes de dejar al chico solo le dijo:

—Tranquilo, Bill. Mientras estés aquí, con nosotros, vas a estar bien.

El joven solo asintió levemente y le deseo a su amiga buenas noches.

Estuvo cerca de media hora sentado junto a la gran ventana, observando el bosque. El miedo le daba vueltas por el cuerpo y luego se acumulaba todo en su estómago. Decidió que era mejor darse un baño e ir a dormir.

Una briza helada le azotaba el rostro. Todo estaba en penumbras. Un par de ojos amarillos surgieron de pronto entre la impenetrable oscuridad. Una larga hilera de centellantes dientes se comenzó a formar en lo alto, justo debajo de los ojos amarillos. De los afilados colmillos empezó a brotar sangre y el ensordecedor grito de una mujer retumbo por el lugar. Conocía

esa voz... pero ¿de dónde? Entonces la voz grito su nombre de manera desgarradora y una saeta brillante surco la oscuridad y se clavó en medio de los gigantescos ojos amarillos. Mientras todo a su alrededor se derrumban la voz seguía gritando su nombre y, justo antes de que todo se disolviera, se dio cuenta de que esa voz la conocía demasiado bien.

De un salto, quedo sentado en la cama. Sudaba profusamente y su respiración era errática. Esas pesadillas cada vez eran más frecuentes. Dirigió su vista hacia la ventana y descubrió que el sol aun no salía. Suspiro agobiado y recargo su espalda del cabecero de la cama, pego sus piernas a su pecho y las rodeo con los brazos, permaneció con su barbilla sobre sus rodillas por un tiempo. Las emociones de la noche anterior aun lo aturdíán; si bien el Guardián había contestado algunas de sus preguntas, su aparición solo sirvió para generar más; y luego... luego esa sombra... ese ser a la orilla del bosque... Estaba tan concentrado en esos tormentosos recuerdos que no se fijó que su cuerpo había comenzado a temblar.

Solo cuando escucho el celular sonar dentro de su mochila cambio ligeramente su posición y se recordó que aun debía de ir a trabajar ese último día laboral de la semana.

Bajo de la cama lentamente y se dirigió a la cómoda sobre la que había dejado su ropa la noche anterior. Había decidido dormir en ropa interior debido al sofocante calor y, a pesar de que los Odenson le prometieron que estaría seguro allí, no pensaba abrir la ventana durante la noche. Tomo las prendas de vestir y se colocó solo el pantalón. Abrió la puerta de la habitación y, luego de ver a todas direcciones, camino por el largo pasillo hasta el baño.

Cuando regreso a la habitación se sorprendió mucho de ver a Odette esperándolo frente a la puerta de esta:

—Buen día, Bill. — comenzó a decir la chica—. Asger decidió que deberíamos acompañarte hoy a la librería. Si uno de ellos ha cruzado el círculo, quizás más lo hayan hecho.

—Si... de acuerdo— contesto William titubeante—. Ustedes son los que saben sobre esto...

Odette asintió levemente con su cabeza y se alejó un poco de la puerta para que William pidiera terminar de prepararse para el día. Sin embargo, antes de que el chico cerrara la puerta, la joven dijo:

—Puedes bajar a desayunar. Si bien no estamos trabajando en el restaurante por ahora, solemos levantarnos muy temprano.

William solo atino a verla con fijeza y asintió con su mirada un tanto ausente.

Cuando la puerta termino de cerrarse, el chico solo pudo recargar su espalda en ella mientras trataba de ordenar sus pensamientos. Odette acababa de mencionar que algo había cruzado el círculo, lo que significaba que los acontecimientos de anoche habían sido verdad. No habían sido parte del extraño sueño que lo atormentó hasta hacerlo despertar. Todo lo que había pasado el día anterior era cierto: los policías en la residencia; la sangre de los Kind; el enorme buitres; las ramas de laurel quemándose frente a él; la mujer en la cripta; el horrendo grito del extraño ser al linde del bosque... todo. Desde que inicio esa semana se había visto envuelto en acontecimientos, por demás, extraños y solo ahora lograba recordar las sensaciones que había sentido, y el miedo y el horror de todo comenzó a caerle encima.

La gente que conocía; los vecinos de la residencia; probablemente en ese mismo instante había alguien más siendo víctima de esos seres. Comenzó a imaginarse a la anciana Griffin, esa encantadora señora de voz aguda, en las mismas condiciones en las que estaba Marge Kind: con el rostro pálido, la sangre brotando de cada orificio de su cara y los ojos tornándose blancos y sin vida, para luego caer en un charco del vital líquido rojo.

Cerro sus ojos un momento para hacer desaparecer la imagen de su vecina, sin embargo, eso solo sirvió para traer a su mente al señor Hoffman gritando de manera agónica mientras se desangraba y miraba al cielo con ojos vacíos. De pronto apareció la señora Bachmarg gritando por ayuda; los Pullman se unieron también a su tormento.

— ¿Es mi culpa? ¿Por qué me quieren a mí? — Pensó.

William apretó aún más sus parpados y se sujetó la cabeza con ambas manos, tratando de acallar el coro de gritos de desolación que las voces de sus conocidos componían. Su respiración se volvió errática, su corazón latía tan de prisa que le hacía doler el pecho y sentía sus piernas débiles y agotadas. No sabía en qué momento comenzó a deslizarse hacia el suelo pero cuando quedo sentado en él, el tacto contra fría piedra le heló hasta el alma. En su cabeza comenzaban a brotar más voces desde la profunda oscuridad: Odette; los pequeños Gale y Gila; el señor Gundersen y su esposa; su padre y su

madre gritando su nombre mientras todo se volvía rojo.

Abrió los ojos. Una férrea determinación se instaló de pronto en su alma inquieta —tengo que ir a casa— se dijo—. Si esas cosas me buscan... querrán entrar a casa y... mis padres... no.

Se puso de pie de un salto. El movimiento fue tan brusco que perdió el equilibrio brevemente a causa de un leve mareo. Busco, algo desorientado, sus zapatos bajo la cama. Comenzó a ordenar su mochila (de la cual solo había sacado el teléfono celular de su padre) y se la hecho al hombro.

Estaba terminando de ajustar su cinturón cuando los golpes en la puerta lo hicieron sobresaltarse. Estuvo inmóvil durante un instante, con la respiración retenida y los músculos tensos en la misma posición, hasta que escucho la voz de Odette del otro lado:

—Bill... ¿ya estás listo? El desayuno ya está servido. Mi madre quiere que comas con nosotros.

William soltó el aire que había retenido y sacudió la cabeza, tratando de alejar los malos pensamientos que lo estaban atormentando. Terminó de ajustar su cinturón y se dirigió a la puerta.

Su amiga estaba de pie frente a la habitación. Lo veía con preocupación y algo que William no supo definir. Decidió sonreír para que el pesado ambiente que se había formado se descargara un poco.

—Ya estoy listo.— Fue lo único que se le ocurrió decir.

Odette asintió y se dio la vuelta para comenzar a andar por el pasillo.

Se mantuvieron en silencio en todo el trayecto desde las habitaciones a la cocina. La chica sabía que su amigo no había dormido bien, así que no hacía falta preguntárselo. En cuanto a William, no tenía idea de que decir y su mente estaba tan embotada que incluso tenía miedo de no poder saludar a los Odenson en cuanto los viera.

Cuando Odette abrió la puerta de la cocina el chico aguantó la respiración. Dentro solo se encontraban Maryn, la abuela, Asger y Eberhard Odenson, todos sentados alrededor de una mesa de madera redonda. William pudo notar como todos tenían la misma expresión preocupada plasmada en sus pálidos rostros.

—Buen día. — dijo el chico al entrar.

—Buen día, muchacho— contesto el señor Odenson por todos los presentes—. Siéntate, hay... algunas cosas que hablar.

El chico suspiro pesadamente para luego sentarse en la silla libre que había junto a Odette, justo frente al patriarca Odenson.

—Muy bien...— comenzó a decir el gran hombre rubio—. Sé que debes de estar confundido con respecto a lo que paso anoche en la cripta y, por lo que Asger y Odette me contaron, también debes de estar muy asustado por lo sucedido fuera de la casa. Sin embargo, las respuestas que necesitas no podemos dártelas nosotros, nos está prohibido hablar del pasado, así que solo podemos protegerte. Por eso mismo Odette y Asger estarán contigo durante el día. Anoche ellos fueron bendecidos por el Guardián para protegerte.

William dirigió su vista brevemente hacia los hermanos: Asger se encontraba sentado de manera solemne viéndolo con fijeza y mientras que Odette, junto a él, le sonreía ligeramente. Medito un poco la situación, recordando los pensamientos que lo habían atormentado hace unos minutos, hasta que finalmente dijo:

—Si Asger y Odette van a protegerme para que esas cosas no me hagan daño... ¿Quién va a proteger a las demás personas de la residencia?

Todas las miradas se centraron de pronto en él. Sin embargo, a diferencia de la cena de la noche anterior, no se sintió cohibido.

—William...— dijo Eberhard—. No puedo asegurarte que estarán bien. Hemos estado haciendo lo posible por protegerlos desde que Odette nos dijo lo de los murciélagos. Sin embargo, esta es una lucha que debe llevarse en silencio. No podemos de pronto presentarnos ante las personas del pueblo, mucho menos ante las de la residencia, y decirles que esas familias fueron atacadas por hechiceros oscuros. No, debemos actuar como los nuestros lo han hecho desde hace cientos de años, desde que la magia y la alquimia se convirtieron en algo prohibido e inaudito.

»Sé que es difícil para ti, que le tienes aprecio a esas personas, así que trataremos de proteger a cuantos podamos. Por eso, Odette te acompañara a casa esta noche y, si tus padres están de acurdo, deberá quedarse hasta el amanecer. Deberá realizar un ritual alrededor de tu hogar para que esas criaturas no entren y, si lo intentan, se consumirán en cuanto toquen las puertas o ventanas.

William lo pensó. No estaba seguro como un ritual realizado en su casa podría proteger al resto de los habitantes de la residencia, pero asintió sin más.

Luego de unos instantes de silencio, la señora Odenson se levantó y fue a buscar la comida para el desayuno; Odette la ayudo a servir a cada uno de los que estaba sentados. Cuando la mujer estuvo junto a William, después de dejar su plato frente a él, le dijo:

—Dame tu mano, cielo.

El chico solo levanto el brazo sin hacer preguntas y observo a la mujer. La vio colocar un delgado brazalete tejido en su muñeca, el cual desprendía un agradable aroma. Lo estuvo observando detenidamente por un rato hasta que la mujer le explico:

—Está hecho con piel de un animal muy singular... y con algunas hiervas que esos seres oscuros no toleran; laurel en gran parte.

El chico le dio las gracias y acerco el brazalete hacia su rostro para aspirar el relajante olor del laurel y tratar de calmar la incertidumbre que le retorció el estómago.

Luego de desayuna, el señor Odenson y la abuela acompañaron a William y a los hermanos a la puerta. La abuela bendijo a cada uno de la misma forma que lo había hecho la noche anterior. Eberhard apretó el hombro de su hijo mayor y le dedico algunas palabras a las cuales Asger solo asintió. William dio las gracias por su hospitalidad y por todo lo que habían hecho por el esa noche, para luego despedirse agitando ligeramente su mano.

Cuando llegaron a la entrada de los terrenos de la casa Odenson, el chico no pudo evitar ver hacia atrás. El lugar lucia muy distinto a la tenue luz del alba: los braceros y las antorchas estaban apagadas y las sombras de los árboles se alzaban amenazantes. Aunque esto último podía deberse a la creciente incertidumbre de por donde se encontraban rondando esa cosas que trataban de entrar al pueblo.

Ya habían bajado la pendiente que conducía a la gran casa cuando William se dirigió a Odette:

—Odette... sé que, con todo lo que ha pasado, ya debería tener claras la mayoría de las cosas, pero... cuando hablan del círculo que se rompe ¿a qué se refieren exactamente?

La chica lo observo por un momento mientras seguían caminando tras Asger. Y, después de suspirar, le dijo:

—Mira allá, Bill— dijo ella señalando hacia el huerto de calabazas—. Ahora, mira hacia allí— le indico la, aun algo lejana, plaza del pueblo frente a ellos—. Sé que abuela te conto una vez que esos árboles de laurel fueron plantados por los antiguos Odenson cuando llegaron aquí. Ese es el círculo, William. El círculo de laurel. No son simples plantas, están bañadas en magia antigua que fluye desde sus viejas raíces hasta sus hojas para proteger todo Howl... aunque ya nadie crea en la magia, ella siempre está allí para proteger este mundo... nosotros estaremos aquí.

William solo pudo mantenerse en silencio, para luego observar cada árbol de laurel que tuviese cerca. Se veían secos, no parecían los mismos árboles que había visto su primer día en el pueblo hacia poco más de un año. —Es eso, ¿cierto? —se dijo a si mismo—: los árboles se han empezado a marchitar desde que esas cosas merodean cerca del pueblo... desde que yo llegue a la residencia.

Continuaron caminando en silencio por un rato más. Cuando llegaron a la librería de los Gundersen aun las campanas de la capilla del pueblo no daban las 7:00; faltaban unos veinte minutos para que el señor Gundersen llegara junto a su esposa.

William engancho su bicicleta al soporte mientras que Odette se recargaba del poste de luz más cercano. Cuando el chico termino de asegurar su bici se percató de que Asger (el tranquilo y frio Asger) parecía extrañamente inquieto mirando fijamente el bosque al final de la calle. El chico sentía curiosidad, sin embargo, no quería mirar en la misma dirección en la que veía el hombre. Para ser honestos, el bosque le estaba causando un miedo atroz.

No paso mucho tiempo para que el señor Roger y la señora Elinor abrieran la puerta de la tienda desde adentro y los hicieron pasar saludándolos animadamente. Ahora que lo notaba, William se percató de que los Gundersen no trataban a los Odenson como los demás habitantes del pueblo. Veía como Roger compartía algunas palabras con Asger de forma cordial, podría decirse que eran amigos de años. Eso le sorprendió.

Los dueños de la librería no tuvieron inconvenientes cuando Asger les dijo que era importante que Odette se quedara con William todo el día.

—Bueno— dijo Roger Gundersen—, tendremos otra pequeña asistente por hoy. Se dé buena fuente que Odette es muy amigable. Los clientes quedarán encantados con ella. —Finalizo el enorme sujeto mientras tomaba la mano de Odette y la apretaba suavemente, haciendo reír a la chica.

—Bien— dijo Asger con su típico tono frío y seguro— sé que están bien a tu cargo, Roger. Yo debo ir a... tratar de solucionar algunas cosas—. Finalizo el rubio mientras sacaba de su chaqueta negra el gran libro verde que el Guardian le había entregado la noche anterior.

William se percató que la mirada de los Gundersen cambio casi imperceptiblemente. Se vieron preocupados y... asustados.

Roger colocó sus grandes manos en los hombros de los chicos y se dirigió de nueva cuenta a Asger:

—Bueno. Te deseo la mayor de las suertes.

El rubio asintió, pero antes de salir se inclinó frente a su hermana y junto su frente con la de ella, para luego susurrarle algo en ese idioma que William no identificaba. Odette se sujetó al cuello de su hermano y le dio un fuerte abrazo para susurrar:

—Hazlo rápido y vuelve a casa pronto. Yo iré con William. Estaremos bien.

Los hermanos se separaron y el mayor se giró hacia William. Colocando una mano en su hombro y dirigiéndole una fría mirada color acero, le dijo:

—No confíes en nadie que venga del bosque.

Y Sin más que agregar, el hombre salió de la tienda.

9

Estuvieron todo el día en la librería de los Gundersen. La señora Elinor les había ofrecido algo para almorzar, pero William se negó a aceptar la comida si ella no aceptaba que él pagara. Luego de un tiempo la mujer aceptó el pago con condición de un descuento por ser empleado y William estuvo conforme.

Después del medio día las horas se hicieron pesadas. Había menos clientes en las tardes y, con ayuda de Odette, habían terminado las tareas impuestas demasiado rápido.

Eran cerca de las tres de la tarde cuando Odette lo llamó desde la sección de los estantes negros. William dejó el pequeño libro de cocina que estaba hojeando para pasar el rato y se dirigió a prisa hacia su amiga.

Al llegar al fondo de la sección, el chico encontró a la joven de rodillas con un gran libro negro en las manos. La chica le indicó que se acercara y se sentara a su lado mientras ella pasaba las páginas rápidamente.

—Mira, Bill— dijo mientras señalaba una de amarillentas y gastadas páginas en las cuales estaba plasmado con tinta negra una gran lechuza que sujetaba un pergamino entre sus patas rodeada por un triángulo. William lo reconoció como el escudo de la familia Odenson—: Este escudo es muy antiguo, Bill. Representa a todos los Odenson. La lechuza de alas rojas es el símbolo del Guardián que consiste anoche. Ve todo lo que sucede con sus enormes ojos. Y nosotros somos su sangre.

El chico la miró asombrado:

—Quieres decir que los Odenson en verdad son descendientes de los Dioses del Norte.

—Algo así— contestó Odette titubeante y sonrojándose un poco—. Pero lo que en verdad quería enseñarte es esto— la chica avanzó unas cuantas páginas hasta llegar a una que tenía por dibujo una extraña y alargada mancha negra—: Si nosotros descendemos del Guardián de Alas Rojas, los seres que están causando estragos en la residencia descienden de esto: un nigromante.

William sintió un escalofrío recorrerlo de pies a cabeza. Si bien él había leído innumerables libros de fantasía que describían a los nigromantes,

jamás pensó que un ser tan malignamente poderoso pudiese existir.

—Pero... —comenzó a decir el chico, inseguro—. No es posible, Odette. Los nigromantes son solo personajes de historias de fantasía.

—William... después de lo que has visto y de lo que te hemos revelado, ¿aun crees que la magia solo se encuentra en libros de fantasía?

El joven observó a su amiga detenidamente. La chica tenía una mirada segura y fría, muy similar a la de su hermano mayor, por lo que a William ya no le quedaron más dudas: si Odette y los Odenson decían que los nigromantes y las brujas espectrales existen, entonces es verdad.

William trago grueso y dirigió su mirada de nuevo a las amarillentas páginas del libro negro. Luego de un momento, su amiga le pidió que buscara algo de papel y lápiz:

—Este es uno de los mejores grimorios que se han escrito. Debo copiar unas cuantas cosas que creo podrían servir.

Cuando la joven terminó de explicarse, el chico salió de la sección rápidamente y le pidió al señor Gundersen una hoja de papel y una pluma. Con el pedido de Odette en la mano, el chico volvió a toda prisa con su amiga.

Odette movía su mano de forma rápida sobre la hoja, tratando de copiar tanto como pudiese. Estaba terminando de escribir las últimas letras de lo que parecía ser un ritual con sal, cuando la voz del dueño de la librería los hizo saltar.

—Muchachos, aun no es hora de cerrar pero... debido a...— el hombre pareció nervioso de pronto mientras caminaba por el pasillo que daba a la sección de los estantes negros. Y cuando se situó frente a los chicos solo pudo soltar un pesado suspiro y continuar diciendo—. Creo que ya deberían de irse. Sé que van a la residencia y no quisiera que se les hiciese tarde.

Odette asintió suavemente mientras cerraba el pesado libro y lo devolvía a su lugar.

Una vez fuera de la sección, William buscó su mochila y guardó las hojas de papel en las que su amiga había copiado algunos pasajes del libro. Se despidieron de la señora y el señor Gundersen y salieron de la tienda.

William se encontraba desenganchando su bici del soporte para bicicletas cuando sintió que su mochila comenzaba a vibrar. Contrariado, la

bajo de su espalda y la coloco en el suelo de la banqueta mientras hurgaba en su interior en busca del teléfono celular. Un número desconocido brillaba en la pantalla. Dudo un poco pero, después de unos instantes, decidió contestar.

—Buenas tardas...— dijo con voz titubeante.

— ¡Hijo! —Se escuchó la voz de su padre al otro lado de la línea—. *Qué bueno que contestas. Estoy cerca de Howll. ¿Quieres que te recoja en cuanto salgas?*

William giro su rostro hacia su bicicleta y luego hacia Odette, quien se encontraba viendo al bosque con una expresión ausente y un tanto triste.

—Seria genial, papá...— le contesto a su padre—. Pero tengo mi bici aquí ¿crees que podamos subirla a tu auto?

—*Por supuesto, hijo. Llevo la camioneta, hay espacio de sobra en la parte trasera.*

—Bien... ¡papá espera! — exclamo el chico cuando su padre comenzaba a despedirse—. Estoy con mi amiga Odette. ¿Crees que pueda quedarse hoy en casa?

—*Yo no tengo problemas... pero deberías avisar a tu madre. Ya sabes, para que prepare la cena para uno más y decida donde dormirá. No creo que la habitación de huéspedes sea una opción*— finalizo Jackson padre riendo un poco divertido.

Era cierto, la habitación de huéspedes se había convertido en un pequeño almacén de cosas que debían donar. Sin embargo, con la renuncia de la asistente de hogar, su madre no había tenido demasiado tiempo para empacar y arreglar todo para enviarlo a donaciones.

—Claro, la llamare en seguida... si llegas antes al pueblo puedes pasar por la librería. El señor Gundersen nos permitió salir antes.

—*Muy bien. Estaré allá en unos minutos*— finalizo el hombre para luego cortaba la llamada.

William guardo el teléfono y regreso hacia su bici para terminar de desengancharla. Cuando estuvo listo se dirigió a su amiga, quien seguía en la misma posición que antes: su espalda recargada del poste de luz y su mirada perdida en el infinito mar de espesos arboles al final de la calle.

Habían pasado escasos dos minutos cuando Odette hablo:

— ¿Crees que este bien?

— ¿Quién? —pregunto el chico un poco confundido.

—Asger. Sé que es bueno en lo que hace, pero no puedo evitar sentirme inquieta... jamás habíamos tenido que enfrentarnos a esto.

William parpadeo un par de veces, aturdido— ¿De qué hablas Odette? — fue lo único que pudo gesticular.

—Cuando un Odenson llega cierta edad, el padre y los abuelos deben educarlo para enfrentarse a estos espectros, William. Pero... jamás, en casi quinientos años, un Odenson había tenido que enfrentarlos frente a frente. El círculo nos protegía y a todos aquí. Pero ahora que amenazan con romperlo... mi hermano está allí afuera... rondando al linde del bosque para intentar fortalecerlo mientras esas cosas merodean y se hacen cada vez más fuertes. — finalizo la joven con la voz levemente rota.

Las lágrimas comenzaban a bajar silenciosamente por las pálidas mejillas de la chica. William jamás pensó que vería a Odette llorando. Siempre fue una joven tan alegre que jamás considero esa opción. Se acercó un poco a ella y rodeo sus hombros con uno de sus brazos mientras la consolaba.

—Hey... tranquila, Odette. Si lo que vi anoche fue real; tu hermano disparando esa flecha y haciendo que esa bruja se consumiera. Creo que estará bien. Si tus padres lo prepararon desde pequeño seguramente ya ha logrado fortalecer el círculo. Probablemente esté en casa descansando.

Odette levanto su rostro hacia William. Pareció que quería decir algo, cuando el claxon de un auto se escuchó a sus espaldas. La camioneta blanca se su padre comenzaba a detenerse a unos metros de la entrada de la librería. Cuando vio a su padre bajar desde el asiento del conductor se le revolvió el estómago: había olvidado avisarle a su madre que Odette iría a casa a pasar la noche.

Estaban a medio camino de la residencia. William sostenía su nuevo teléfono un tanto alejado de su oído mientras trataba de razonar con su madre:

—Mamá, no te preocupes por donde dormiré. Yo puedo dormir en la sala y ella en mi habitación.

—Ese no es el punto. El punto es que no me avísate con antelación.

—Perdón, no planeamos nada de esto. Fue... algo de última hora— mintió el chico— están haciendo algunas reparaciones en su casa y... parece que es alérgica a los productos que están usando. No tiene otro lugar en donde dormir, sabes que la gente del pueblo no se lleva muy bien con los Odenson...

William odiaba mentir, extrañamente se le daba bien, pero odiaba hacerlo y más si era su madre a quien engañaba. Pero esta ocasión podía tratarse de un asunto de vida o muerte que Vera Jackson de jara a Odette quedarse a dormir.

—De acuerdo— dijo la mujer soltando un suspiro— porque es tu amiga y sé que es importante para ti... pero no lo vuelvas a hacer. Qué vergüenza, ni siquiera he pulido la platería. Bueno ya hablaremos de ello, estoy algo ocupada ahora.

—Claro, mamá. Nos vemos en un rato.

—Nos vemos, cielo—. Finalizo la mujer. Sin embargo, William pudo oír a su madre hablar de nuevo antes que la llamada se cortara y una segunda voz respondiéndole. Eso era extraño. Su madre no solía tener visitas.

Cuando el chico guardo su teléfono en la mochila se percató del inusual silencio que se había instalado en el auto. Giro su cabeza y descubrió a su padre viéndolo de reojo.

—Y bien... —comenzó a decir el hombre—. ¿Me vas a decir la verdad a mí?

William paso algo de saliva y giro su cabeza hacia el asiento trasero donde estaba Odette. La chica desvió la mirada rápidamente y se dedicó a contemplar el bosque a su izquierda.

—No creí que le mintieras a tu madre, William...

—Lo siento papá, —contesto el chico cabizbajo— Pero... era necesario.

—Si es tan importante, porque no me dices de qué va todo el asunto realmente.

—No me creerías si te lo dijera...

—Mmm... si lo que quieres es tener un poco de privacidad con... tu amiga, no veo nada que sea increíble— finalizo el hombre con una sonrisa.

— ¡¿Qué?! — gritaron los dos jóvenes al mismo tiempo.

Las mejillas de William se tiñeron de rojo mientras miraba a su amiga nervioso. La chica había ocultado su rostro entre sus manos mientras ahogaba lo que al chico le parecieron... ¿risas?

Vio de nuevo a su padre y lo descubrió riendo tendidamente.

— ¡Papá! Odette es mi amiga, no la veo de esa forma. ¡Por favor!

—Bill tiene razón, señor Jackson. —Dijo la chica, mientras taraba de contener la risa—. Es el único amigo que he tenido a parte de mis hermanos.

—Bueno, bueno— comenzó a decir el hombre al volante—. La verdad es que solo quería molestar un poco a mi hijo. Pero ya enserio, Bill: dime que te traes entre manos.

William comenzó a pensar en algo que pudiese tener que ver con la verdad. El ardor en sus mejillas comenzaba a bajar para ser remplazado con el leve frío de los nervios que anticipan a una mentira.

—Es un proyecto de alquimia... —dijo sin más—. He estado leyendo algunos libros sobre el tema... Odette me dijo que su familia alguna vez tuvo contacto con esta clase de cosas y que podía explicarme lo que no entendiera...

— ¿Alquimia? ¿Que no es lo que usan los magos en los libros de fantasía? — dijo Jackson padre después de un breve silencio.

—Aja...— contesto William con simpleza.

El hombre observo a su hijo detenidamente mientras el portón de la residencia se abría frente a ellos.

— ¡Ja! Muy bien hijo— dijo el hombre entre nuevas carcajadas— ya entiendo, son cosas de adolescentes. Ahora veo porque no se lo querías decir a tu madre. Mi esposa es bastante supersticiosa— dijo mientras veía Odette a través del retrovisor—. Solo tengan cuidado de no invocar ningún demonio o algo parecido.

El chico soltó un suspiro y se recostó pesadamente al espaldar del asiento; sabía que su padre reaccionaría así.

Al entrar a la residencia William padre dejo a ambos chicos frente a la casa mientras él se dirigía a guardar el auto en la cochera.

William no apartaba la mirada de su amiga y, gracias a eso, fue que logro notar como la joven se estremecía y miraba en todas direcciones.

—Bill... hay algo muy malo aquí. —Dijo la chica mientras se pegaba ligeramente a él.

—Tranquila. Ya pasara. Entremos a la casa rápido, ¿sí?

Odette simplemente asintió y tomo la mano de su amigo mientras avanzaban por el camino de piedra que dividía el jardín.

Una vez frente a la puerta, el chico se dispuso a sacar su llave para poder entrar, cuando sintió como la mano de Odette comenzaba a temblar. Giro su mirada hacia su amiga y la encontró tratando de regular su respiración agitada mientras movía sus labios. Parecía recitar algo, justo como lo había hecho la noche anterior en la cripta.

Un poco turbado, el muchacho introdujo la llave en el picaporte y, al girarla y comenzar a abrir la puerta, una repentina, desagradable y familiar sensación se apodero de él. Cuando levanto la vista y dio una de pasos al frente sintió como la mano de su amiga se cerraba dolorosamente alrededor de su brazo. La respiración de ambos se agito tanto que la sus gargantas dolían por el esfuerzo. El chico sintió como todo el calor era drenado de su cuerpo haciendo que su sangre se congelara y sus venas y su corazón punzaran, paralizándolo. Sintió a Odette fría y ligeramente tambaleante a su lado.

Justo frente a ellos, del otro lado del salón sentadas a la mesa, con un par de tazas de porcelana frente a ellas; estaba su madre, sonriendo delicada y despreocupadamente a una hermosa mujer de piel pálida y cabello negro, con un par de ojos amarillos que se clavaron en los recién llegados como estacas cubiertas en mortíferas llamas.

10

— ¡Oh, hijo! Ya llegaron. —Dijo Vera Jackson mientras se ponía de pie y caminaba hacia los jóvenes aun petrificados de terror ante la puerta de la casa—. Ella es la oficial Igorahg Veluactar. Está a cargo de investigar lo que ha pasado en la residencia— explica Vera mientras la oficial se coloca junto a ella.

—Así es, señora Jackson— Dijo la mujer con su melodiosa y dulce voz—. Debo admitir que ha sido todo un placer el poder hablar con usted. Es una pena que no tenga ninguna información sobre los acontecimientos— finalizó mientras veía a William de forma penetrante y burlona.

—Si, también fue un gusto conocerla. Chicos apártense de la puerta para dejar pasar a la oficial.

William sentía como si sus piernas pesaran toneladas; veía todo pasar en cámara lenta mientras recordaba su primer encuentro con esa mujer... en la casa de los Pauls... frente al bosque. Se apartó ligeramente de la puerta sin soltar a Odette ni un instante.

—Si podemos ayudarla en cualquier otra cosa solo háganoslo saber— Escucho William que decía su madre; no podía quitarle la vista de encima a esa mujer.

—No se preocupe, señora Jackson. Ya tengo todo lo que necesito— dijo la oficial de ojos amarillos, mientras extendía su mano hacia Vera.

— ¡No!... —Dijo Odette en un susurro ahogado para luego llevar sus manos a su boca, mirando con horror como las manos de las mujeres se tocaron.

William percibió la sádica y grotesca sonrisa que deforme por breves instante las preciosas facciones de la oficial. Un terror inimaginable se apoderó de él y deseo que esa escena solo fuera parte de otra pesadilla.

Cuando el apretón de manos entre las mujeres terminó, la oficial se giró brevemente hacia los jóvenes y dijo con una sonrisa:

—Mis compañeros y yo trabajaremos lo más a prisa que podamos para que no se derrame más sangre de la necesaria... así que tengan cuidado de

noche. —Dijo la mujer mientras sonreía y se acercaba a los chicos—. Un gusto verte de nuevo, muchacho—, le dijo a William mientras comenzaba a estirar su mano para estrechar la del joven. Sin embargo, se detuvo mirando la muñeca de este fijamente y sonriendo con un poco de cinismo se dirigió a Odette para susurrarle unas palabras en el mismo idioma que William había oído en la cripta—: *Kerriater durck, Valkaliar*.

William por un momento sintió que su amiga caería al suelo. La sujeto fuertemente del brazo mientras la chica temblaba cada vez más.

El joven observó detenidamente el rostro de la mujer frente a ellos y descubrió que sus ojos, antes amarillos como llamas, se habían vuelto completamente negros y despedían destellos color carmín, como si fueran lágrimas que se evaporaban al tocar la pálida piel; en sus mejillas comenzaban a aparecer grietas, como si se tratase de un trozo de mármol siendo resquebrajado para dejar expuesta una dura superficie obsidiana al tiempo que un olor acre se desprendía de ellas.

Sin advertencia alguna, la mujer se alejó de los jóvenes y, así como sus facciones habían cambiado antes, volvieron a hacerlo, dejando el pálido rostro tan hermoso y perfecto como siempre. Con una última sonrisa, la oficial se despidió y salió de la casa.

Los jóvenes aún estaban junto a la puerta sujetándose fuertemente el uno al otro; si uno caía al suelo, el otro caería con él sin lugar a dudas. La señora Jackson despedía a la oficial sujetando la puerta abierta junto a los chicos, parecía no haber notado nada de lo que los amigos fueron testigos.

William se movió ligeramente sin soltar a su amiga y corrió la cortina que cubría la ventana detrás de él. En ese momento su padre estaba entrando por la puerta del jardín y cedía el paso a la oficial que salía. El chico temió que la mujer pudiese hacerle algo a su padre, sin embargo, contra todo pronóstico, la mujer se apartó de él rápidamente, como si solo estar cerca del hombre la quemase.

El chico suspiró pesadamente. Logró mover sus piernas y condujo a su amiga hacia la silla más cercana. La joven tenía la mirada perdida y movía sus labios rápidamente sin emitir sonido alguno. William se acuclilló frente a ella y trató de calmarla antes de que su madre la viera en ese estado. Sin embargo, Odette tomó los hombros de su amigo y lo vio directamente a los ojos de forma desesperada y susurro:

—Es tarde, Bill...—decía la rubia con voz quebrada—, me lo ha dicho... están por romper el círculo, estoy segura... ella... la toco, William... ¡Oh! No puede ser. Falle. Te falle, Bill.

—Odette, cálmate por favor. Estoy seguro de que podemos resolverlo. Pero mis padres no pueden verte así. Debes ser fuerte y fingir que todo está bien.

La chica trato de no derramar las lágrimas de desesperación que se le habían acumulado en los ojos y asintió ligeramente con la cabeza. William la rodeo por los hombros y le dio un rápido abrazo para luego ponerse de pie y mirar en dirección a la puerta, por la cual su padre se encontraba entrando y saludaba a su madre.

Odette se puso de pie junto a su amigo luego de haber regulado su respiración y enjugado las lágrimas que no logro derramar. Debía presentarse ante Vera Jackson Uther y causar la mejor impresión que una chica como ella pudiese lograr. Paso las manos por la falda de su sencillo vestido azul para, en vano, tratar de deshacer las arugas que ella misma había causado al apretar fuertemente la tela en su desesperado arrebató de terror. Respiro profundamente cuando vio que los señores Jackson se acercaban a ellos y rogo a todos los Dioses del Norte para que su voz sonara fuerte y clara cuando tuviese que hablar.

—Así que tú eres Odette— comenzó a decir Vera a la chica—. Es un gusto conocerte por fin. He oído mucho de ti, tanto por mi esposo como por mi hijo.

A pesar de haber estado viviendo allí por un tiempo, Vera Jackson no salía ir al pueblo muy seguid. Así que, a diferencia de su esposo, ella solo conocía a los Odenson gracias a lo que padre e hijo le contaban de ellos.

—Un... placer conocerla, señora Jackson— dijo la chica. Levanto su mano titubeante, pero cuando recordó que Igorahg Veluactar estrecho la mano de la madre de William, decidió saludar de modo tradicional de su pueblo: con una reverencia y un ligero ademan de su mano derecha, sin tocar a la otra persona.

Vera respondió al saludo tradicional de forma correspondiente, levantando su mano derecha e inclinando ligeramente la cabeza. No le sorprendió que la chica la saludara de esa forma, sabía que los Odenson estaban bastante atados a sus antiguas tradiciones.

—Bueno...— comenzó a decir Vera luego del saludo—, se de buena fuente que sabes cocinar ¿podrías ayudarme a preparar la cena?

La chica asintió algo cohibida y un poco nerviosa. No quería estar demasiado cerca de la señora Jackson hasta que pudiese encontrar una forma de mantenerse segura.

William, adivinando los pensamientos de su amiga y comprendiendo su inquietud, rodeo sus hombros con uno de sus brazos mientras le decía su madre:

—Mamá... creo que sería mejor que Odette se pusiese cómoda primer. Hemos tenido un día algo pesado.

—Si cariño, no te preocupes— le contesto la mujer—. De cualquier forma, no la haría meterse en la cocina desde ahora. Podemos empezar dentro de dos horas ya que aún es temprano.

El chico asintió complacido dándole una ligera sonrisa a su madre. Condujo a su amiga hacia las escaleras para guiarla a su habitación. Estaban a punto de comenzar a subir a la segunda planta de la casa cuando escucharon la voz del señor Jackson:

— ¡Hey! Despistados. Dejaron sus cosas en el auto. Tu mochila hijo, y la bolsa de Odette.

Al volver la vista a atrás. William vio como su padre sostenía su mochila y un pequeño saco marrón con el que Odette había salido de su casa esa mañana. Se separó con cuidado de su amiga, casi temiendo que si dejaba de sostenerla pudiese caer al suelo. Tomo rápidamente sus cosas de manos de su padre mientras le agradecía y volvió con Odette para finalmente subir al piso de las habitaciones.

Cuando entraron a la recamara del joven, Odette solo pudo ver todo a su alrededor, mientras apretaba su bolsa fuertemente contra su pecho.

—Ponte cómoda— le dijo su amigo mientras dejaba su mochila junto a su cama—. Puedes sentarte en la silla frente a mi escritorio.

Odette se dirigió hacia la extraña silla que el chico le había señalado; estaba casi toda cubierta de tela mullida y tenía extrañas curvas, sim embargo, la encontró singularmente cómoda.

—Mamá debió ayudar a papá a colocar el colchón— susurro de pronto

William.

— ¿De qué hablas? —pregunto la chica confundida y aun tensa por lo sucedido en el piso de abajo.

—Ayer por accidente mi cama se mojó y mi padre y yo tuvimos que sacar el colchón al patio— explicó mientras su amiga lo miraba con extrañeza y algo desagradable sorpresa—. ¡No me refiero a eso, Odette! Mi madre me arrojó un baldazo de agua y la cama salió perjudicada.

Odette suspiro algo aliviada para luego reír despreocupadamente, logrando que ambos se relajasen un poco. Sin embargo, la diversión y la poca paz que había conseguido en ese instante, se esfumo de golpe al percatarse de algo que se encontraba en el escritorio frente a ella.

—Bill...— dijo la chica con voz temblorosa— ¿Qué es eso? —concluyo mientras señalaba lo que había visto.

— ¿Qué? —dijo el chico mientras caminaba hacia su amiga.

Al estar junto ella solo pudo reprimir un grito de horror: justo en el centro del escritorio se encontraba una alargada forma negruzca y de apariencia gomosa que se retorció lentamente sobre la superficie de madera. Instintivamente, William tomo el respaldo de la silla en la que Odette se encontraba y la hizo alejarse lo más que pudo del escritorio.

— ¡¿Qué es esa cosa?! — exclamo horrorizado y asqueado.

Su cabeza trato de recordar que era lo que había colocado sobre su escritorio la última vez que estuvo en su habitación, hacia dos noches. Y, lo único que pareció encender una luz en su mente, fue la rama de laurel que Ula, la lechuza de los Odenson, le había dejado en la ventana.

—... Una rama de laurel...— susurro tan bajo que Odette no pudo escucharlo—. Lo único que deje en mi escritorio, la última vez que me senté en esta silla, fue la rama de laurel que Ula me dio...

Vio como los ojos de su amiga se abrían espantados y su respiración comenzaba a agitarse.

—Tengo que decirle a Asger... La única forma que hay de que una rama de laurel se corrompa de esta forma es que *ellos* hallan andado a sus anchas por el lugar y, por lo visto, fue... uno muy poderoso...—Decía la chica ahogando los pequeños sollozos de desesperación que su garganta clamaba

por dejar escapar—. Se presentó como *Igorahg Veluactar*... no es bueno, Bill. Nada bueno.

William no entendía ni la mitad de lo que su amiga decía, sin embargo, si tenía algo claro: debían sacar esa asquerosa cosa de su habitación. Pero cuando se disponía a tomarla Odette le grito desesperada:

— ¡No lo toques!

El chico se retiró de un salto y se colocó de nuevo junto a su amiga.

—Es magia oscura viva, William— le explico la chica, casi como si lo regañase—. No puedes simplemente desacerter de un *homuncg*, mucho menos tocarlo.

—Y ¿Qué hacemos entonces? —pregunto el chico con tono duro. El miedo comenzaba a hacer que se desesperase.

—Yo... —comenzó a decir Odette con voz temblorosa—. No los se...

William cubrió su rostro con sus manos. Los hombros comenzaron a temblarle; su estómago se empezaba a revolver y un sudor frío le recorría la espalda; comenzaba a entrar en pánico otra vez.

—...tengo que decirle a Asger—. Dijo la chica.

—Siquiera tienes como llamarlo desde aquí. No tienen teléfonos—. La voz de William se escuchaba amortiguada debido a que aun no apartaba las manos de su rostro.

—Solo... necesito un momento... tal vez pueda...— pero Odette no termino de hablar.

La rubia se puso de pie mientras aun apretaba su saco marrón contra su pecho. Se acercó a la ventana y la abrió.

Cuando William sintió una ligera y cálida briza a su espalda, separo un poco los dedos de sus manos para ver que estaba haciendo su amiga. La descubrió sentada en el suelo sacando algo de su bolsa.

William se acercó a paso lento hacia la chica y vio como colocaba un extraño triangulo tejido con hilos de colores y diversas ramas frente a ella. Sus piernas estaba cubiertas por la falda de su vestido y el sol de la tarde le daba de lleno en el rostro, haciendo que sus ojos parecieran cristales de hielo.

Cuando la joven comenzó a recitar en voz alta y en ese idioma

desconocido, William supo que estaba realizando un hechizo o algo como eso. Solo pudo observarla con detenimiento, sin hacer el menor ruido.

Las manos de la joven estaban temblando. El miedo de haberse encontrado cara a cara con uno de esos seres aun la recorría; y luego, haber descubierto que habían sido capaces de crear ese asqueroso ser de magia negra con solo su presencia fue algo aterrador. Sin embargo, a pesar de que sus inquietas manos le dificultaban la tarea, logro trazar distintos símbolos frente a ella y luego unir sus dedos para que formaran una flecha que apuntara justo al centro del triángulo tejido. Cada segundo que pasaba sentía como sus manos se calentaban, como si las hubiese posado sobre carbón ardiendo.

William se había sentado en un extremo de la cama. Veía detenidamente a su amiga. Noto que el temblor en la voz y las manos de la chica disminuía conforme recitaba el extraño cantico. No paso mucho tiempo para que fuese testigo de otro magnifico acontecimiento: el centro del triángulo tejido comenzó a emanar una tenue luz, los hilos parecían haberse encendido debido a llamas inexistentes y algo comenzó a brotar de ellos.

La punta inferior derecha del triángulo fue la primera en cambiar. Los hilos comenzaban moverse solos y se destejían. Las finas hebras comenzaban a tener la apariencia de plumas ligeras que se fundían con las ramas. De pronto, poco a poco, el triángulo hecho con hilos y ramas se trasformó en un ave diminuta. Su pico era largo y marrón como la madera; sus ojos eran dos pequeñas bayas rojas que brillaban con intensidad; sus alas y su cuerpo estaban formadas por hojas alargadas y plumas delgadas de muchos colores que se entrelazaban. Los colores del animalillo parecían moverse como finos ríos y destellaban con los rayos de sol que se colaban por la ventana.

Cuando el ave soltó un ligero y dulce trino, Odette abrió los ojos (William no había notado cuando los había cerrado); estiro la mano hacia la curiosa aparición de colores y esta salto y se posó en su palma.

El chico observo con detenimiento como su amiga acercaba a la avecilla a su rostro y le susurraba algo. Luego, el pequeño ser abrió sus iridiscentes alas y salió por la ventana como un rayo de colores que apenas se podía percibir.

Cuando el ave se hubo perdido entre la luz del sol, Odette prácticamente se desplomo contra el borde de la cama a su espalda. William se inclinó hacia ella para asegurarse de que estaba bien:

—Tranquilo, Bill. Estoy bien, solo... hacer una invocación de ese tipo yo sola siempre me deja agotada.

—De acuerdo— dijo el chico con expresión preocupada—. Y... ¿que fue eso?

—Un mensajero. Ira a decirle lo que ocurrió a mi hermano...— respondió Odette tranquilamente. Sin embargo sus facciones se oscurecieron en temor y decepción—. Ya no puedo hacer nada aquí, William.

— ¿A qué te refieres con eso, Odette? Tu padre dijo que podrías hacer un hechizo para protegernos...— dijo el joven contrariado.

—Entraron, William. Entraron a tu hogar... esa cosa en tu mesa es la prueba viva de que fueron capaces de corromper este lugar y... yo no tengo la fuerza suficiente para hacer algo. Lo lamento

William sintió el profundo pesar en la voz de su amiga. Si había entendido bien, lo que había dicho la chica era que, sencillamente, ya estaban perdidos. Él y sus padres estaban muertos ya.

Sitio como su estómago se apretaba y como los ojos comenzaban a arderle. Miro a la chica a su lado y pensó que quizás ella también moriría. Odette moriría por su culpa, porque él quiso que fueran a ayudarlo; hizo que su amiga saliera del único lugar seguro en todo el bosque; que dejara atrás el círculo de árboles de laurel, para protegerlo a él y sus padres, y ni siquiera tenía claro por qué. Nunca tuvo nada especial, era un joven totalmente normal en todo el sentido de la palabra, a pesar que sus compañeros de clase lo considerasen un raro, él era un chico normal.

Miro de nuevo a su amiga entre la bruma que las lágrimas retenidas habían formado en sus ojos, y no puedo evitar darle voz a sus dudas:

—Odette... ¿Por qué me quieren a mí? —dijo en tono serio y contundente que pretendía ahogar un sollozo.

La joven levanto su cristalina mirada y lo observo por un momento. Debía decirle algo, de cualquier forma, era probable que todo acabara esa noche.

—Porque por tus venas corre sangre valiosa, William. Sangre heredada de tu madre, heredada de aquel que fue capaz de destruir a un nigromante... el único que pudo menguar las fuerzas de las brujas... hasta ahora. Y solo con su sangre, volverán a resurgir...

El joven solo logro verla con ojos perplejos. Intentaba procesar esa información, pero no lo conseguía. Conocía su árbol genealógico muy bien, y el de su madre, pero jamás había encontrado nada que tuviese que ver con magos oscuros dentro de su línea familiar. Solo habían sido guerreros o campesinos, dependiendo de la era en la que viviesen. Simplemente, nada de eso tenía sentido.

Estaba a punto de decirle a Odette que le hablara más sobre ese supuesto ancestro suyo, cuando unos golpes en la puerta hicieron que los chicos se pusieran de pie, sobresaltados.

—William —se escuchó la voz del señor Jackson del otro lado de la puerta—, tu madre pregunta si tú amiga ya se encuentra algo descansada como para comenzar con la cena. Creo que quiere preparar algo especial.

William le dirigió una mirada interrogante a la joven a su izquierda y esta asintió ligeramente.

—Si, papá. Bajamos en un momento.

William pudo oír como los pasos de su padre se perdían por el pasillo del segundo piso hasta las escaleras. Giro su vista hacia su escritorio y pregunto a Odette, algo inseguro:

— ¿No crees que deberías hacer algo con eso?

—Solo se me ocurre una cosa— dijo la chica mientras rebuscada en su bolso.

Odette saco de su bolso un par de piedras color ámbar con betas blancas. Se acercó cautelosa hacia la mesa y las coló en los extremos de la asquerosa criatura que se retorcía sobre la esta. Luego, saco un pequeño bote de cristal con un polvo blanco que esparció alrededor del “ser” sin tocar las piedras. Guardo el frasquito y comenzó a recitar de otro hechizo. De pronto, a mitad del cantico, el polvo blanco comenzó a arder y formo una delgada cúpula de fuego azul. Parecía haber encerrado al engendro, ya que este comenzó a moverse desesperadamente.

Odette suspiro con pesadez, se giró hacia su amigo y dijo:

—Quizá esto lo mantengo confinado por el momento... es todo lo que puedo hacer.

William asintió sin apartar la vista del círculo de fuego.

—¿Que eso que usaste? —Le pregunto el joven a la chica.

—Solo es sal bendecida de los glaciares al otro lado de la montaña...— dijo ella con simpleza—. Aunque un hechicero lo suficientemente fuerte podría hacer lo mismo con sal normal, y más...

—Bueno...— comenzó a decir William sorprendido—. Creo que ya debemos bajar.

La chica asintió. Miro al *homuncg* por última vez para luego seguir a su amigo fuera de la habitación e ir a la cocina donde Vera Jackson los esperaba.

Durante la preparación de la cena el ambiente fue bastante agradable, aunque no tanto para Odette y William, quienes sentían como si una intensa mirada que los vigilaba desde cada sombra de la casa.

Vera preguntaba a la joven a cerca de su familia; el restaurante; y la historia de cómo sus antepasados habían llegado allí. Preguntas a las que la chica respondía cortésmente mientras intentaba parecer lo más feliz que le fuese posible.

Cuando la cena termino, William subió a su habitación seguido de Odette, quien se despidió cortésmente de los señores Jackson agradeciendo la comida antes de salir del comedor y ofreció su ayuda a Vera para lavar los trastos.

—No te preocupes, linda— había dicho la mujer—. No son demasiados.

Y sin más, la chica se retiró del lugar caminando tras su amigo.

Cuando entraron de nuevo a la habitación del chico, lo primero que hicieron ambos fue dirigirse hacia el *homuncg*, que había dejado de retorcerse ferozmente. Parecía haber aceptado su cautiverio.

Odette se apartó y se sentó en la silla de William. Tomo su mochila de nuevo y comenzó a hurgar en su interior. Su amigo la veía atentamente hasta que se atrevió a preguntar:

—Y... dime Odette ¿Qué más traes allí?

La chica levanto la mirada y lo observo sorprendida.

—Pues...—comenzó a decir la joven mientras se arrodillaba en el suelo

y comenzaba a sacar las cosas que traía en su bolso—: traigo un par de talismanes, unos cuantos frascos más de sal, algo de ajeno, laurel, vinagre de manzana y de vino, ajo, unos cuantos alfileres, y... mi ropa de dormir—. Finalizo mientras sacaba una delgada bata blanca de algodón.

—Wow, ¿cómo es que traes tantas cosas allí? —dijo William mientras veía todo lo que su amiga había colocado en el suelo a su alrededor— no parece un bolso muy pesado.

—Hay pesos más grandes que este...— respondió Odette de manera ausente.

William solo la observo, impresionado y contrariado a la vez.

Luego de unos instantes de silencio, William alargó su mano y tomó el frasco que contenía algunas hojas de laurel. Lo observo por un momento y luego dijo en un susurro:

—Por eso te alejaste...

— ¿Qué dices, Bill? —pregunto Odette que había logrado escucharlo.

—Esa mujer... Igorahg. Ella se encontró con mi padre cuando salía del jardín, pero... pensé que ella le haría algo, sin embargo se alejó de él como si quemase. Creo que esto fue la razón. El llevaba nuestras cosas en ese momento...

Odette lo escuchaba atentamente mientras pensaba. Su mente comenzaba a imaginar que tal vez podrían tener una oportunidad, quizás...

—William, busca en tu mochila lo que he copiado hoy de los libros de la librería. Creo... que tal vez pueda darnos algo de tiempo.

William asintió de manera contundente. Coloco el frasco que tenía en la mano de vuelta frente a su amiga y se lanzó a buscar su mochila. Cuando la abrió sacó unas cinco hojas de papel escritas con la refinada letra de la hija menor de los Odenson. Se las entrego sin pensarlo dos veces y se sentó a su lado. Sin embargo, cuando coloco su mochila de vuelta en el suelo se percató del peso de esta y abrió el segundo bolsillo. Allí estaba el libro que el Antiguo Guardián le había dado. Estaba a punto de abrirlo y comenzar a leerlo cuando la voz de Odette lo interrumpió.

—Te recomiendo que no lo abras ahora— dijo la chica sin quitar la vista de los papeles que tenía en las manos—. Es mejor que esperes un poco

para conocer lo que guarda ese libro.

El chico volvió a guardar el gran ejemplar de tapa verde en su mochila con algo de intriga en la mirada. Dirigió su vista de nuevo a su amiga y la encontró separando algunas de las cosas que tenía hacia un lado.

—¿No necesitaras esto? —le pregunto el chico intrigado.

—Al contrario— respondió la joven—. Esto es lo que necesitare por ahora.

William se percató que la chica ya había escogido una de las hojas en las que había escrito esa mañana. Había apartado los ajos, dos frasquitos con líquidos rojo y naranja, unos cuantos alfileres y una vela negra, que imaginaba había sacado del fondo de su bolsa. Estaba imaginando como utilizaría su amiga esas cosas, cuando su voz se escuchó de nuevo.

—Necesito una botella con corcho, Bill. ¿Crees poder conseguirla sin que tus padres se enojen?

El joven lo pensó por un momento, hasta que finalmente dijo:

—Creo que mi padre tiene guardado un poco de licor en la alacena. El líquido no alcanza ni para un vaso y la botella tiene corcho. Tal vez pueda tomarla sin que se dé cuenta.

Odette asintió— Tendremos que salir de la casa cuando tenga el conjuro listo.— de nueva cuenta.

—De acuerdo. Cuando mi madre apague el aire acondicionado, estarán ya en su habitación. Iré por la botella.

Odette asintió y luego siguió leyendo la hoja que tenía entre sus manos.

William bajaba poco a poco las escaleras de su reciente hogar. No quería que los escalones de madera crujieran ante su peso y lo delataran. Debía colarse en la cocina sin que sus padres, quienes veían la TV en la sala, se percataran de su presencia. No estaba acostumbrado a escabullirse en su propia casa. En realidad, no estaba acostumbrado a escabullirse, sin embargo, había leído suficientes libros de terror como para saber que “NO” hacer cuando necesitaba pasar desapercibido.

A medida que avanzaba por la sala, de espalda al sillón en el que estaba su padre, mantenía su respiración pausada y superficial. Se sorprendió

al no ver a su madre junto a él, así que decidió continuar a gatas su furtivo viaje a la cocina.

Estaba a escasos tres metros de la puerta de la cocina cuando esta se abrió de golpe dejando ver a su madre. Con movimientos ágiles y precisos, William Jr. se escondió bajo una pequeña mesa junto a él. Mantuvo su respiración bajo control a pesar del sobresalto que le causó la repentina aparición de su madre. Pero, por suerte, la mujer no pareció verlo y se encaminó al sofá para sentarse junto a su esposo.

El chico, lo más de prisa que pudo, colocó su mano entre la puerta y el dintel, impidiendo que se cerrara del todo. Si tenía que abrirla, estaba seguro que la manija sonaría, alertando a sus padres. Aun en el suelo, se arrastró silenciosamente hasta quedar dentro de la cocina y, una vez del otro lado, se quitó la sudadera que llevaba puesta y la colocó deteniendo la puerta.

Ya en su destino, soltó un suspiro ligero. Rio brevemente por lo curioso de la situación: brujas malvadas lo perseguían; magia negra; una ancestral familia que trataba de salvarlo de la muerte junto con su pueblo; excursiones furtivas a la cocina; todo parecía sacado de un libro, y la verdad, se sentía el protagonista de una historia fantástica.

Luego de hacer desaparecer esos alocados pensamientos de su mente, con el mismo paso ligero que había ocupado antes, se dirigió a la alacena donde había visto a su padre dejar la botella la última vez. Abrió las puertas de madera y encontró varios embaces medio llenos en su interior, sin embargo, la botella de cristal con corcho no estaba.

Sintió que su estómago daba un vuelco. —Y ¿si mi padre se ha bebido lo poco que quedaba y ha desechado la botella? —Se preguntó—. Tendré que hurgar en el bote de vidrios para reciclar. —pensó no muy convencido.

Volvió a cerrar la puerta de la alacena. Se dispuso a trazar una nueva ruta al patio delantero donde se encontraban los botes de basura, cuando se le ocurrió algo: ¿y si su padre había guardado la botella vacía en otro lugar?

Su padre, si bien era un hombre completamente normal, tenía cierta debilidad por el cristal. Tenía una pequeña colección de botellas de licor hechas a mano en una vitrina en la sala. Rara vez guardaba botellas comunes o fabricadas en serie; le gustaba lo singular y trabajado. Pero aún le quedaba esa posibilidad. Y, sinceramente, prefería revisar el estante de la sala en lugar de arriesgarse a cortarse las manos con vidrio roto.

Se agacho de nueva cuenta y se deslizo hasta la puerta de la cocina. Aun se podía distinguir el brillo de la TV encendida. No podría ni acercarse a la estantería sin que lo vieran, así que decidió esperar un poco. Luego de un rato que le pareció eterno comenzó a preguntarse si no sería mejor pedirle la botella a su padre y ya, pero su madre comenzaría a preguntar que estaban planeado hacer dos adolescentes con una botella de vidrio. Y, sinceramente, no quería mentirle de nuevo a su padre y, mucho menos, a su madre.

Pasado un tiempo más, dejó de escucharse el sonido de las voces de los actores en la tele y giro su cabeza. En efecto, ya no se veía el brillo de la tele, de hecho, no se veía absolutamente nada. Salió a gatas por la puerta de la cocina y comenzó a tantear ligeramente a su alrededor. Pudo tocar las patas de la mesilla bajo la cual se había escondido de su madre hace un rato. Aguzo más sus sentidos. Logro escuchar los pasos de sus padres subiendo las escaleras hacia la planta alta de la casa.

Se dio la vuelta ligeramente y tomo sus sudadera de entre la puerta para luego cerrar esta última con suma delicadeza. El ligero *click* producido por el pasador al cerrarse alerto al joven. Sin embargo, los pasos de sus padres habían dejado de oírse hacia poco. Se colocó su sudadera y, entre la penumbra y tratando de recordar donde estaba todo en la sala, se dirigió al estante de cristales de su padre.

Una vez frente al estante el chico entrecerró sus ojos tratando de distinguir algo entre las sombras. No veía casi nada. Reconocía las formas de las botellas pero no lograba vislumbrar si alguna era la que buscaba.

Deslizo la puerta de cristal que protegía la colección de su padre del polvo y saco una de las botellas alargadas que tenía más cerca. No era esa. Lo supo porque logro tantear los patrones que adornaban el cristal y la botella que buscaba era totalmente liza. La devolvió a su lugar y probó con otra. No, tampoco era esa. Observo la estantería una vez más y se dio cuenta de había unas veinte botellas largas que podrían, o no, ser la que buscaba. No creía tener tiempo para eso. Si Odette estaba haciendo un conjuro para protegerlos de lo que probablemente les pasaría antes de que el sol saliera, y necesitaba esa botella, debía darse prisa.

Comenzó a desesperarse cuando taneo la quinta botella larga: era totalmente liza, pero no estaba tapada con un corcho. Sentía que llevaba horas allí. De pronto todo se sumió en un profundo silencio y supo que el aparato de

aire acondicionado se había detenido. Su madre debió apagarlo.

Calló sentado en el suelo frente al estante. ¿Cuanto llevaba allí buscando la maldita botella? Debían ser pasadas las 10:00. Que estaba pensando al bajar sin su celular o sin una linterna.

William se llevó las manos a la cabeza apretando unos cuantos mechones de su rubio cabello, totalmente desenfocado. Su vida, la de sus padres, la de Odette y la de todos los que conocía estaban en peligro y él era incapaz de encontrar una botella. Con los ojos ardiéndole por lágrimas de impotencia, levanto ligeramente la mirada y, entre la bruma acuosa de sus ojos y la oscuridad, logro distinguir una forma fina y alargada al fondo del último tramo del estante. Con algo de esperanza, se acercó y estiro su mano para apartar las botellas que estaban al frente. Enjugo sus lágrimas con una de sus mangas y se dispuso a tantear el cristal entre sus manos. La superficie era totalmente liza; se notaba más ligera que el resto de las botellas que había sujetado, como si el cristal fuese más delgado; encamino sus dedos hacia el cuello de la botella y estos tocaron una superficie seca y algo rugosa. ¡Allí estaba! Sin duda alguna eso era un corcho.

Dio un salto en su lugar, ligeramente conmocionado y aliviado. Por instinto, se preparó para correr escaleras arriba y gritarle a Odette que lo había logrado, pero recordó que había llegado hasta allí sin que sus padres lo supiesen. Así que, temblando de anticipación y euforia, cerró con cuidado la puerta de cristal del estante de su padre y camino con sigilo de vuelta a su habitación.

Cuando llego a su habitación se encontró a Odette atravesando un diente de ajo con un alfiler.

—Tus padres vinieron —dijo la chica al verlo entrar—. Tu padre trajo este colchón. Dijeron que podrías dormir aquí siempre que mantuviésemos la puerta abierta... me costó un poco ocultar todo a tiempo.

— ¿No lograron ver nada de esto? —pregunto William señalando el suelo en el que había más dientes de ajo descascarados y pedacitos de papel con algo escrito.

Su amiga solos sacudió su cabeza —Tampoco eso—. Agrego la chica señalando el *homuncg* en el escritorio.

—Que bueno. Podremos ahorrarnos la explicación por ahora.

William dejó la botella junto a su amiga, quien la cogió enseguida para verla detenidamente. Mientras la chicha revisaba la botella y la destapaba, el joven pareció darse cuenta de algo.

—Odette... ¿qué les dijiste a mis padres cuando no me vieron aquí?

La joven bajo la botella un momento y lo observo con cautela antes de responder:

—Pues... pasa que si estabas aquí. Incluso ayudaste a tu padre a traer el colchón extra...

William solo atino a dirigirle una mirada perpleja.

— ¡Eso es imposible, Odette! —exclamó el chico.

—Nada es imposible, William...— contesto la rubia mientras giraba su cabeza hacia un lado de la cama tras ella—...solo es improbable.

William dirigió su vista hacia el lugar que Odette veía con detenimiento y solo logro extrañarse más: justo en la esquina de la cama se encontraba la pequeña ave que su amiga había invocado esa tarde.

El pajarillo parecía limpiar sus plumas y se sacudía ligeramente. Odette se percató de que su amigo no lograba entender lo que sucedía, así que, con una ligera sonrisa, se dirigió al pajarillo en un susurro casi imperceptible para el oído humano y, sin previo aviso, una llamarada de fuego pálido cubrió por completo el lugar que ocupaba el místico animalillo.

William parpadeo un tanto alarmado al ver ese extraño fuego consumir al ave. Sin embargo, su nerviosismo cambio súbitamente a desconcierto al contemplarse a sí mismo sentado en su cama.

Impresionado y con la boca ligeramente abierta, William Jackson Jr. se levantó del suelo y se acercó a ese chico, tan parecido a él, que había aparecido de entre las llamas. Ambos se observaron fijamente. Casi todo era igual en el falso William, lo único extraño que se lograba percibir era un ligero brillo rojo en los iris color miel tan parecidos y tan distintos a los de él mismo. Además, los ojos del falso hijo de los Jackson no solo destellaban ese singular brillo rojizo, sino que también despedían una felicidad casi irreal, despedían la inocencia de quien acaba de llegar a este mundo y a quien nada malo había pasado; no se veía en ellos ni un solo atisbo de rencor, tristeza o miedo.

—Ese... —comenzó a decir con la voz un tanto aguda. Luego de carraspear un poco, continuo—. Ese es un gran truco, Odette.

El falso William dibujo una ligera sonrisa, parecía alagado. Separo ligeramente sus labios y, sin que el joven frente a él lo imaginara siquiera, soltó un leve y melodioso trino.

El verdadero William salto en su lugar, alarmado:

—No hizo eso frentes a mis padres ¿verdad? —le pregunto nervioso a su amiga mientras señalaba al falso William.

La chica soltó una risita y negó con su cabeza mientras dirigía de nuevo su atención a la botella que tenía entre las manos.

—Bill... voy a necesitar que la laves bien. —Dijo Odette tendiéndole la botella a su amigo—. No puede tener ningún otro líquido salvo los que debo utilizar.

El chico asintió y, sin quitarle la vista a su doble se dirigió al baño.

Al regresar a la habitación, el joven descubrió al pequeño pajarillo de vuelta que revoloteaba sobre su cama. Dejo de nuevo la botella limpia y seca junto a su amiga y se sentó frente a ella.

La joven Odenson se encontraba envolviendo uno de los dientes de ajo entre un trozo de papel, para luego atravesarlo con tres alfileres.

—Y... —comenzó a decir el chico— ¿De qué se trata esto que estás haciendo?

—Es un encantamiento muy básico para alejar a una persona que quiera hacerte daño. Aunque... ella no califica como persona, en realidad, debo intentar hacer algo. Puedes leer si quieres. —Finalizo la joven tendiéndole a William la hoja que ella había estado leyendo.

<Para alejar al enemigo

Una botella con corcho

7 dientes de ajo

21 alfileres

Vinagre de vino

Vinagre de manzana

Preparación: rasgar en cuadros 7 trozos de papel y escribir el nombre de la persona a quien quieres desterrar.

Envolver los dientes de ajo con los trozos de papel y atraviésalos con 3 alfileres cada uno.

Introducir los ajos en la botella y agregar vinagre de vino y de manzana hasta que los ajos queden completamente sumergidos para luego agregar polvo de un camino.

Una vez todo este dentro de la botella, tapar con el corcho y sellar con cera negra. Agitar siete veces alejando la botella del cuerpo todo lo posible.

Calentar la botella en una hoguera hecha con ramas de pino viejo y hojas de ajeno hasta que el cristal se torne negro.

Rodear tu morada con el líquido hirviendo mientras se recita el séptimo cantico blanco.>

William dejó la hoja de vuelta en el suelo y descubrió que Odette ya había comenzado a introducir los ajos en la botella. El joven solo permanecía en silencio mientras veía a su amiga trabajar. Cuando la chica se puso de pie y le indico que debían salir para buscar polvo de la carretera, William se estremeció por completo.

—... ¿salir? ¿Ahora? —pregunto titubeante.

—Lo siento, Bill. Pero debo terminar esto.

Con un pesado suspiro el chico se puso de pie y se dirigió hacia la puerta abierta de su habitación. Observo ambos lados del pasillo y se percató que la puerta de la habitación principal estaba cerrada. Con un ademán de su mano le indico a Odette que lo siguiera en silencio y comenzaron a andar por el pasillo hacia las escaleras.

Cuando estuvieron ante la puerta principal de la casa, el muchacho tomo unas llaves de la pequeña mesa junto a esta y la abrió con sigilo. Sin embargo, una vez frente al jardín, con el frío de la noche entumeciéndoles las mejillas y la cruel oscuridad del bosque del otro lado de la calle, los jóvenes no pudieron dar un paso más. Sentían que algo los observaba, que el leve viento susurraba sus nombres, que si ponían un pie fuera de la casa serian arrasados por una fuerza demasiado grande.

—Hay que ir. —dijo Odette junto a William.

— ¿Estas segura de que funcionara? No valdría la pena si no será así.

—Para ser sincera, no creo que funcione pero esto es lo poco que puedo hacer.

William suspiro derrotado. —Esto es una estupidez— susurro. Y mirando con determinación frente a él dio un paso adelante.

11

El viento frío de la noche mecía ligeramente la falda del vestido azul de Odette, provocando que la tenue luz de las farolas dibujasen sombras bajo sus pies que William veía con recelo. Cada vez que giraba la mirada sentía que alguien pasaba tras él a toda prisa y, cuando giraba su cabeza, descubría que eran las sombras; de los árboles; los autos; la otra casa; y la falda de Odette.

Su amiga se encontraba agachada tratando de coger algo de polvo del pavimento, sin embargo, no conseguía ni un puñado de tierra. Era lógico, la calle de la residencia era limpiada cada día para evitar que las fachadas de las casas sufrieran más daños que los producidos por las condiciones naturales de estar en medio del bosque.

William veía como cada minuto que pasaba la respiración de Odette se aceleraba y esta comenzaba a desesperarse, y él con ella. Sentía una necesidad imperiosa por volver dentro de la casa, y los murciélagos que de vez en cuando pasaban sobre ellos solo acrecentaban esa necesidad.

Cuando pasaron unos minutos más sintió que si no escuchaba la voz de Odette entraría en pánico, así que formuló una pregunta que había comenzado a darle vueltas en la cabeza:

—Odette... ¿Qué paso con Asger?

La chica se quedó estática un momento antes de contestar:

—El mensajero regresó, así que... ya sabe lo que paso. Pero no sé si podrá hacer algo... no envió una respuesta...

Al terminar de decir esto último, la joven se puso de pie con impaciencia y el rostro serio: —esto es inútil— susurro—. Volvamos a la casa. Quizás funcione si los hervimos con un poco de sal y...

La chica no pudo terminar lo que decía. Su alrededor se había sumergido de pronto en un sepulcral silencio. No se podían oír absolutamente nada, ni los grillos, ni las ranas, siquiera el viento.

William sintió un repentino terror invadiéndolo, una sensación que había tenido antes... cuando estuvo frente a la casa de los Pauls. Con la respiración atorada en la garganta movió su cabeza en todas direcciones hasta

que repararon en una extraña sombra que se encontraba sobre la verja del jardín de la señora Griffin. Sintió que las luces de las farolas de la calle expedían menos brillo y su entorno se volvía opaco y más lóbrego que antes.

La sombra se movía poco a poco hacia los jóvenes. William trataba de mover sus piernas para comenzar a correr hacia la casa pero, justo como aquella vez en la que conoció a Igorahg Veluactar, sus músculos no le respondían.

De soslayo, el chico noto como algo se movía a su izquierda. Giro el rostro y vio otra sombra surgiendo de la profunda oscuridad del bosque. Eran más de una.

El único movimiento que logro efectuar fue tomar fuertemente a Odette por su muñeca. Sentía a la chica fría y tan rígida como él. De pronto percibió otro movimiento un poco más allá de donde se encontraba su amiga. Otra de esas cosas y, esta vez, podía verla más claramente debido a que estaba más cerca de ellos que las otras dos.

La visión lo hizo expulsar el poco aire que sus pulmones habían conseguido con esfuerzo. Escucho un grito ahogado por parte de Odette y supo que ella también había advertido la presencia más cercana.

El ser a escasos tres metros de ellos parecía haber salido de las profundidades de una lago, su cabello cubría su cara y parecía empapado; sus brazos largos terminados en finos dedos con largas uñas se encontraban laxos a los lados de su cuerpo; parecía ir desnuda y despedía un olor acre cada vez que se movía levemente... ya estaba a dos metros de ellos.

Cuando el ser se acercó más, William logro advertir el sonido de una voz suave y melodiosa... ¿Qué decía? Estaba susurrando algo.

Sintió de pronto a Odette aferrándose de su brazo y ahogar otro grito desesperado. Giro su cabeza y se percató de que los otros dos seres también se acercaban y que más figuras surgían de las sombras.

Logro dar un paso hacia atrás. El latido de su corazón martillaba sus oídos de manera inclemente y comenzaba a sentir un frio atroz recorrerle el cuerpo. Seguía escuchando la suave voz susurrando algo ininteligible.

De pronto, el batir de unas alas llamo su atención, giro su cabeza en dirección a su casa y entonces lo vio. Enorme y repugnante, como lo había visto la madrugada en que los Kind se ahogaban en su propia sangre, se

encontraba el buitre más grande que había visto en su vida posado en el tejado.

Entonces, William fue testigo de algo que lo hizo perder todas las fuerzas que le quedaban y se precipitó al suelo junto con su amiga. Las plumas del buitre comenzaban a caerse de su cuerpo dejando tras de sí una estela negruzca y de aspecto pringoso que se deslizó desde el tejado hasta caer sobre el pórtico, pero eso no era lo que William observaba con pavor. No, su mirada estaba fija en la figura femenina que había surgido de entre el amasijo de plumas que, sentada al borde del tejado, le dirigía una sónica sonrisa de suficiencia, con sus enormes ojos amarillos como llamas clavados en él.

La voz de la mujer que había visto esa misma tarde dentro de su casa retumbo de pronto en sus oídos:

— ¿Qué harás ahora, *te' kind*? Ya no tienes laurel que te proteja.

La estridente riza de la bruja lo hizo estremecer nuevamente. Se sentía como un pequeño ratón acorralado. No había escape.

De pronto, dentro de su cabeza comenzó a oír las voces de los que conocía, como esa mañana. Gritaban su nombre desesperadamente rogándole que los ayudara. Apretó a Odette entre sus brazos mientras sentía como las figuras que los rodeaban se acercaban más y más. La chica escondió su rostro en el pecho de su amigo y William pudo sentir como la delgada camiseta que llevaba bajo su sudadera abierta se mojaba levemente. Apretó más a la chica contra él y cerró sus ojos mientras esperaba lo inevitable y las voces en su cabeza le provocaban un fuerte dolor en el pecho.

Sin embargo, de un instante a otro, las voces callaron. William sintió como algo sujetaba la capucha de su sudadera y lo hacía levantarse de forma violenta. Instintivamente, el chico sujeto a Odette con uno de sus brazos y comenzó a removerse y a lanzar golpes al aire a ciegas. Si iban a matarlo, no se iría sin hacer nada antes.

Cegado por la desesperación y el pánico no se percató de que Odette gritaba un nombre conocido. Solo volvió a prestar atención al presente cuando cayó de bruces sobre el suelo. Sintió que las palmas de sus manos le ardían y, fue en ese momento, cuando supo que seguía vivo, que abrió los ojos.

Odette estaba de rodillas a su lado diciéndole que debía ponerse de pie en ese instante. El chico giró su cabeza y se encontró con una escena que

no sabría cómo definir: Asger Odenson estaba de pie en medio de la calle. En la mano derecha llevaba una botella con líquido cristalino y en la izquierda llevaba lo que parecía ser una larga y fina espada que parecía fundirse con la extremidad que la sostenía; irradiaba una luz intensa que danzaba como si estuviese bañada en llamas.

Asger movía la espada de un lado al otro lentamente mientras retrocedía hacia los muchachos. Los oscuros seres parecían asustados de acercarse a la centellante espada. William seguía tendido sobre la banqueta contemplando tal escena con incredulidad. Odette logró, con muchos esfuerzo, que su amigo se pusiera en pie.

— ¡William, hay que entrar a la casa ahora! —dijo la chica desesperada.

William giro su rostro hacia su casa y, totalmente desorientado, se percató que Igorahg había desaparecido. Sintió como Odette lo empujaba para hacerlo avanzar y entrar por la verja del jardín. Giro de nuevo su cabeza para ver lo que sucedía a su espalda y vio a Asger llevándose la botella a los labios y dándole un rápido sorbo mientras seguía avanzando siendo asechado por las brujas que, a la pálida luz de la espada presentaban aspectos totalmente distintos a los que el chico había imaginado: algunas llevaban plumas en su espalda y brazos, otras parecían cargar grandes telas negras a su espaldas y algunas más estaban cubiertas de pies a cabeza en espeso alquitrán.

El joven vio como Asger acercaba el fino rayo de luz que portaba a su rostro y lo que siguió a ese instante paso muy de prisa. Una llamarada monumental se extendió por toda la calle frente a ellos. Los gritos de las brujas fueron estridentes y le pusieron la piel de gallina. El sonido podía asemejarse al ruido que se crea al pasar las uñas sobre una pizarra; al sonido de los rieles cuando un tren frena sin previo aviso; al chillido de un animal siendo despellejado vivo, pero multiplicado por mil.

Los jóvenes se llevaron las manos a los costados de la cabeza, tratando de silenciar el agudo y estridente grito que proferían los seres al unísono que amenazaba con romper sus tímpanos. Sin embargo, se dieron cuenta que el sonido había logrado entrar en sus mentes y hacía eco dentro de sus cabezas. No había forma de escapar de él.

William sintió de pronto como era conducido de nuevo hacia adelante. La fuerte mano de Asger se aferraba a su brazo y lo conducía hacia la entrada

principal de la casa. Pero, al llegar al porche, la gruesa capa de plumas y brea que Igorahg había dejado caer antes desde el tejado se retorció sobre los escalones de madera que conducían a la entrada, acercándose a ellos.

Asger retrocedió un paso mientras sujetaba a los chicos.

— ¿Hay otra entrada? —pregunto a nadie en específico—. ¡William! ¿Hay otra entrada?

El joven pareció reaccionar ante la leve sacudida que le dio el hombre y asintió perplejo mientras veía como el grotesco y negruzco amasijo de plumas comenzaba a extender lo que parecían brazos hacia su dirección.

— ¡¿A qué esperas, niño?! —exclamo el alto hombre, desesperado— ¡Llévanos dentro de la casa!

El chico espabilo por completo al escuchar a Odette gritando: — ¡Asger, allí vienen!

William tomo decidido la mano de su amiga y comenzó a correr por el jardín de la casa, sorteando los distintos rosales que su madre había plantado. Podía escuchar a Asger corriendo tras ellos y logro ver de soslayo como volvía a encenderse la pálida luz de la espada del hombre a sus espaldas.

Cuando llegaron al lateral de la casa se encontraron con una pequeña portezuela de madera que separaba el jardín delantero con el patio. Estaba cerrada y no había tiempo para probar llaves. Junto sus manos y le indico a Odette que se apoyara en ellas y subiese hasta el otro lado; luego fue su turno de subir. Apoyo el pie derecho en la pared de la casa y se impulsó. Cayó estrepitosamente al otro lado y sintió como sus manos volvían a arderle. Odette lo levanto a prisa y se alejaron de la puertecilla de madera para darle paso a Asger, quien solo necesito apoyar su mano sobre la madera para impulsarse y caer de pie frente a ellos.

Asger se dio la vuelta y encaro a los seres que comenzaban a saltar la puertecilla de madera. El hombre blandió la espada y realizó diversas florituras en el aire dejando a su paso una estela blanca y brillante que formaba un símbolo, William se percató de que era un *triskelion*.

Al intentar cruzar al patio trasero las sombrías figuras se detuvieron ante la visión del símbolo suspendido en el aire. Asger tomo a los jóvenes una vez más por los brazos e insto a William a que los llevase dentro de la casa.

Cuando entraron a la casa William busco a toda prisa algo con lo que

bloquear la puerta corrediza mientras Odette y Asger abrían un gabinete tras otro de la cocina. El muchacho estaba colocando una escoba de manera transversal en el carril de la puerta de cristal cuando un fuerte golpe en el vidrio templado lo hizo saltar.

—Aléjate de la puerta, William— le advirtió Asger a media voz mientras llegaba hasta donde estaba el chico.

El hombre observo fijamente al ser que estaba del otro lado del cristal. Este abría la boca y parecía gritarles algo a viva voz, sin embargo, ningún sonido se podía escuchar.

El hombre se agacho y comenzó a esparcir el contenido de un bote de sal a lo largo de la puerta mientras decía unas cuantas palabras. La línea de sal se ilumino ligeramente produciendo un delicado brillo perlado. Repentinamente, el ser que antes se apoyaba en el cristal, se apartó completamente de este como si quemase y comenzó a caminar de un extremo al otro de la puerta sin despegar sus ojos de los ocupantes de la casa. Luego de un momento los demás seres que habían visto afuera de la casa se unieron a su compañera para asechar a par de hermanos y al joven Jackson.

Asger suspiro pesadamente y se dirigió al frente de la casa. Los chicos no dudaron en seguirlo.

Vieron como el hombre corría brevemente la cortina de las ventanas de la sala para luego repetir lo que había hecho anteriormente ante la puerta trasera de la cocina, ahora, en la puerta delantera y en las ventanas.

Cuando termino de esparcir la sal, Asger se sentó pesadamente en la silla que estaba más cerca de él y frotó su rostro con sus manos. Luego, dejando escapar un gruñido de frustración, dirigió su mirada a los jóvenes frente a él. El muchacho estaba pálido y lo veía con ojos interrogantes y nublados totalmente por el miedo y la incertidumbre; la chica temblaba de pies a cabeza mientras sostenía contra su pecho la botella de cristal en la que intento realizar el hechizo que los había conducido fuera de la casa.

Al ver a su hermana al borde de un colapso nervioso, con los ojos empañados en lágrimas contenidas y tiritando del miedo, Asger solo pudo extender su mano en un gesto que, la chica sabia, indicaba que se acercase a él.

Odette prácticamente corrió hacia su hermano y lo abrazo con

desesperación. Se sentó en las piernas del hombre y, ocultando su rostro en el hombro de este, comenzó a llorar.

—Fue mi culpa— decía la joven entre sollozos—. Quise salir para intentar ayudar, y ni siquiera estaba segura de que funcionaría. Soy muy estúpida, Asger.

—Tranquila. No podrías adivinar que los querían acorralar. Aunque debo admitir que si fue algo insensato salir a estas horas —dijo Asger para luego señalar la botella que la chica aun sostenía—. Y dime ¿Qué tratabas de hacer aquí?

—Era un hechizo que encontré en el *Grimorio de Ingaru*. Debíamos colocar tierra de un camino transitado pero...

—De cualquier forma no habría a funcionar, Odette —Interrumpió Asger a la chica—. Ese es un hechizo contra humanos y nosotros nos estamos enfrentando a algo mucho más grande.

Asger hizo que su hermana se pusiese de pie, para luego el hacer lo mismo mientras tomaba la botella de entre las manos de la chica. —Miren un momento por la ventana—. Les dijo a los jóvenes mientras el regresaba a la cocina.

William, quien no se había movido ni un centímetro de su lugar, giro su cabeza y observo la cortina blanca que cubría la ventana. Dirigió brevemente su mirada hacia su amiga y vio como esta enjugaba las lágrimas que había derramado instantes atrás mientras suspiraba entrecortadamente. Cuando Odette le devolvió la mirada, ambos supieron que estaban buscando fuerza y valor en los ojos del otro para atreverse a correr el cortinaje y ver al exterior.

Uno junto al otro, comenzaron a avanzar hacia la ventana. Cuando estuvieron frente a la larga cortina, William respiro profundo y comenzó a correrla despacio. A través del cristal se podía vislumbrar el jardín frontal y parte del porche; se podía ver la calle frente a la casa y la casa al otro lado de esta. Sin embargo, la ya conocida imagen era perturbada por sombras negras y alargada que asechaban alrededor del lugar. El chico podía ver cómo incluso ascendía por la calle rumbo al interior de la residencia, mientras que, frente a su puerta, la masa de plumas negras amenazaba con querer entrar y golpeaba ocasionalmente el cristal de la ventana sin producir ruido alguno.

William giro su cabeza y observo a Odette junto a él. La chica tenía la

mirada perdida y las manos fuertemente apretadas estrujando la falda de su vestido, pero, a pesar de lo asustada y nerviosa que se veía, el chico pudo notar que se encontraba un tanto más relajada que antes, quizá se debía a la presencia de su hermano.

Justo en el momento que el chico cerró de nuevo la cortina Asger entro a la sala con la botella de cristal vacía en una mano. En cuanto William advirtió su presencia no dudo en consultarle una duda que había comenzado a dar vueltas por su mente hacia escasos segundos:

—Asger... —comenzó a decir el joven con voz ronca—. Cuando estábamos afuera tu... tu lograste hacer que esos seres gritaran ¿Cómo es que nadie en la residencia apareció en la calle? Mis padres deberían estar despiertos... ¿Cómo es que no oímos nada de lo que está pasando allí afuera?

El hombre lo observo detenidamente por unos instantes, sus ojos plateados centellaban ante la mortecina y tenue luz de luna que se filtraba ocasionalmente por alguna de las ventanas. El hombre suspiro, agotado, y se acercó al chico mientras explicaba:

—En el momento en que Odette me envió a su mensajero supe que pasaría. Aun debía asegurar unos cincuenta metros de la parte norte del círculo. No podía venir en ese instante, así que fui a casa rápidamente antes de continuar y le dije a mi padre lo que el ave de Odette me había contado. Tardaron un poco en conseguir realizar el hechizo, pero al final parece que funciono a la perfección..

— ¿Qué hechizo? —Pregunto Odette curiosa, mientras William no apartaba su vista del hombre, expectante.

—Enviaron guardianes de bolsillo... —Fue lo único de dijo el hombre.

— ¿¡Que!?! —Exclamo la joven—. Pero... ¿a todas las casa? ¿Cómo lograron invocar a tantos?

— ¿Qué es un guardián de bolsillo? —pregunto William confundido.

—Tuvieron que invocar al Antiguo Guardia de nuevo... —contesto Asger a su hermana, ignorando al chico por completo.

— ¿Qué son guardianes de bolsillo, Odette?—Volvió a preguntar el muchacho.

— ¡Asger! No debieron hacer eso.

—Es lo único con lo que podíamos hacer algo útil, Odette. Nuestro deber indica que, sin importar el costo, nosotros debemos...

— ¿¡Me pueden explicar que está pasando!?! —exclamo de pronto William interrumpiendo a Asger y logrando que ambos hermanos dejaran su pequeña discusión de lado—. Sé que lo saben, sin embargo creo que debo recordarles ahora que mi familia y todos los demás estamos en peligro... sé que a ustedes toda esta situación también les ha causado problemas como familia y como vigilantes ancestrales o lo que sea, pero necesitamos concentrarnos... por favor ¿Qué son guardianes de bolsillo? —Finalizo el joven con la voz rota pero con la mirada fiera y determinada.

Al verlo, Asger sintió que veía a alguien que conocía hacía mucho tiempo atrás; a un amigo de un pasado que no lograba recordar. Suspirando de nuevo, el hombre se dispuso a responder la duda del chico:

—Los guardianes de bolsillo son seres similares al mensajero que Odette envió. Los utilizamos como amuletos para proteger espacios a los que no podemos ir de inmediato. Compramos algo de tiempo con ellos, por decirlo de algún modo.

—Y ¿hay uno aquí? —pregunto William mirando a su alrededor.

—Si. Pero no esfuerces, no lograras verlo. Ahora, creo que debemos...

Pero el hombre, de nueva cuenta, no pudo terminar lo que decía. El estruendoso sonido de un reloj de péndulo inundó la estancia e hizo que los presentes saltaran.

William había crecido escuchando ese sonido. El reloj había sido parte de la herencia que su abuelo le había dejado a su madre, y ella lo había llevado a cada casa nueva a la que arribaban.

Sin embargo, esta vez, el sonido de la vieja campana del reloj le produjo un malestar que el joven no fue capaz de identificar. Sentía sus mejillas frías y sus manos sudadas... una, dos, tres, cuatro... no sabía porque, pero sentía a cada campanada del reloj estaba indicando una cuenta regresiva... cinco, seis, siete, ocho... sentía el retumbar en cada fibra de su cuerpo y una extraña anticipación se logró apoderar de él... nueve, diez, once... preparo sus piernas para correr... doce...

Cuando la última campanada fue dada todo quedo en silencio absoluto y el tiempo en sí pareció detenerse. Todos los ocupantes de la estancia

parecían a la espera de algo que, al no llegar, solo lograba acrecentar el pesado manto de incertidumbre que se cernía sobre ellos.

William sentía su corazón latir en sus oídos (eso era lo único que lograba escuchar en aquel silencio) y, al ver que los minutos pasaban sin que ocurriese nada, decidió cerrar sus ojos y trató de calmarse. Pero, apenas sus párpados se cerraron por completo, un estridente grito llegó a sus oídos golpeándolo como una pesada piedra.

El alarido de terror llenó la estancia y puso alerta a los tres individuos que se encontraban en ella. Asger fue el primero en reaccionar y comenzó a correr escaleras arriba, dirección de la que provenía el desesperado alarido.

William comenzó a temblar de pies a cabeza. No lograba moverse. No lograba enfocar la vista y ordenar sus pensamientos, que en esos momentos estaban siendo invadidos por una sola persona: Vera Jackson.

El chico sintió una delgada mano en su antebrazo y saltó ante el contacto. Dirigió su vista hacia un lado y se encontró con que Odette lo había sujetado para hacerlo subir por las escaleras. El joven siquiera se percató en que momento había llegado a la habitación de sus padres.

William observó el lugar con desesperada ansiedad: su padre estaba en el suelo inconsciente y su madre se aferraba a Asger quien trataba de mantenerla de pie mientras esta pedía ayuda entre sollozos ahogados por la sangre que comenzaba a caer de las comisuras de su boca.

— ¡MAMÁ! —Grito el chico mientras corría hacia la mujer.

— ¡Aléjate, William! —Grito Asger—. No la toque. No te acerques siquiera. No logre ayudarlos a ambos si te contamina a ti también. Odette, trae todo lo que tengas en tu bolsa ¡rápido!

William solo pudo quedarse junto a la puerta viendo como su madre empeoraba. Su nariz había comenzado a sangrar, en sus ojos empezaba a acumularse ese preciado líquido vital y sus llamados de auxilio se habían vuelto ininteligibles.

— ¡ODETTE, DATE PRISA! —Grito Asger, quien ahora estaba en el suelo de la habitación sosteniendo a la dama entre sus brazos y susurrando algo que William no lograba escuchar.

En el momento en que los ojos de la mujer comenzaban a derramar las gruesas lágrimas de sangre, Odette entró a trompicones en la habitación y dejó

todo lo que llevaba en sus manos en el suelo, junto a Asger.

El hombre dejó a la mujer con cuidado en el suelo y de inmediato tomó el tarro de cristal con las hojas de laurel y sacó de él tres hojas que estrujo entre sus manos mientras seguía susurrando y las colocaba en el pecho de Vera. Tomó el frasco en el que había un poco de vinagre de vino y vació su contenido en la botella de cristal en la que Odette había intentado hacer un hechizo horas atrás. Colocó algo de ajeno y encendió una vela negra con un fósforo.

William, a pesar de que la imagen de su madre comenzando a convulsionar de dolor en el suelo lo perturba, no apartaba su vista. Tenía un miedo atroz de cerrar sus ojos y que, al abrirlos, su madre hubiese muerto.

—Odette revisa al señor Jackson—. Dijo Asger sin dejar de mover sus manos que ahora vertían la negra cera de la vela en la frente de Vera Jackson y se llevaba una botella de líquido cristalino a los labios y daba un generoso sorbo que retuvo en su boca por un momento para luego, con la vela frente a su rostro, rociar sobre la tenue llama y producir una exhalación de fuego que calentó por completo la habitación.

William, al percatarse que su madre podía terminar consumida entre las llamas, se lanzó hacia delante dispuesto a detener al hijo de los Odenson:

— ¡Quieto! —dijo Odette mientras saltaba desde el lugar en el que estaba el padre del muchacho hasta él y hacerlo caer de costado sobre el suelo.

— ¡No! —Grito el joven desesperado mientras se removía bajo la chica con desesperación—. Va a matarla. Suéltame.

William se movía y trataba de golpear a la chica para apartarla, pero esta se colocó sobre él y, con una fuerza casi sobre humana, lo retuvo en el suelo con el costado de su rostro pegado a la alfombra, logrando que el joven no pudiese apartar la vista de la escena que se desarrollaba ante ellos: Asger enterrando una daga similar a su espada en el pecho de su madre mientras llamas azules se extendían por el cuerpo de esta.

— ¡NO...!

El grito del muchacho se extendió por la habitación mientras veía a su madre ser apuñalada en el pecho.

— ¡Desgraciados! —Dijo dirigiéndose a los hermanos Odenson—. Me engañaron... ¡Todo este tiempo han sido parte de ellos! ¿¡Vedad!?! —les recrimino mientras intentaba deshacerse del peso de la joven sobre él.

Ninguno de los hermanos le presto la menor atención. Giro su rostro lo más que la mano de Odette se lo permitió y, de soslayo, pudo ver como los ojos grises de la joven se habían vuelto ligeramente azules y de ellos surgían ligeras estelas de humo dorado. Observo a Asger, quien ahora hurgaba en lo que William supuso seria la hendidura que su puñal había abierto en el pecho de su madre, y se dio cuenta de que sus ojos eran iguales a los de su hermana. No pudo evitarlo y simplemente comenzó a llorar.

Había llevado a esos dos seres a su hogar, había confiado en ellos y solo habían jugado con él. Eran, sin dudas, aliados de Igorahg y él, como un idiota, había caído en la red de la araña.

Cerró sus ojos desesperado y resignado. Su madre había muerto y luego sería su turno. No tenía idea para que estos seres querían su sangre, pero ya daba igual, estaba atrapado y no había forma de luchar.

Cuando percibió que la joven sobre él se movía supo que sería el final. Sintió que la mano que había sostenido su cabeza durante lo que le parecieron horas comenzaba a retirarse. Estaba esperando sentir un dolor punzante en el centro de su espalda o un golpe certero en la cabeza, pero lo único que llego fue un susurro.

—Abre los ojos, Bill.

Escuchar la voz de la que creyó que era su amiga llamarle con tanta familiaridad, le produjo una furia incontenible que jamás había sentido. Sintió que las lágrimas que se deslizaban por su rostro le quemaban y su sangre hervía. No quería abrir los ojos, no quería darle el gusto a esos traidores que solo se habían burlado de él.

Apretando con más fuerza los parpados, se sacudió violentamente la

ligera mano que se había posado sobre su mejilla. Sabía que era la mano de Odette, y su solo contacto le causaba repulsión y enojo.

—Abre los ojos, William. —Volvió a decir la chica—. Debes verlo.

— ¡No! —Grito el joven—. Son unos traidores. Acaben con esto de una vez y hagan lo que sea que quieren hacer.

Al terminar de decir esto, William sintió como una mano grande lo tomaba de nueva cuenta por la capucha de su sudadera y lo obligaba a ponerse de pie bruscamente.

—Abre los ojos, niño —dijo la voz de Asger.

La autoridad que emanaba esa voz hizo que el chico abriera sus ojos por instinto, para luego arrepentirse y regañarse a sí mismo. Frente a él estaba Asger observándolo con severidad pero, su expresión en realidad denotaba otra cosa, parecía ofendido. William le devolvió una mirada cargada de rencor y el hombre simplemente alzo su rostro orgulloso y se apartó dando un paso a su izquierda, dejando que el chico viese lo que había detrás de él. El joven solo pudo abrir sus ojos con asombro y avanzar despacio hacia adelante.

Su madre estaba acostada tranquilamente en la cama, parecía dormir. La mujer tenía una expresión de completa paz en su rostro, y su esposo estaba a su lado.

William llegó hasta la cama que sus padres compartían y observo detenidamente a su madre: su piel se notaba algo pálida, más que de costumbre; sus labios estaban un poco violáceos y algunas hebras blancas habían aparecido en su cabello y brillaban con la luz que se filtraba por la ventana. Cuando el joven comenzó a bajar su mirada por el cuello de su madre, temió llegar a su pecho y ver la sangre manchando su ropa, pero no fue ese el caso. El pecho de Vera Jackson subía y bajaba acompasadamente al ritmo de una respiración ligera y relajada. No había rastro de la puñalada de la que él fue testigo; no había quemaduras de las llamas que vio que rodeaban el fino cuerpo de su madre; siquiera había sangre, ni de la supuesta puñalada, ni en su rostro.

El chico alargó su mano sintiéndose tentado a tocar la de su madre. Titubeó un instante, pero luego sujetó la muñeca de esta y la apretó ligeramente. Su piel estaba cálida a pesar de la palidez. Giro su rostro hacia

su padre y lo vio dormir tranquilamente, con su pecho subiendo y bajando.

Totalmente desconcertado, el chico se giró hacia el par de hermanos que seguían de pie junto a la puerta de la habitación. Odette tenía la mirada gacha y parecía sentirse cohibida e insegura, negándose rotundamente a verle. Luego, sus ojos se deslizaron hacia Asger y se topó con su típica mirada fría e infranqueable, solo que esta vez había algo más, algo parecido al enojo, como si lo hubiese insultado. Y era precisamente eso lo que William había hecho.

William sintió como si un balde de agua helada le cayese en sobre la cabeza. No solo había insultado a Asger llamándolo traidor y asesino, sino que también había ofendido a Odette, y sabía muy bien que el hijo mayor de los Odenson defendía a su pequeña hermana a capa y espada.

El chico abrió su boca para comenzar a disculparse, pero Asger no lo dejó hablar siquiera:

—Sera mejor que Odette y yo nos vayamos. Ya no hay nada que podamos hacer aquí —dijo el hombre con tono áspero y voz seca—. Perdió suficiente sangre como para que intenten romper el círculo. Necesitaremos a toda la familia junta si queremos detenerlas.

Cuando el hombre se dio la vuelta para salir de la habitación con Odette dispuesta a seguirlo, William consiguió hablar:

—Aguarden... yo... quiero ir con ustedes.

Odette se detuvo y de inmediato dio un paso atrás alejándose de su hermano, quien se giró de improviso para mirar al joven.

—¿Para qué? —dijo el hombre con una mirada cargada de furia—. ¿Qué tendrías para aportar? Te diré que: nada. Absolutamente nada, niño.

—Pero... yo... —decía el joven, titubeando—. Ustedes salvaron a mis padres y... me protegieron. Quiero ayudar.

—Hace unos momentos nos llamaste traidores y ahora quieres ayudarnos. Decídete, niño. ¿Somos tus amigos o tus enemigos? —decía el alto hombre con voz resentida.

— ¡Yo pensé que la lastimarías! Te vi apuñalarla; vi como metías tu mano en su pecho abierto. No sabía lo que estaba sucediendo. —Exclamaba el chico tratando de explicar lo que había sentido en esos momentos.

—Dudaste de nosotros. Eso significa que tu confianza en lo que somos

y lo que hacemos es débil y flaquera en ante la más mínima provocación. Ahora dime ¿crees que puedo confiar yo en alguien tan débil como tú?

William se quedó con la boca abierta. Se sentía miserable, como un ratón siendo obligado a enfrentar a un enorme lobo, más grande, más poderoso y con más oportunidades de vencer.

Giro su vista hacia Odette y ella continuaba observando el suelo, cabizbaja. Tomo un profundo suspiro y forzó a su voz a salir de su garganta:

—Lo lamento. —Dijo el muchacho viendo a Asger directamente a los ojos—. Tienen razón. No tengo excusa para haber dudado de ustedes. Los he conocido por un tiempo y han demostrado ser grandes personas. Y han arriesgado mucho ahora para intentar protegerme de algo que aun no comprendo, con métodos que tampoco comprendo. Pero estoy asustado; temo por mi madre, por mi padre, por mí por supuesto... y por ustedes. Y quizás tengas razón y no tenga nada que aportar a en una lucha contra esos seres, pero mi madre estuvo a punto de morir de manera atroz por culpa de esas cosas. Quiero hacer algo. Y no me pregunten porque, pero siento que de verdad puedo hacer algo.

Asger no aparto su dura mirada en ningún. Miraba al chico detenidamente, estudiándolo. Con un pesado suspira, el hombre giro su cabeza hacia la cama en la que reposaban los señores Jackson y luego observo al chico de nuevo:

—Ten esto y colócalo bajo la cama —Comenzó a decirle al muchacho mientras le tendía la botella de vidrio con corcho, que ahora estaba llena con un líquido amarillento que burbujeaba ligeramente, como si se tratara de una lámpara de lava—. Con una gota de tu sangre dibuja en el cristal algún símbolo que creas que te represente o el primero que te imagines.

William alargó la mano y tomó la botella. Se agachó y luego se deslizó por debajo de la cama. Estaba pensando cómo sacar un poco de su sangre cuando una mano apareció frente a él sujetando un pequeño alfiler negro. El joven simplemente lo tomó y pinchó fuertemente su dedo índice y, mientras que la sangre salía lentamente, pensar en algún símbolo que pudiese sentir como suyo. Recordó que una vez su madre le había enseñado una vieja y amarillenta foto de su abuelo cuando este era joven. El hombre vestía un impecable traje del ejército con innumerables insignias que lo identificaban como comandante. Pero fue una pequeña insignia de color oscuro por la que William preguntó a

su madre: era una espada con un ojo en la empuñadura y alas naciendo de su filo. Su madre le había dicho que ese era el símbolo que alguna vez represento a la casa Uther como una familia noble.

Con la imagen del rostro altivo y joven de su abuelo (tan parecido al suyo propio) en su mente, William trazo sin pensar más aquel símbolo que representaba a su abuelo, a su madre y a él. Dejo la botella apoyada contra la pared tras el cabecero y salió de debajo de la cama.

Cuando estuvo de pie, dirigió su vista a la puerta de la habitación y descubrió que los hermanos no estaban. Su corazón salto con el temor de que lo hubiesen dejado y ya estuvieran camino al pueblo. Corrió hacia la puerta y, antes de cerrarla, dirigió un último vistazo a sus padres. —Estarán bien—. Se dijo —estarán bien, William—. Y sin más salió de la habitación.

Corrió escaleras abajo con la intención de poder alcanzar a los Odenson por la carretera que llevaba al pueblo. Pero, en cuanto puso un pie en el comedor, descubrió a Asger junta a la ventana observando hacia el exterior. El hombre tenía el brazo izquierdo extendido hacia su hermana que lo veía con detenimiento y un gesto de desagradable temor en el rostro.

El chico se acercó con sigilo, intentando que los hermanos no advirtieran su presencia y pudo escuchar como Odette le decía a su hermano:

—Te arriesgaste mucho al hacer eso, Asger. No puedo curar esto sin los hechizos correctos y sabes que se extenderá rápido.

William se quedó quieto junto a una de las paredes que separaban el comedor de la estancia y observo la escena.

—Estaré bien, Odette—. Dijo el hombre sin dejar de ver a través de la ventana—. Se están retirando —Susurro.

William dirigió su atención al brazo que Odette sostenía y se percató de que la piel de este, antes pálida y lozana, había adquirido un tono negro en la punta de los dedos; la mano y la muñeca estaban de un tono gris y la negrura de los dedos parecía serpentear y subir poco a poco por estas.

William recordó que esa fue la mano que, presuntamente, Asger había introducido en el pecho de su madre.

—Asger... no creo que se bueno que...

—Tranquila. Te dije que estaré bien —dijo el hombre mientras miraba a

su hermana y sostenía el rostro de esta entre sus manos.

—Sabes lo que este tipo de corrupción puede hacer, y no creo soportar que... —Pero la chica no pudo continuar hablando.

William abrió los ojos perplejo. Si bien Asger había interrumpido a su hermana antes mientras esta hablaba, jamás espero que este detuviese los labios de su hermana con los suyos para hacerla callar.

La escena le produjo un escalofrió a William. Estaba totalmente desconcertado. Se percató de que la joven correspondía el suave beso de forma natural, como si fuera completamente normal que los hermanos se besaran. Sin embargo, toda la confusión y extrañeza que sintió se disipó al recordar algo que Odette le había dicho durante la cena en la casa Odenson: —Sé que para los demás no está bien actualmente, pero... nuestra familia a casado hermanos durante siglos, Bill... hay cosas que... son cuestión de sangre.

Y William comprendió que un simple beso para los hermanos frente a él podía ser tan común como beber un vaso de agua.

Cuando vio que Asger se separaba levemente de la joven y unía sus frentes para luego susurrarle algo que no logro escuchar, supo que era hora de hacer su aparición en la sala. Camino unos cuantos pasos hacia atrás y simuló estar recién terminando de bajar la escalera.

—Termine con la botella, Asger. —Dijo el chico entrando en la estancia. Sin embargo, los hermanos no parecieron alterados con su presencia.

—Bien. —Dijo, Asger mientras se separaba lentamente de su hermana y bajaba la manga de su abrigo negro—. Hay que irnos entonces. Ya ellas están en camino.

—¿Crees que llegaremos antes que ellas? —Pregunto Odette.

—No lo creo... hemos perdido mucho tiempo. La familia tendrá que contenerlos mientras llegamos. Hay que partir ahora.

William sintió que debía decir algo, que quizás era esa su oportunidad de ayudar:

—Podríamos ir en una de la motocicletas de mi padre.

Asger se giró para mirarlo profundamente y luego agregar:

—¿No crees que se molestara si despierta y no está?

—Si. —dijo el chico—. Pero si no la tomamos tal vez no despierte.

Asger volvió a observarlo en silencio —Está bien—. Dijo para luego abrir la puerta.

Cuando salieron de la casa William pensó que vería césped quemado, arbustos pisoteados y brea negra con plumas por todas partes, pero ese no era el caso. En el jardín de enfrente no había evidencia alguna de lo que había ocurrido la noche anterior. Seguía oscuro y la madrugada cubría con su viento frío todo el exterior.

—Es como si nada hubiese ocurrido —dijo William en un susurro.

—Es gracias a la magia de los guardianes de bolsillo. —Le explico Odette si dirigirle siquiera una mirada—. Cuidan que las personas para quienes fueron enviados no se den cuenta que algo extraño ha sucedido. Por eso no se escuchaban los sonidos dentro de la casa. —Con concluyo la chica con voz cabizbaja.

William observo a la joven y se dio cuenta que estaba bastante triste y algo le decía que no solo era por lo que su hermano tenía en su brazo. Sentía que era a causa de lo que él les había dicho mientras intentaban salvar a su madre. Pero cuando comenzó a hilar las primeras palabras para pedirle disculpas a su amiga, Asger lo sujeto por el hombro y le dijo:

—Muy bien, no hay tiempo que perder. Llévanos a esa motocicleta.

Rodearon la casa y entraron al garaje. Dentro estaba la camioneta de su padre, aun con su bicicleta en la parte trasera; había también un Lamborghini deportivo azul y dos motocicletas deportivas bastante grandes.

William se acercó a una pequeña pizarra que había junto a la puerta del garaje donde habían herramientas colgando y tomo una de las llaves que se encontraban en una esquina.

—La verde es la mía... —dijo William, mientras caminaba hacia la motocicleta—, o debería ser mía dentro de dos meses.

— ¿Tu padre te regalara una motocicleta? —cuestiono Asger acercándose al joven.

—Dice que con 18 años ya debería ser lo suficientemente responsable... pero no me la regalara. Me hará un descuento por ella, solo tendré que pagar la mitad. Así que... si algo pasara hoy, será mi motocicleta la

que quede destrozada.

William suspiro ligeramente y le tendió las llaves a Asger.

—No se conducir eso, niño. —Dijo el hombre—. Pensé que conducirías tu.

— ¿Yo? Pero...

— ¿No sabes conducirla tampoco? Entonces tendremos que comenzar a caminar.

—Si puedo hacerlo, pero...

—Entonces no veo cual es el problema. Vamos date prisa ¿Qué no quería ser de ayuda?

William trago grueso. Claro que sabía conducir la motocicleta, su padre lo había inscrito en una academia para pilotos de carreras a dos ruedas cuando había cumplido los 15, pero había tenido que dejar de practicar cuando se mudaron, hace ya más de un año.

—Bien. —Dijo el joven y subió al asiento.

Cuando encendió la motocicleta, el leve ronroneo del motor le produjo un cosquilleo en la punta de los dedos que hacía tiempo no sentía. La emoción de ir por la carretera a alta velocidad era insuperable, en su opinión.

Sintió como alguien se sentaba tras sí y se movió ligeramente hacia adelante para ceder algo de espacio a sus acompañantes. No podría adoptar la postura usual que se debe tener cuando se conduce una motocicleta deportiva. Tampoco podía ir a demasiada velocidad ya que, sin la postura correcta (totalmente inclinado hacia el frente), sería difícil maniobrar. Sintió que los nervios le revolvían otra vez el estómago: su vida podría estar en peligro con solo hacer ese pequeño viaje de la residencia al pueblo.

Respirando profundamente y sabiendo que el viaje seria incómodo y arriesgado, tomo el casco que se encontraba apoyado tras el parabrisas y vio giro su vista hacia un estante que estaba a su izquierda.

—Asger —dijo el joven—, antes de subir a la motocicleta ¿podría tomar un par de cascos del estante?

El hombre giro su cabeza en dirección a la que señalaba el chico. Se colocó frente al estante y tomo un casco azul rey y se lo coloco a su hermana en la cabeza. La observo por unos instante y luego de fruncir levemente el

ceño se dispuso a subir a tras ella.

—Asger, debes colocarte un casco. —Dijo William un tanto nervioso.

—Ese visor es muy oscuro y probablemente no pueda escuchar bien si me lo coloco. Necesito estar alerta durante el trayecto.

—De cualquier forma, no creo que puedas escuchar demasiado con el ruido del motor. —Refuto el joven un poco mosqueado.

—Si lo hará, Bill —dijo la voz de Odette, que se escuchaba amortiguada detrás del gran casco—. No te preocupes.

El joven, soltando un ligero resuello y se colocó su casco. Apunto la llave de la puerta del garaje hacia el nado electrónico y con un ligero apretón esta comenzó a abrirse.

Cuando puso en movimiento la motocicleta, sintió los ligeros brazos de Odette rodeándolo con fuerza y el casco de la chica apoyado en su espalda. Noto que la joven comenzaba a temblar ligeramente tras él. Lo más probable era que esta fuera la primera vez que su amiga subía a una motocicleta.

Cuando la puerta del garaje se abrió lo suficiente, William los hizo avanzar un pequeño tramo hasta quedar frente a este y apunto la llave a sus espaldas para que la puerta se cerrara de nuevo. Lego, comenzó el corto viaje a Howll.

William sentía el frio de la madrugada escurrirse por su sudadera, helándole la piel. Desde el momento en que salieron de la residencia tenía la leve sensación de que los estaban siguiendo, pero por más que veía por los espejos de le motocicleta, no había señal de que alguien estuviese tras ellos.

Sintió a Odette moverse ligeramente tras él. Giro su cabeza a un costado y pudo notar de soslayo como Asger también variaba su posición. Volvió su vista al frente y trato de concentrarse en el trayecto (solo estaban a unos 10 minutos del pueblo) en lugar de prestar atención al cambio en el comportamiento de los hermanos.

Se estaba preparando para aumentar la velocidad, cuando una mancha oscura pasó frente a ellos. William sintió el impulso de frenar pero, con tanto peso extra, podría resultar peligroso. Siguió avanzando.

Un nuevo borrón oscuro paso a toda prisa, esta vez más cerca. Quizás

el vidrio ahumado del casco le estaba jugando malas pasadas. Otra mancha... aparte, por un breve instante, una de sus manos del volante y subió la visera del casco y, finalmente, pudo ver con claridad lo que ocurría a su alrededor.

Una gran colonia de murciélagos negros revoloteaba sobre ellos; volaban cerca de la motocicleta; frente a ella; se lanzaban en picada para luego alzar vuelo.

El corazón de William comenzó a latir de manera violenta. Fijo su mirada de nuevo en la carretera y aceleró. Debían salir de allí lo antes posible pero, las curvas y pequeños topes del camino comenzaron a hacer difícil la tarea de maniobrar la moto con dos personas más en ella. Y los murciélagos, que comenzaron a lanzarse violentamente contra ellos, no facilitaban la tarea.

Los alados mamíferos chillaban descontroladamente y revoloteaban demasiado cerca: se estrellaban contra la motocicleta y contra las personas que iban en ella.

William tuvo que soltar de nueva cuenta una de sus manos del volante para sacudir a los murciélagos que se posaban en su casco o trataban de estrellarse contra su cara.

— ¡Odette! —Grito el chico con todas sus fuerzas—. ¡Sujétense bien, voy a acelerar!

Odette logró escuchar la voz de su amigo entre el ruido de la motocicleta, el viento, los chillidos y los aleteos feroces de los murciélagos. Había subido la visera de su casco en cuanto Asger había cambiado ligeramente de posición a su espalda y se había puesto inusualmente tenso. Él sabía que los animalejos los habían empezado a seguir desde el momento en el que salieron de la residencia.

La Chica gritó a su hermano que se sujetara también. No había terminado de percibir como Asger la cubría, cuando la motocicleta aceleró y con ella, los aleteos y la colonia de animales alados.

La vertiginosa velocidad que había adoptado hacia que sintiera el terror correr por sus venas. Si las brujas no lo mataban, tal vez esa oscura carretera y los murciélagos lo harían. Quiso asegurarse que Odette y Asger estaban bien, pero cuando giró su cabeza sintió que la chica se movía también y sus cascos chocaron bruscamente. El repentino golpe fue suficiente como para que su inquieto y confundido cerebro se bloqueara y desorientara por un

instante, haciéndolo perder el control de la motocicleta.

Los murciélagos parecieron advertir que el chico perdía el control y lanzaron con más ahínco contra ellos. Los chillidos se hacían más intensos y sentían las alas batirse sobre ellos y las pequeñas patas arañando sus cuerpos. Uno de los murciélagos logro chocar contra la visera del casco de William (la cual el chico había bajado antes de acelerar) y golpeaba con sus alas con tanta fuerza que el chico podía escuchar el eco de los golpes rebotar en el interior del casco y luego en su cerebro. Sacudió efusivamente la cabeza para intentar sacarse de encima al animal, manteniendo lo más firmes que podía sus manos para no estrellar la motocicleta.

Cuando el murciélago pareció perder fuerzas y término deslizándose por un costado del casco, William suspiro aliviado, solo para descubrir que iban directo hacia los árboles. Giro rápidamente el volante de la motocicleta y esta dio una vuelta brusca hacia la derecha que la hizo inclinarse demasiado. Sin embargo, no se volcaron, y con todas sus fuerzas y rezándole a los Dioses, William los puso en marcha de nuevo.

La punta de la torre de la iglesia del pueblo ya se dibujaba entre la penumbra.

Seguían tratando de alejar a los murciélagos, a escasos tres minutos de la entrada del pueblo, cuando un fuerte golpe los sacudió. Esta vez, William no pudo evitar lo inminente.

La motocicleta pareció suspenderse un momento en el aire y, mientras caía, William vio todo pasar muy despacio. Odette y Asger caían a su lado mientras la motocicleta quedaba a unos cuantos metros de ellos. Los murciélagos alzaban vuelo y un fuerte dolor se instalaba en su espalda.

El golpe contra el pavimento hizo que sus pulmones quedarán vacíos y sin respuesta por unos instantes. Sintió como los gujarros se le clavaban en la piel que algunos rasguños de los murciélagos y el roce con la carretera habían dejado expuesta a través de su sudadera. Noto que su espalda ardía y también el costado de su rodilla izquierda.

Giro sobre si con dolorosa dificultada y vio a Odette en el suelo junto a su hermano. Se quitó el casco y lo arrojó con frustración, se acercó lentamente a sus amigos y cayó de rodillas junto a Odette. La sostuvo en sus brazos y le quito el casco. Tenía algunas heridas en sus brazos descubiertos y en sus piernas pero parecía respirar. Estaría bien.

Cuando levanto su cabeza para asegurarse de que Asger estaba bien, se encontró con el hombre sentado viendo fijamente frente a él. Intrigado, el chico desvió su mirada en dirección la dirección que el hombre observaba y se dio cuenta de que no habían tenido un simple accidente por ir a exceso de velocidad.

Frente a ellos, de pelo negro y ojos intensa y sobrenaturalmente verdes, se encontraba el carnero más grande que William hubiese visto jamás. Bufaba y golpeaba el asfalto con su pata delantera mientras movía su cabeza de un lado al otro.

William noto como Asger comenzaba a levantarse lentamente y el carnero respondía a sus movimientos avanzando un par de saltos hacia ellos.

—Levántate, William. —Le dijo fríamente al joven.

—Pero ella... —dijo el chico mientras sostenía a Odette.

—Ella estará bien. Levántate.

William recostó a Odette de nuevo en el suelo y comenzó a levantarse. El carnero se movió un paso más hacia ellos. Noto que Asger se colocaba sobre su rodilla izquierda y ponía su mano a escasos centímetros del rostro de su hermana y, un segundo después, esta abrió los ojos, desorientada.

Asger puso de pie a su hermana de un solo movimiento y la empujo contra William para que la sostuviese. Sin esperar un segundo más, el hombre saco de nuevo su espada y William por fin se dio cuenta de cómo lo hacía: esta simplemente aparecía desde su muñeca, bañada en esa danzante luz pálida y parecía ser parte de su brazo. Pero se veía algo pagada y, de la unión que se producía entre la espada y la mano del hombre, se podía deslumbrar un enfermizo tono verde oscuro.

—Comiencen a caminar hacia el pueblo antes de que aparezcan más.

William lo miro sorprendido. Sin un transporte se encontraban a unos cinco minutos del pueblo, si corrían tal vez menos. Pero no creía poder correr demasiado. Sentía la sangre descender por su pierna bajo el pantalón y su espalda ardía cada segundo con más intensidad.

— ¿Cómo nos defenderemos si algo pasa, Asger? —pregunto William temeroso sin quitar su vista del animal frente a ellos.

—Ella puedo con esto. Además... la familia los está esperando.

—Asger... —llamo Odette a su hermano con voz ahogada.

—Estaré bien. Iré tras ustedes.

Y como si los seres oscuros supieran de qué hablan, de entre las sombras comenzaron a emerger más ojos de colores brillantes.

William sujeto a Odette con fuerza y dio un paso hacia atrás:

—Vamos, Odette.

La joven solo podía ver a su hermano de pie dando cara a esas horrendas criaturas que comenzarían a abalanzarse sobre el en cualquier momento. Y, sin poder evitarlo, grito:

— ¡No lo hagas, Asger!

Y como si esa hubiese sido la señal que esperaban, los seres de negra apariencia comenzaron a correr desde el bosque, tanto hacia Asger como hacia los dos jóvenes.

William soltó una exhalación y sujeto con más fuerza a Odette colocándola tras de sí cuando un enorme ciervo negro con cornamenta agrietada por surcos de fuego, se abalanzó contra ellos. Pero el golpe que el chico esperaba recibir nunca llegó.

Asger se movió con una velocidad sobre humana hacia los jóvenes y su centellante espada atravesó al oscuro ciervo de lado a lado. Luego de soltar un bramido de agónico dolor, el animal se consumió en llamas rojas y sus cenizas se perdieron en la penumbra.

Los chicos miraban asombrados lo que había sucedido frente a ellos. Pero la impresión rápidamente fue suplantada por angustia y miedo cuando vieron como los demás animales comenzaban a rodearlos.

—Sabía que tratarían de impedirnos pasar... —Susurro el mayor de los Odenson—. ¡Corran ya! Hay que ir al pueblo cuanto antes.

De un empujón, el hombre logró poner en marcha a los perplejos jóvenes. A medida que avanzaban, Asger movía su espada a diestra y siniestra, logrando acabar con muchos de los seres que los atacaban.

— ¡Odette! —grito de pronto Asger—. Necesito que me ayudes. No puedo con todos.

William se encontraba corriendo junto a su amiga mientras golpeaba,

con casco en mano, a uno extraño y enorme perro que les había dado alcance, cuando vio un leve brillo a su lado, en donde se encontraba Odette. El muchacho giro su rostro rápidamente y, completamente maravillado, descubrió que su amiga ahora portaba un gran y luminoso arco.

El arma era similar a la que portaba Asger: desprendía la misma luz pálida y parecía envuelta en llamas frías que se fundían con la mano de su portadora. William estaba absorto ante esto, pero volvió a la realidad que lo rodeaba cuando sintió como algo se prendía de su pierna derecha. Miro desconcertado hacia abajo y descubrió una criatura parecida a un simio aferrado a su pierna intentando romper la bota de su pantalón. El chico sacudió la pierna intentado quitárselo, pero cuando sintió una dolorosa punzada en el tobillo, golpeo al animal fuertemente con el casco haciendo que este se convirtiera en cenizas.

El dolor en el tobillo era intenso, tanto que sentía que le ardía hasta el hueso y lo hizo tropezar. En el suelo, William vio como otro perro se lanzaba sobre él con las fauces abiertas de par en par, pero de un instante a otro, este cayó abatido por un destello blanco que se había clavado en un uno de sus costados y se desvanecía con él. William giro su mirada sorprendido y descubrió a Odette de pie, a unos metros de él, observándole con rostro fiero y el arco alzado y listo para disparar de nuevo. El chico observo a su amiga con detenimiento. La vio disparar una nueva flecha en su dirección y junto a ella. Las flechas se formaban en el mismo instante en que la joven tiraba de la fina cuerda del arco y zigzagueaban en el aire hasta dar con el objetivo. No parecía ella misma, su mirada era demasiado segura como para ser la de la chica que conoció un año atrás; se veía más alta (quizá esto se debía a que el aún estaba en el suelo); y sus ojos eran fieros y desprendían ese ligero brillo azul que había visto cuando están en la habitación de sus padres.

Sintió una mano tomarlo de la capucha de su desgarrada sudadera y levantarlo; ya sabía que era Asger quien lo instaba a levantarse. Al ponerse de pie, no pudo evitar quejarse y jadear debido al dolor que atravesó su tobillo. Cojeando notoria mente, reunió toda la fuerza que tenía en su cuerpo y empezó a avanzar dirección al pueblo, golpeando con el casco a todo aquello que se moviese a su alrededor.

De un momento a otro, William comenzó a sentirse agotado de manera inexplicable. Giro su cabeza a un lado y descubrió a Asger jadeante y moviendo los brazos sin fuerza. Vio a su otro costado y encontró a Odette en

las mismas condiciones: con la respiración ahogada y el arco abajo. Vio como una chispa de luz se formaba en los dedos de la joven cuando intento disparar a un enorme oso que avanzaba hacia ellos, pero esta se extinguió enseguida junto con el arco de luz y toda la fuerza de la joven.

Al ver que su magia se extinguía, Odette dio unos cuantos pasos atrás hacia su hermano y su amigo. Se sentía pesada y soñolienta como si su alma se escapara poco a poco de su cuerpo. Cuando vio que los oscuros animales que los habían atacado comenzaban a caminar más lentamente hasta detenerse, supo que había algo mucho más peligroso que ellos desde ese punto.

—Asger... —Dijo la joven suavemente, sintiendo los parpados pesados.

Su hermano giro para verla y pudo descubrir en sus ojos que ya sabía lo que ella le diría. El hombre suspiro fuertemente y sacudió su mano para terminar de desvanecer los tenues rastros de la espada que aún se aferraban a él.

—Tranquilos. Estamos por llegar al pueblo. —Dijo el hombre intentando tranquilizar a los más jóvenes.

— *¡Yo no estoy tan segura!*

De inmediato, los hermanos Odenson se colocaron casi sobre William, cubriéndolo lo mejor que podían.

Los animales oscuros frente a ellos comenzaron a desvanecerse poco a poco hasta que se convirtieron en una gran columna de cenizas ardiente que subía hacia los árboles y comenzaba a rodear a una figura femenina posada en la copa de un enorme roble.

La figura era iluminada levemente por la luna y sonreía de forma desquiciada a los tres mortales que la veían atónitos.

—*Soy Grigehg Itcuar. Y mi encomienda es acabar con los intrusos.*

William observo detenidamente a la figura en la copa del árbol, sin embargo, solo pudo distinguir su blanca sonrisa y sus brillantes ojos rojos. Sintió a Asger tambalearse un poco junto a él y caer de rodillas. Desvió su mirada de la bruja que los amenazaba y observo como Asger se sujetaba el brazo izquierdo con una expresión de agonía plasmada en su rostro. Odette se movió rápidamente hasta su hermano y sujeto su brazo; alzo la manga del abrigo de este y vio como la mancha negra, que antes cubría solo los dedos, se había extendido hasta la mitad de su antebrazo. La sádica riza de la buja logro

que todos volvieran su atención hacia ella.

—*Falta poco. Falta poco, Valkaliar. Pronto te unirás a nosotros.*

Asger le dirigió a la bruja una mirada de total desagrado y odio. Tomo la mano de su hermana para acercarla más a él y le dijo:

—Dile a tu guardián que se quede aquí y ustedes corran lo más rápido que puedan a Howll. Ya no falta demasiado.

—No te voy a dejar, Asger. —Dijo la joven con voz decidida pero cansada.

—De cualquier forma mi vida ya termino, Odette. Y prefiero morir protegiéndolos antes que volverme un *Ktsar*. Por favor, váyanse.

Odette vio con detenimiento a su hermano y luego metió la mano en un pequeño bolsillo que tenía su vestido. Cuando la abrió, William pudo distinguir el iridiscente plumaje del pajarillo que su amiga había invocado esa tarde. La vio acercarlo a su rostro y susurrarle algo para luego dejarlo revolotear sobre ellos.

Odette se levantó y se acercó a él le dio un beso en la frente. William no estaba seguro de que significaba, pero lo había sentido como una despedida. Luego la chica se arrodillo frente a su hermano y lo beso en los labios ligeramente para luego ponerse de pie. Asger sujeto el brozo de la chica y le dijo con voz angustiada:

— ¡No lo hagas! No podrás contra ella.

—Confía en mí, Asger —dijo la chica mientras sus ojos se volvía azules—. *Sabes que podemos contra la oscuridad, no importa lo profunda que sea*—. Finalizo la chica con una voz que no era suya.

Al terminar de decir eso, de las manos de la joven se desprendió una tenue luz blanca y William sintió como algo lo empujaba ligeramente hacia atrás. Lo siguiente pasó muy rápido.

Asger grito el nombre de su hermana con una desesperación y un miedo que William jamás imagino escuchar en la fuerte y regia voz del primogénito de los Odenson. Lo vio ponerse de pie con dificultad y acercarse hacia donde estaba la joven, pero, cuando estaba a punto de tocarla, una fina corriente de luz cubrió a la joven y el pequeño guardián-ave de la joven se separó de sí mismo y formo dos cuerpos con la imagen exacta de Asger y

William a cada lado de la joven, mientras ella sostenía su arco y el Asger falso, su espada de luz.

El hombre dio un paso atrás y susurro:

—Ya no hay marcha atrás... Ya ella cree que somos nosotros... hay que seguir, William.

Y aun sosteniendo su brazo, Asger comenzó a caminar carretera abajo, hacia el pueblo de Howll.

Cuando Asger le dio la espalda, William no pudo resistir el impulso de mirar hacia su amiga. Cuando alzo la vista al frente, descubrió que el William falso le sonreía con sinceridad y su mirada soñadora y apacible lo hizo estremecer. El chico comenzó a caminar hacia atrás lentamente, mientras sentía que su estómago se revolvía ligeramente al descubrir que esa inocencia sobrenatural que había visto en los ojos del impostor cuando estaban en su habitación, jamás volvería a estar en los suyos. Porque en ese momento, desviando su mirada hacia la bruja sobre el árbol; recordando ver a su madre desangrándose y siendo salvada por los Odenson; sintiendo la terrible e inminente posibilidad de perder a una chica a la cual consideraba su mejor amiga después de Josh; sintió que un gran odio y una ira irrefrenable comenzaba a crecer en su interior, zanjando así, de manera definitiva la única diferencia que había entre él y el guardián de Odette.

13

Un tenso silencio se abalanzo sobre ellos cuando dejaron a tras a la hija menor de los Odenson. La anticipación y la incertidumbre hacían mella en los corazones de los hombres que caminaban con dificultad por la oscura carretera.

Asger no había levantado la mirada del asfalto desde que tuvo que dejar atrás a su hermana y William avanzaba de forma torpe debido a su tobillo y rodilla heridos. Tenía la mandíbula tensa y rezaba a todos los Dioses porque su amiga lograra zafarse ilesa de las garras de aquella bruja.

Ambos estaban absortos en sus pensamientos, cuando un brillo rojizo comenzó a emerger de entre los árboles. El joven distinguió el fulgor de soslayo y supuso que sería el sol naciente. Sin embrago, al percatarse de que un aroma a humo impregnaba el aire, levanto su vista alarmado y se dio cuenta de que el brillo no provenía del amanecer.

Horrorizado, giro su cabeza hacia Asger, quien también contemplaba con angustiado asombro la escena que se desarrollaba frente a ellos: los arboles de laurel alrededor del viejo poblado de Howll estaban ardiendo entre enormes llamas rojas.

Reuniendo todas sus fuerzas, ambos comenzaron a correr hacia la entrada del pueblo y descubrieron a la familia Odenson enfrentándose a innumerables sombras que emergían de los árboles en llamas. William descubrió que los mayores dentro de la familia peleaban con armas similares a las que les había visto usar a Asger y a Odette.

Asger tomo al joven por el brazo y lo condujo hasta donde se encontraban sus padres:

— ¡Padre! —clamo el hombre al encontrar a su progenitor.

— ¡Hijo! Me alegro de verte ¿Dónde está tu hermana?

La expresión de Asger se ensombreció y con voz rota dijo:

—Nos sorprendieron de camino aquí... ella decidió salvarme... yo... no puedo pelear. —Dijo Asger a su padre mientras levantaba la manga de su abrigo y le mostraba la mancha negra que ya llegaba un poco más arriba del codo.

El patriarca de la antigua casa miro con horror a su primer hijo y luego de apretar su hombro con fuerza, le dijo:

—Ve con tu madre, ella sabrá que hacer.

Asger asintió y comenzó a caminar en la dirección en la que había visto a su madre combatiendo y derribando a un par de brujas. Luego de ver a su hijo irse, Eberhard Odenson se dirigió a William y le tendió una pesada espada que tenía colgada de su gran cinturón:

—Tal vez no es como esta— dijo el hombre levantando una gran hacha que manaba un brillo plateado—, pero esta bendecida por nuestros ancestros y acabara con esos asquerosos seres de una sola estocada.

William tomo la espada y para su sorpresa no era tan pesada como parecía. Soltó el casco con el que se había estado defendiendo y apretó, con ambas manos, la empuñadura del arma y la blandito frente a él. La sentía cálida, casi como si el metal estuviese vivo.

Observó cómo el señor Odenson alzaba su hacha y la lanzaba con gran fuerza hacia una de las sombras que se abalanzaban en su dirección. Movi6 su vista alrededor y pudo ver a los hermanos de Odette peleando con espadas parecidas a la que el portaba. Incluso los pequeños Gale y Gila estaban defendiendo su hogar, Gila con una pequeña resortera con la cual arrojaba pequeños guijarros que relucían como perlas a la luz del fuego y dejaban tras de sí una fina estela de luz blanquecina; y Gale cubría la espalda de su hermano con un pequeño mazo y un escudo que brillaban como plata recién pulida.

El chico movió la espada a su derecha, cuando sintió la oscura presencia que ya le era familiar, y logro tocar con la punta de su espada el cuerpo de la bruja. La brillante espada desprendió un destello cuando cortó el brazo izquierdo de la larga figura femenina de ojos verdes brillantes, que parecía haber estado sumergida en un profundo pozo de aguas estancadas. El ser lanzó un alarido de dolor y su cuerpo se desvaneció en el aire dejando en su lugar un enorme murciélago que comenzó a volar lejos con un ala herida.

— ¡William! —Escucho el chico que le decía una voz infantil a su lado —. Tienes que lastimarlas en el pecho o en la cabeza para matarlas —decía el pequeño Gila mientras se dirigía hacia el corriendo—, no las dejes escapar.

Otra criatura se lanzó hacia ellos desde su izquierda, pero se detuvo

por un instante y observo al niño, para volver a la carga luego de un momento, solo para ser atravesada por la espada de William y desvanecerse en forma de pequeñas estacas de vidrio negro y humo rojizo.

—Muy bien, William —dijo el infante, con una mirada rencorosa en el rostro que sorprendió al joven por un momento—. ¡Mira, William! Allá va una. Se dirige al bosque. No podemos dejarla que escape.

El niño comenzó a correr en la dirección señalada y William lo siguió sin inmutarse. Quizá haya sido producto de la adrenalina, de la confusión, de la preocupación por su amiga o por el afán de no perder al pequeño Odenson de vista y que la familia pudiese perderlo a él también como a su hermana, pero el joven no logro percatarse de que los gemelos Odenson se encontraban en dirección contraria a donde él se dirigía, peleando ambos mano a mano a espaldas de uno de sus hermanos mayores.

El pequeño Gila corrió rápidamente, haciendo que William tuviese problemas para seguirlo y deshacerse, a la vez, de las brujas que llegaban para atacarlos. La rodilla y el tobillo del chico tampoco ayudaban demasiado. En más de una ocasión alguna bruja había conseguido sujetarlo de un brazo o de una pierna, ocasionando que la tela de la ropa que portaba crepitara y ardiera o se rasgara dejando su piel increíblemente helada. Sin embargo, William pudo notar que las veces que alguna de ella se acercaba al brazo derecho se apartaban enseguida. En un principio creyó que era debido de que con esa mano sostenía la espada, pero luego se dio cuenta en esa muñeca llevaba el brazalete que la señora Odenson le había dado.

Vio al niño entrar a una tienda, abriendo la puerta como si nada. Supuso que la bruja que perseguían había entrado allí primero. Pero, cuando estuvo frente a la tienda, pudo notar que se trataba de la librería de los Gundersen y una extraña sensación lo recorrió.

Con un mal presentimiento recorriéndole el cuerpo entero, avanzó hacia la puerta del local que conocía tan bien. La manija de la puerta estaba helada, demasiado para una noche de verano. El niño había dejado la puerta entre abierta y William solo tuvo que empujar un poco para lograr entrar.

Cómo era natural, el interior de la tienda estaba totalmente a oscuras. William apretó la empuñadura de la espada fuertemente y avanzó decidido mientras llamaba al pequeño:

—Gila... —dijo el joven entre susurros mientras pasaba frente al mostrador junto a la entrada—. Gila ¿Dónde estás?

—*Qué bueno que llegas* —dijo una voz suave y tranquila que William había aprendido a temer desde la primera vez que la escucho—. *Te estuve esperando por bastante tiempo...*

William giro su cabeza en todas direcciones. La voz parecía emerger de cada pared de la librería y lo aturdió.

— ¿Donde está el niño?

—*Ah... si. Tu pequeño amiguito...*

El chico percibió un leve movimiento justo a su izquierda y giro de prisa para descubrir a Igorahg emergiendo de las sombras que cubrían la entrada de la sección de los grandes estantes negros. Lucía la misma apariencia que cuando se poso en el tejado la noche anterior para acorralarlo a él y a Odette, pero ahora la pudo detallar mejor: el cuerpo desnudo de color marfil siendo surcado por líneas negras que destilaban pequeñas líneas de humo amarillo y naranja; sobre sus hombros una espesa capa de plumas negras que parecían cubiertas de brea; y los ojos de iris obsidiana con escleróticas amarillas brillantes.

—*Dime una cosa niño*—hablo de nuevo la mujer ante el aterrado muchacho, mientras movía su mano derecha—, *¿te gusto mi truco tanto como el de ella?* —Y de un rincón apareció el pequeño Gila y se detuvo junto a la mujer, solo para transformarse en una masa amorfa cubierta de plumas. La misma que Igorahg había dejado caer desde el tejado en su casa.

— ¿Como es qué...? —Dijo el chico titubeante cuando descubrió que esa bruja podía hacer lo mismo que había hecho Odette con su ave-guardián.

—*Podría decirse que... aprendo rápido. Y ella fue mi maestra* —dijo la bruja sonriendo ampliamente.

—Nos estabas viendo... —respondió el joven Jackson con voz ahogada—. Tu ya estaba allí antes de que saliésemos de la casa...

—*Cuando “interrogue” a tu madre deje un pequeño regalo en tu habitación y, a pesar de que tu amiguita es bastante lista, yo soy indudablemente más fuerte.*

William comenzó a sentir el frio del miedo entumecerle los músculos y

paralizarlo como cada vez que se encontraba frente a ese ser.

Igorahg sonrió al ver como el chico comenzaba a caer en la desesperación y, sin dudarlo un segundo, movió su mano derecha hacia el joven y al instante el amasijo de plumas que estaba a su lado se abalanzo sobre el chico y lo envolvió cubriendo casi todo su cuerpo e impidiéndole moverse.

William sintió que su piel se volvía hielo cuando la gran masa negra lo envolvió. Sentía como las plumas negras se enterraban profundamente en su cuerpo como agujas y el ser lo comprimía tan fuerte que le impedía respirara. Pudo ver como Igorahg se acercaba a él poco a poco:

—Debo admitir que la magia de esa familia es... interesante. Ese círculo nos mantuvo fuera por mucho, mucho tiempo. Qué bueno que llegaras Te'kind. Sin tu presencia jamás habríamos podido lograrlo.

— ¿Que es... lo que quieren? —cuestiono William con la voz estrangulada por el dolor y el miedo.

—Solo viene por unos cuantos libros... y como he esperado milenios por este momento, tal vez me divierta un poco haciéndote sufrir.

William intento removerse para lograr liberarse, pero sintió que cada segundo que pasaba su fuerza se agotaba. Fue cuando, en su afán de liberarse, se dio cuenta que su mano derecha estaba libre. Como todos los demás, la gran masa de plumas negras había evitado acercarse demasiado al brazalete. Así pues, antes de que Igorahg pudiese siquiera reaccionar, William movió la espada a lo largo de su captor haciendo que este comenzara a desvanecerse como cenizas ardientes.

Cayó al suelo aturdido. Vio como la bruja se movía un poco hacia atrás e instantáneamente, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, se lanzo hacia adelante con la espada lista para atravesar a su enemigo. Sin embargo, la bruja tenía miles de años de experiencia y pudo desviar fácilmente el ataque del chico. El joven trastabilló hacia adelante y cayó de bruces. Sintió un fuerte ardor en la espalda que lo hizo gritar de dolor. Cuando giro su vista hacia atrás, descubrió a Igorahg sosteniendo un largo látigo hecho de sombras y con una sádica sonrisa en su rostro.

—No te esfuerces demasiado, Te'kind. No tienes el poder suficiente, ni el conocimiento para vencerme.

William apretó la espada y movió velozmente hacia su espalda, fallando nuevamente. Levanto su rostro y distinguió como el látigo de la bruja se transformaba en un fino estoque de cristal negro.

—*Finalmente lograremos regresar...*

Pero antes de que Igorahg pudiese hacer algo más, el sonido de un disparo retumbo por la habitación.

William giro su cabeza hacia el fondo del local y pudo ver a Roger Gundersen apuntando a la bruja con una escopeta, y cubierto de sangre:

—Mejor vete ya, espectro —dijo el hombre con voz compungida y ahogada por el dolor.

Dejando escapar una macabra risa, Igorahg miro a William por última vez:

—*Aun no estás listo pero, cuando lo estés, regresare por ti, Te'kind.*

William se puso de pie y volvió a cargar hacia la bruja, pero está se deslizo rápidamente hacia la salida, atravesando la solida materia de la puerta como una sombra. Al sentir que la helada presencia de Igorahg se desvanecía levemente, el chico corrió hacia el señor Gundersen, quien había caído de rodillas luego de que la bruja desapareciera:

— ¡Señor! Señor Gundersen... ¿está bien?

—Muchacho... —dijo el gran hombre con dificultad—. No, no estoy bien...mato a Elinor... sé que fue ella. Y yo moriré pronto... —finalizo el señor Gundersen entre una agónica y sanguinolenta tos.

—No. No puede morir señor Gundersen. No así... debe haber algo que pueda hacer—dijo el joven desesperado mientras colocaba sus manos alrededor del hombre.

—Lo único que... puedes hacer, muchacho... es salir y evitar que esa horrenda mujer consiga... lo que quiere. Busca a los Odenson. Diles que ella estuvo aquí... y ayúdalos a acabar con esto... por favor. Vete ya...

El chico dudo por unos instantes si debía dejar o no al señor Gundersen. Pero al ver que sus ojos comenzaban a nublarse debido a ese velo blanco que ya había visto antes, decidió hacer lo que el hombre le indico.

Se levanto lentamente, con las lágrimas quemando sus parpados, y tomo la espada del suelo junto a él. Decidido y muy enojado, salió de la tienda

para toparse de nueva cuenta con el caótico exterior. Los arboles seguían ardiendo y los Odenson estaban bastante lejos de él. Cuando se dispuso a correr hacia la familia, que seguían luchando contra los oscuros seres, una voz lo detuvo:

— *¿Ya te vas? Que lastima, siquiera te quedaste a ver el final de tu amigo el gigante...*

William giro su cabeza y distinguió a Igorahg parada en el techo la librería sosteniendo su látigo en una mano. William, al verla, pudo sentir como el miedo que le tenía desde un inicio era remplazado por un sentimiento totalmente nuevo, era un sentir parecido a la ira, pero mucho más profundo.

—Voy a acabar contigo, bruja. —Dijo el joven con una voz gruesa y áspera.

—*Hace mucho tiempo alguien mas también me dijo eso... y heme aquí.* —Contesto la bruja riendo con cinismo y suficiencia—. *Ahora... aunque me gustaría quedarme para ver como tus patéticos guardianes caen uno a uno, ya debo irme. No me conviene perder a más de mis hermanas. Sin embargo, voy a dejarte algo para que me... recuerdes.*

Luego de decir esto último, la bruja movió su látigo de forma tan veloz que William no pudo percibir hacia donde se movía, y fue así que termino sintiendo un fuerte dolor en el pecho y cayendo de espaldas en el suelo debido al impacto del látigo contra su cuerpo.

Con una última risa, Igorahg se transformó en un enorme buitre y comenzó a ascender batiendo sus pesadas alas. Emitiendo un grotesco graznido, el buitre dejo caer algo desde sus patas hacia la tienda de los Gundersen y continuó volando.

William, aun en el suelo algo aturdido, pudo ver como mas figuras aladas se sumaban a la huida de Igorahg, y supuso que el graznido de la bruja indicaba la retirada.

Se encontraba tratando de levantarse cuando un repentino resplandor lo cegó por un momento. Cuando alzo su vista al frente vio que la librería de los Gundersen estaba envuelta en llamas.

Se puso de pie rápidamente con intenciones de correr hacia el interior e intentar sacar al señor Roger, pero unos brazos lo sujetaron con fuerza impidiéndole acercarse al fuego. Cuando giro su cabeza hacia atrás, descubrió

a Astor, uno de los hermanos de Odette, sujetándolo.

—Se acabo, Bill... no hay nada que podamos hacer por ellos— dijo el hombre.

— ¡No! Aun podemos hacer algo... ustedes pueden hacer algo. —Dijo el chico desesperado.

—No, muchacho —se escuchó la voz de Eberhard Odenson—, lo único que podemos hacer ahora... es aplacar el fuego... ¡Mildred, Morac! — Llamo el hombre a sus hijas—. Encárguense del fuego antes de que se propague.

Las mujeres se colocaron una de espaldas a la otra y juntaron sus manos. Un brillo plateado se desprendió de sus dedos y desde sus frentes. Cuando cada una camino un paso hacia adelante en direcciones contrarias, el brillo de sus manos las unió como si fuesen delgados hilos de luz plateada y, con un movimiento de sus brazo y piernas que realizaron con sincronía perfecta, los hilos de plata se extendieron por el suelo como ríos furiosos y cubrieron las bases de los árboles de laurel en llamas y la antigua librería, extinguiendo el fuego poco a poco.

Aunque el despliegue de magia fue asombroso, William no pudo apreciarlo. Su mente no dejaba de recordar al señor Gundersen agonizando en sus brazos; recordó a Odette y como la vio perderse en la negra carretera a merced de una de las brujas de Igorahg; recordó a su madre a punto de morir; e imagino a la señora Elinor, igual que a su madre, pero sin oportunidad de librarse de las garras de la muerte.

Cayó de rodillas en el suelo, sin importarle los brazos que intentaban sostenerlo. Solo quería regresar a casa y descubrir que todo había sido mentira. —Tal vez...— pensó—. Solo sea otro mal sueño...

Repentinamente se sintió exhausto. Sentía las extremidades pesadas al igual que los parpados. Sentía el dolor de las heridas con más intensidad, sobre todo los latigazos que recibió de Igorahg; le punzaban pero, contra toda lógica, no los sentía calientes, como una herida de ese tipo debería sentirse. No. Sentía las marcas, dejadas en su espalda y en su pecho, mortalmente frías. Tan frías que parecían arrancarle el alma.

Lo último que logro ver y escuchar fue a Astor frente a él diciéndole que todo estaría bien. Una mentira, sin lugar a dudas. Luego, todo se volvió un

borrón negro en el que destellaban unos enormes ojos amarillos.

Despertó sobresaltado y sudando profusamente. Miro a su alrededor y se descubrió sentado en un pequeño colchón en el suelo de su habitación. Giro su vista hacia la derecha y se percató de un bulto envuelto en las sabanas de su cama. Lentamente, comenzó a incorporarse y a acercarse a su cama. Notaba los músculos agarrotados y ligeramente adoloridos, pero poco más.

Cuando estuvo a una distancia prudente del bulto que había en la cama, tomo el extremo de la manta y la aparto un poco, solo para descubrir el rostro de alabastro y la cabellera platinada de Odette, quien dormía apaciblemente.

Totalmente aturdido, el joven colocó su mano sobre la mejilla de la chica, observándola como si se tratara de una aparición. Su piel estaba cálida y suave, sin imperfección alguna.

Algo inseguro, el joven tomo el hombro de su amiga y la sacudió levemente mientras decía su nombre:

—Odette... despierta. Odette.

La joven se removió un poco y, lentamente fue abriendo sus ojos. Pero cuando lo hizo, William se percató de que algo no estaba bien. Los ojos color plata de su amiga no estaban allí, en su lugar, habían un par de ojos levemente verdes que despedían emociones que ya había visto antes en otros ojos... unos ojos muy parecidos a los suyos propios.

Dio un paso hacia atrás, sorprendido. Vio como la joven se sentaba en la cama y estiraba sus brazos, para luego mirarlo profundamente e inclinar la cabeza hacia él en forma de saludo. Intrigado, y con una fuerte sospecha instalada en el corazón, el chico preguntó:

— ¿Quién eres? Tú no eres Odette, ¿verdad?

La chica de ojos verdes negó ligeramente con la cabeza sin dejar de verlo.

—Dime donde esta ella —demandó el muchacho, severo.

La joven idéntica a Odette se encogió de hombros con simpleza y salió completamente de debajo de las sabanas para ponerse de pie frente al chico, quien dio un paso atrás.

— ¿Por qué no hablas? Dime donde está. —preguntó de nuevo el

joven, algo molesto y preocupado. Pero como única respuesta solo obtuvo un ligero trino.

Y fue en ese momento que confirmé lo que sentía. Definitivamente su amiga no estaba allí y, en su lugar, solo se encontraba uno de esos guardianes de bolsillo. La chica frente a él era una ilusión.

El joven retrocedió hasta quedar sentado en la silla de su escritorio. Se tomó la cabeza con fuerza y no pudo evitar que unas cuantas lágrimas se deslizaran por sus mejillas. ¿Qué le había pasado a su amiga? ¿Dónde estaba? ¿Todo había sido verdad? Si era así ¿Cómo había llegado a casa?

Ante todas esas preguntas sin respuesta, levanto súbitamente su rostro de entre sus manos y giro la silla hasta quedar frente al escritorio. El ser que había estado el día anterior sobre la madera ya no se encontraba allí, pero si estaba el círculo de sal y las piedras ámbar que su amiga había colocado. Soltando un pesado suspiro se puso de pie y se dirigió al baño, siendo seguido de cerca por el guardián disfrazado de Odette. La verdad no le importaba que el animalillo le siguiera, no era la chica, de cualquier forma. Se deshizo de su pijama (el cual no sabía cómo ni cuándo se lo había colocado) y de su ropa interior. Cuando se estaba levantando la camiseta para quedar totalmente desnudo, escucho que el guardián trinaba fuertemente, como si algo lo hubiese asustado.

Terminado de retirarse la camiseta, William se giró hacia él y pregunto:

— ¿Que te sucede? ¿Estás bien?

La joven de ojos verdes, quien se había alejado unos cuantos pasos, señalo con mano temblorosa el pecho del chico.

William, intrigado, se giró hacia el espejo y no pudo evitar tener una reacción similar a la del guardián cuando describió lo que había en su pecho.

Una línea muy fina se extendía desde su vientre hasta la unión de sus clavículas. Tenía un color violáceo tan intenso que parecía negro, de desde ella se extendían pequeños hilos retorcidos de color azul grisáceo.

Asustado, el joven loco la marca con la punta de los dedos y la sintió fría. Recordando lo que había pasado la noche anterior, la voz de la bruja hizo eco en su mente: —*voy a dejarte algo para que me... recuerdes.* —eso había dicho ella.

Alarmado, William corrió hacia la habitación, notando como el guardián se apartaba de él con premura. Rebusco entre los cajones de su cómoda hasta que encontró lo que necesitaba: un pequeño espejo de forma rectangular. Entro de nuevo al baño y se colocó de espaldas al espejo de la pared y, con el espejo rectangular en las manos, observo el reflejo de su espalda. Allí estaban, curvadas y convergiendo justo en la mitad de su espalda; desde la base de cada lado de su espalda hasta los hombros; con la misma apariencia que la que estaba en su pecho; las marcas de los latigazos que Igorah le había dado.

—N-no fue un sueño... ¿verdad? —pregunto William al guardián que lo miraba con angustia y que negó una vez más con su cabeza.

Tragando pesadamente, el joven se sentó en el retrete y estuvo allí, meditando y recordando todo lo ocurrido la noche anterior. Cuando sintió que había pasado demasiado tiempo, se puso de pie y, como un autómatas, entro a la ducha.

Cuando hubo terminado de arreglarse, decidió que debía asegurarse que sus padres estaban bien. Le indico al guardián que lo siguiera y que no hiciera sonido alguno aunque sus padres le hablasen. Salieron de la habitación del chico y se dirigieron inmediatamente a la principal. Sus padres no estaban en su habitación.

William decidió que debían bajar al primer piso. Condujo al guardián por el pasillo y bajaron juntos las escaleras. Cruzaron la estancia una vez abajo y fueron directo a la cocina. Allí estaban sus padres.

—Hijo, ya despertaron. —dijo Vera con voz animada—. El desayuno está listo. Tu padre está afuera, entrara un momento para desayunar también. Me dijo que si se dan pisa puede llevar a tu amiga... —pero de improviso, la mujer interrumpió lo que decía debido a un fuerte ataque de tos.

William se acercó rápidamente a su madre y palmeo con delicadeza su espalda:

—¿Estás bien, mamá? —pregunto el chico preocupado.

—Sí, hijo. Tranquilo, cof, cof... he tenido esta tos desde que desperté. Quizás sea alergia.

Luego de que la mujer tomara un vaso de agua, le dio dos platos con comida a su hijo para que los colocara en la mesa mientras ella llevaba los

otros dos.

Estaban terminando de poner la mesa para el desayuno cuando el señor Jackson entro:

—Buenos días, muchachos. ¿Cómo amanecen?

—Muy bien, padre... aunque Odette esta afónica. Despertó así.

—Mmm...debe ser alguna alergia —dijo el señor Jackson algo pensativo—. Espero mejores pronto, Odette.

La chica de ojos verdes asintió con una gran sonrisa adornando su rostro. Era idéntica a Odette, salvando los ojos, por supuesto.

Cuando terminaron de comer, Jackson padre se levanto y le dijo a los chicos que buscaran las cosas de Odette para dejarla en su casa. Los jóvenes rápidamente se dirigieron de vuelta a la habitación del chico para buscar lo poco que quedaba de las cosas que su amiga había llevado a casa el día anterior.

William recogió un par de prendas que su amiga habia dejado en el suelo la antes de salir la noche anterior. Observo el delicado camisón de algodón blanco y no pudo evitar sentir como su estomago revolvió. Vio algunos trozos de papel y alfileres que se habían encajado en la alfombra: — Quizás no los vio cuando recogió sus cosas antes de que tuviésemos que irnos al pueblo... —pensó el joven. Se giro hacia el guardián, quien se había detenido en la puerta y lo miraba con curiosidad e inocencia.

—Ella... ¿volveré a verla? —le pregunto al elaborado truco frente a él. El guardián solo se encogió de hombros una vez más y se acerco un poco a William.

El chico vio como el guardián colocaba sus cálidas manos sobre las suyas y las apretaba ligeramente para luego sonreírle. El guardián saco de uno de los bolsillos del vestido azul de Odette un saco idéntico al que la joven había llevado antes, tomo las cosas de las manos del joven y las metió sin mucha ceremonia en el bolso.

William suspiro pesadamente y acepto que quizás no veria jamás a su amiga. Si bien la noche anterior había tenido un pensamiento similar, había guardado las esperanzas de que todo hubiese sido un sueño... pero no lo era y debía afrontarlo antes de llegar al pueblo.

Tomo de nueva cuenta la mano de la joven frente a él y la condujo hasta salir de la casa. Se despidieron de la señora Jackson en la entrada, William abrazándola muy fuerte y “Odette” inclinándose levemente.

Cuando estaban camino al garaje para encontrarse con su padre, William pudo ver como la señora Griffin salía de su casa para revisar su jardín. El chico, que la conocía desde que se habían mudado, la saludo con entusiasmo. Al verlo, la mujer levanto su mano y le deseo buenos días. Parecía estar bien, como Asger había dicho, los guardianes de bolsillo parecían haber hecho su trabajo, pero... observo un poco más a la tierna anciana. Noto que le costaba mover su brazo derecho y no pudo resistir el impulso de ir a preguntarle si se encontraba del todo bien.

Tomo la mano de la falsa Odette y se dirigió a la casa de la señora Griffin:

—Buenos días, señora Griffin. ¿Se encuentra bien?

—Hola, jovencito. Si estoy bien. —respondió la anciana con voz dulce.

—¿Su brazo le duele?

La mujer pareció tensarse por un instante y sujetarse el brazo.

— ¡Oh! Mi brazo... si... anoche yo... me golpee mientras barría la sala. Nada de qué preocuparse.

Pero algo inseguro, William insistió que debía revisarse. Estaba a punto de darse la vuelta junto a la chica, cuando esta le apretó la mano dolorosamente y señalo a la anciana. La mujer había continuado arreglando un enorme arbusto de flores violetas que tenía en el jardín sin prestar mas atención a los jóvenes. Pero, al levantar levemente el brazo izquierdo, la manga de su bata se arremango ligeramente, dejando expuesta una profunda cortada que rodeaba el antebrazo.

El joven se había preocupado al ver eso, sin embargo, las características de la herida solo hicieron que deseara salir de allí a toda costa: la profunda grieta en el brazo de la anciana estaba tenida de un profundo color negro carbón; lucia como si la piel se hubiese cuarteado, como un tronco quemado; y supuraba un asqueroso liquido negro y muy espeso.

William desvió su vista hacia el rostro de la anciana y descubrió unos profundos ojos rojos observándolo con rencor y desprecio. Sin esperar un

segundo más, corrió hacia el garaje de su propia casa mientras sujetaba fuertemente a la chica tras él.

Cuando estuvieron dentro del garaje el chico solo atino a recostarse pesadamente de una de las paredes y sujetar su cabeza:

—Le corte el brazo... —dijo en un susurro—. Se fue volando... el murciélago... es ella... “no confíes en nadie que venga del bosque” eso dijo el Antiguo Guardián. ¿se refería a esto? —termino de balbucir el muchacho angustiado mientras veía a la joven, quien de nuevo se encogió de hombros.

Estaba a punto de comenzar a entrar en pánico cuando la puerta que conectaba el garaje con la casa se abrió, dejando entrar a su padre quien tenía una mirada de enfado.

— ¿Que sucede, papá? —pregunto el chico con la voz mas calmada que pudo fingir.

—Que ¿Qué pasa? Mira a tu alrededor, hijo. ¿No notas que falta algo? William trago grueso. Sabía que su padre hablaba de su motocicleta.

—No puedo creer esto... —dijo el hombre notablemente enfurecido.

—Papá yo...

—No puede ser que nos hayan robado y no me percate siquiera. — Interrumpió el hombre a su hijo.

El chico se quedo un segundo en silencio y luego miro al guardián junto a él, que no había ni un musculo desde que su padre había entrado.

—Quizá... —dijo William, siguiendo la línea de pensamiento que, supuso, su padre tendría—. El que ha estado matando a los vecinos se la haya llevado.

Era la mentira más patética que se le había ocurrido jamás. Pero su padre, dentro de la niebla que produce la ira, parecía haberlo creído.

—Si... hay que decirle a la policía. Lo siento hijo, tu motocicleta tendrá que esperar a tu próximo cumpleaños.

El chico alzo los hombros y le indico a su padre que sería mejor ir a dejar a Odette. El hombre los hizo subir a la camioneta y, aun enojado, se coloco tras el volante para comenzar a conducir.

El camino fue silencioso, pero no podía ser comparado con el silencio que inundo el interior de la camioneta cuando llegaron a la entrada del pueblo.

Las inmediaciones del antiguo pueblo de Howll estaban cubiertas por pesadas capas de cenizas y solo los esqueletos carbonizados de los viejos arboles de laurel les dieron la bienvenida. Los habitantes veían los arboles con expresiones de tristeza y angustia mal contenidas y se aglomeraban en pequeños grupos para comentar lo que había sucedido.

El señor Jackson estaciono su camioneta y bajo de prisa, siendo seguido por los jóvenes.

William vio como su padre se alejaba para preguntar qué era lo que había pasado mientras él se quedaba cerca del auto junto a la chica. Luego de un instante, tomo la mano de la joven y comenzó a avanzar, camino a la casa Odenson.

El muchacho no podía dejar de pensar en su amiga. Quería creer que estaba bien y a salvo junto a su refunfuñón hermano mayor, pero no podía estar seguro. Cuando llegaron al jardín delantero de la casa Odenson, sintió que la mano que sujetaba se desvanecía. Alarmado, el chico miro junto a él y no encontró a nadie, solo a una pequeña avecilla, similar a la que Odette había invocado en su habitación, pero con pequeñas gemas verdes, y no bayas, por ojos.

El ave voló velozmente hacia la puerta de la casa y desapareció a través de la gruesa madera. William se quedo de pie, estático, mirando el lugar por donde el ave había desaparecido. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos, que no noto cuando la puerta de la gran casa se abrió.

Eberhard Odenson corrió hacia el exterior de su casa en cuanto vio al guardián de bolsillo que habían enviado con William posarse frente a él. Cuando abrió la puerta principal, pudo ver al muchacho de pie, estático, junto a uno de los grandes braceros. Con paso lento se dirigió al chico hasta estar frente a él, pero el joven no pareció notar su presencia hasta que le hablo.

—Bill...

El joven Jackson salto debido a la sorpresa de escuchar la voz del patriarca Odenson. Enfoco su vista y se encontró al gran hombre. Parecía triste, angustiado, casi desolado.

—Buen día, señor Odenson.

—Hola, muchacho. ¿Cómo te encuentras?

—Para ser sincero... no muy bien —respondió el joven algo abrumado, pero luego, con gran dificultad, preguntar—: ¿cómo está Odette?

El señor Odenson se tensó levemente, William pudo notarlo. Su rostro se ensombreció un poco y luego de dejar escapar un suspiro muy pesado, le respondió al chico:

—Vive... es lo único que puedes saber.

William sintió como si le hubiesen quitado un pesado costal de la espalda. Su amiga seguía viva, se conformaba con saber eso.

—Puedo... ¿puedo verla? —pregunto inseguro.

—No. —contesto el hombre, tajante—. Pero... ven conmigo. Creo que debes ver algo.

El gran hombre comenzó a caminar fuera de los terrenos de su hogar y William, sin resistencia alguna, lo siguió silencioso.

Paso algún tiempo hasta que el señor Odenson se detuvo. Rodeo los hombros del más joven con uno de sus fuertes brazos y lo apretó ligeramente:

—Lo siento mucho...

Allí estaban... frente a los, aun humeantes restos de la que alguna vez fue la librería de los Gundersen. Un quejido de dolor se le escapó a William mientras contemplaba el devastador panorama. Dio un par de pasos hacia adelante, haciendo que el brazo que rodeaba sus hombros callera.

— ¿Por qué lo hizo...? —pregunto William en un susurro ahogado—. ¿Por qué ellos?

—Porque eran lo único que se interponía entre ellas y lo que buscaban...

— ¡Me buscaban a mí! —dijo el chico alterado.

—En un principio... sí— respondió el mayor—. Pero luego, cuando fueron capaces de romper el círculo. Ya no eras su objetivo. Casi nos dejan a ciegas, William. Los libros que había aquí... muchos tenían la clave para acabar con ellos. Ahora se han desvanecido. Los Gundersen lo sabían. En todo este lugar eran los únicos que sabían quiénes somos y a lo que nos enfrentamos y, pese a los riesgos, aceptaron ayudarnos desde hace muchas generaciones...

eran nuestros amigos también, William.

William suspiro pesadamente, tratando de borrar de su memoria los últimos instantes en que estuvo junto al señor Gundersen. Fue entonces que recordó las palabras del hombre y, sin aguardar más, le dijo al señor Odenonson:

—El... el señor Roger me dijo que ella... la bruja... había entrado a la librería. Se llevo algo creo...

— ¿Que dices muchacho? —Dijo el señor Odenonson, visiblemente perturbado—. ¿Cómo que se llevo algo?

—La vi... salió de la sección de los estantes negros y... dijo que... había venido por un libro.

William vio como el hombre frio y serio que conocía se desvanecía a medida que los segundos pasaban. El mayor veía frenéticamente a todas direcciones con el rostro pálido de terror. William no sabía si era correcto agregar más preocupaciones al hombre, pero decidió que debía de informarle algo tan importante como lo que habia descubierto esa mañana:

—Y... hay otra cosa, señor... —el hombre miro al joven con atención, esperando a que continuara—. Creo... creo que las personas de la residencia podrían... ser... ser parte de ellos.

El hombre cerro sus ojos con lo que parecía ser la más grande resignación: —por eso algunos no han regresado... —susurro.

— ¿Quien no ha regresado?

—Algunos de los guardianes que enviamos ayer no han vuelto. Y, si es cierto lo que dices... no regresaran.

Al terminar de decir esto, el hombre avanzo los escasos dos metros que lo separaban del joven y, tomándolo por los hombros, dijo con severidad:

—Debes irte, William. Este lugar ya no es seguro... para nadie. Convince a tus padres de que deben mudarse y aléjense de aquí como puedan.

El chico lo vio sorprendido. A caso, le estaba pidiendo que escapara. Así, ¿sin más?

—Pero... ¿Qué pasara con ustedes? —dijo el joven preocupado.

—Hemos pasado milenios luchando contra esas cosas. No te

angustias... estaremos bien. Ve a casa...

William asintió, algo ausente. Cuando estaba por darse la vuelta y emprender su camino a la salida del pueblo, el señor Odenson lo detuvo para luego silbar una melodía de tres notas. Una mancha marrón paso rápidamente junto William quien se sobresalto, sus nervio no estaban del todo bien luego de lo que había ocurrido.

Ula, la lechuza de la casa Odenson, se poso altivamente en el antebrazo de Eberhard. El hombre estiro su brazo hacia el chico y dejo que el ave se moviera hasta el hombro de este. La emplumada criatura se acurruco cuidadosamente en el hombro del chico y cerro sus ojos.

—Ella te cuidara todo el camino de vuelta a la residencia. —Dijo el hombre.

— ¿Me cuidara mientras duermo?

—No te dejes engañar. Es más de lo que aparenta.

—Creo que... ya debería saber eso... —dijo el chico cabizbajo.

El hombre poso una mano sobre la cabeza del joven y, en tono paternal, le dijo unas últimas y simples palabras:

—Se que volveré a verte cuando estés listo... cuídate mucho William Arthur Jackson Uther.

Y sin esperar más, Eberhard Odenson, vigía de las tierras del Norte y heredero de sangre de Dioses, se dio la vuelta y se perdió entre las calles del pueblo.

William volvió a suspirar. Dio un último vistazo a las ruinas de la librería a la cual le habia tomado un inexplicable cariño y, despidiéndose silenciosamente de las personas que allí habían muerto (a quienes también había llegado a querer profundamente), se dirigió con paso lento a la salida del pueblo.

El camino de regreso a casa transcurrió sin inconveniente; no había murciélagos desenfrenados, ni carneros u otros animales violentos que quisiesen acecinarlo. Sin embargo, sintió que las heridas dejadas por el látigo de Igorahg le quemaban, pero no era un ardor cálido, no, era un ardor frío, como cuando un trozo de hielo se queda pegado a tu piel.

Cuando llego a casa, Ula abrió sus brillantes ojos con cansancio, frotó su emplumada cabeza contra la mejilla del chico y, después de soltar un leve chillido, emprendió vuelo, rumbo a su hogar.

Al entrar a casa busco a su madre en el primer piso, pero no la encontró. Subió a la segunda planta y se dirigió a la habitación de sus padres. Allí estaba ella, acostada y durmiendo apaciblemente. William la dejó. Si bien era raro que su madre durmiera durante el día, quizá los eventos de la noche anterior la habían dejado agotada sin siquiera ella saberlo.

Se dirigió a su propia habitación a paso lento. Al entrar, solo pudo dejarse caer sobre su cama y quedar profundamente dormido.

Despertó sobresaltado. Consulto su reloj y comprobó que solo había dormido un par de horas. Se sentó en la cama y estuvo allí por lo que a él le parecieron minutos. Solo se percató de que el tiempo había avanzado sin descanso cuando vio que las sombras del atardecer se colaban por su ventana. Siquiera había sentido hambre por haberse saltado el almuerzo.

Abrió la puerta de su habitación y bajo a la cocina. Su madre se encontraba preparando la cena. Lucía un poco atareada, así que se ofreció a ayudarla.

—Gracias, hijo. De verdad lo lamento. Estuve durmiendo todo el día y ni siquiera me di cuenta, no prepare el almuerzo. Debes estar famélico. —Dijo la mujer sinceramente apenada.

—Tranquila, mamá... te ayudare con la cena y terminaremos muy rápido.

Se encontraban terminando de poner la mesa cuando la puerta principal se abrió dando paso a un muy alegre señor Jackson.

—Buenas noticias, familia... —Dijo animado—. No, no buenas ¡Grandiosas noticias!

—Alguien tuvo un buen día. —le susurro Vera a su hijo y ambos se vieron con complicidad mientras reían discretamente.

—Pues... si fue un gran día, amada esposa, y te diré por qué: ¡Los inversionistas aceptaron la propuesta que les hicimos!

Las felicitaciones sobraron a la hora de la cena. Los señores Jackson estaban encantados, y su hijo solo podía fingir que se sentía realmente feliz por su padre.

—Bueno— dijo el señor Jackson mientras se llevaba un bocado de estofado de cordero a la boca—, será mejor que empiecen a empacar. Debemos mudarnos de vuelta a América en una semana.

—¿Nos mudaremos de nuevo? —pregunto William.

—Lo siento, hijo. Sé que aquí te has sentido mejor que en cualquier otro lugar... pero debemos hacerlo. —Dijo Jackson padre.

—Si... lo se... —respondió William de forma ausente.

Después de un pequeño silencio, el señor Jackson pareció tener una idea brillante:

— ¡Hijo! Pronto cumplirás 18 y... se que vivir aquí te gusta. ¿Qué te parece si mantenemos la casa en lugar de venderla? Así, cuando tú quieras podrás venir.

—Que buena idea. —dijo Vera

—Sería fantástico, papá. —dijo el joven con la mejor sonrisa que pudo forzar.

La semana para empacar paso rápido. William había ido un par de veces al pueblo buscando hablar de nuevo con el patriarca de los Odenson a cerca de algunas cosas que olvido comentarle la última vez que lo vio (como las marcas de látigos que no se desvanecían), pero cualquier intento fue en vano. La puerta de la casa Odenson permanecía cerrada para cualquiera que se propusiese a tocarla.

Estaba subiendo las últimas cajas de su habitación en el camión de mudanza. Sentía que olvidaba algo importante, pero no sabía qué. Decidió subir por última vez a su habitación y cerciorarse de que tenía todo.

El lugar se veía tan vacío sin sus cosas... había pasado por eso muchas veces antes, pero esta vez sentía que las cosas no volvería a ser las mismas jamás. Ya no era comenzar de cero en una nueva, un nuevo vecindario o con nuevos vecinos. No, dejar ese lugar significaba, de alguna manera, dejar parte de él.

Se dio la vuelta para salir de la habitación, pero sintió una ligera corriente de aire cálido. Cuando volvió su cabeza, se percató de que la ventana estaba abierta. Cruzó el lugar con pesadez y, cuando estaba a punto de cerrar la ventana, una pequeña pluma iridiscente se coló en la habitación.

William intentó tomar la pluma en el aire, sorprendido, pero esta se escurrió entre sus dedos como si fuese agua y se deslizó lentamente hasta quedar debajo de la cama. El joven se agachó y deslizó su vista por todo lo largo de la cama, hasta que sus ojos dieron un algo rectangular y grueso. Estiró su brazo lo más que pudo, y cuando sus dedos sintieron la rugosa y sólida superficie del objeto, lo sacó: era el libro verde que el Antiguo Guardia le había entregado. Oíó que debía devolverlo a los Odenson, pero luego recordó lo que la pálida mujer de cabello rojo le había dicho: “Por ahora, es tuyo. Cuando sea momento sé que regresara a su lugar...”

Quizá, si algún día volvía a ver a los Odenson, podría entregárselos. Después de todo, era el único ejemplar que había sobrevivido a Igorahg.

Tomo el libro entre sus brazos y lo apretó con fuerza. Lo sentía seguro, casi como un ancla dentro de un mar tormentoso que amenazaba con despedazarlo si se soltaba. La pequeña pluma iridiscente había quedado atorada en el cerrojo abierto, la tomó con delicadeza y la colocó dentro de la primera hoja. Y, dando un último vistazo, salió de la habitación.

El bosque a los lados de la carretera que conducía al pueblo de Howll se veía como borrones verdes y marrones. Pasar frente al pueblo fue un golpe duro, pero dejarlo atrás dolió, inexplicablemente, más aun. Giro su cuerpo y se arrodilló sobre el asiento trasero de la camioneta de su padre. Vio como los esqueletos negros de los árboles de laurel se alejaban. Era una escena totalmente distinta a la que vio un año antes, cuando los árboles de laurel rebosaban de vida y en lugar de hacerse pequeños, creían. Cuando la torre de la iglesia comenzó a divisarse, sintió que su alma se partía en dos. La herida que dividía su pecho comenzó a quemar con gran fuerza, tanto, que le hacía perder el aliento. Sentía que se alejaba de lo más importante que le había pasado en su vida... de su propósito. Y temió una vez más, no por que hubiese brujas acosándolo; no porque su amiga pidiese estar gravemente herida; no porque tuviese el torso dividido por tres largas líneas que cada día se veían peor; sino porque sus recuerdos y lo que sentía, se desvanecieran como en ese

momento se desvanecía el viejo pueblo de Howl... como se desvaneció el círculo de laurel.